

PRÁCTICAS SOCIALES DE RESISTENCIA EN LA COMUNA 13 DE LA CIUDAD
DE MEDELLÍN (2004 – 2014)

HABITUS DE RESISTENCIAS EN AMI-SAL Y LUZ Y CASA KOLACHO

HERNANDO DE JESÚS ROLDAN SALAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES
MEDELLÍN

2019

PRÁCTICAS SOCIALES DE RESISTENCIA EN LA COMUNA 13 DE LA CIUDAD
DE MEDELLÍN (2004 – 2014)

HABITUS DE RESISTENCIAS EN AMI-SAL Y LUZ Y CASA KOLACHO

HERNANDO DE JESÚS ROLDÁN SALAS

Trabajo de grado para optar al título de Doctor en Ciencias Sociales

Asesores:

DR. GABRIEL IGNACIO GÓMEZ SÁNCHEZ

Doctor en Estudios de Justicia

DR. JOSÉ ROBERTO ÁLVAREZ MÚNERA

Doctor en Ciencias Sociales

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES

DOCTORADO EN CIENCIA SOCIALES

MEDELLÍN

2019

Enero 20 de 2020

HERNANDO DE JESÚS ROLDÁN SALAS

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o en cualquiera otra universidad”. Art. 92, párrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'H. Roldán Salas', with a stylized, cursive script.

DEDICATORIA

El presente trabajo está dedicado a mi esposa Marta Ligia, mis hijos e hija; a las lideresas y líderes de la comuna 13, SM, MN, Jheicco y JCM; a la memoria de las personas víctimas de la violencia en la C-13; a las prácticas de resistencia que han desarrollado contra la violencia y por la dignidad.

AGRADECIMIENTOS

Expreso especial agradecimiento a los Doctores Gabriel Ignacio Gómez Sánchez y José Roberto Álvarez Múnera por su apoyo e insistente labor de orientación en la investigación, lectura paciente, sugerencias constantes con el rigor en el uso de las fuentes históricas, el procesamiento de la información directa y la elaboración del texto final.

A la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín por su apoyo para la realización de mis estudios doctorales.

A mis compañeros de cohorte con quienes compartí esta breve pero intensa experiencia.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	1
-------------------	---

CAPÍTULO I

Resistencia, crítica y producción de la realidad: una revisión histórica.....	16
---	----

1. Los estudios de las resistencias como sujeto, acción y movimiento.....	28
1.1.Resistencia en la vida cotidiana.....	29
1.2.Resistencia como movilización colectiva.....	31
1.3.Resistencia desde los movimientos socioculturales.....	36
2. Los estudios sobre la resistencia en Medellín.....	38
3. Categorías de análisis derivadas de los estudios mencionados.....	46
3.1.Cambios observados en el desarrollo de las resistencias sociales.....	47
4. Recapitulación.....	50

CAPÍTULO II

Marco teórico de las resistencias como práctica social	53
--	----

1. Poder violencia y territorio: la compleja relación que define el espacio social en la C13.....	53
2. Una noción de resistencia social: concepto, espacio, lugar y territorios.....	60
2.1.La resistencia como práctica de desobediencia.....	63
2.2.La resistencia civil como movilización contra decisiones de gobiernos.....	66
2.3.La resistencia como potencia creativa.....	67
2.4.Espacios, lugares, territorios de la resistencia.....	72
3. La resistencia como práctica social.....	74
3.1.La resistencia como campo social.....	77
3.2.La resistencia un habitus disidente.....	80
3.3.Los discursos de legitimación, los capitales de la resistencia.....	83
3.4.La resistencia como disputa por la subjetividad toma cuerpo.....	84

4. Recapitulación.....	87
-------------------------------	-----------

CAPÍTULO III

Memoria metodológica.....	88
1. Los instrumentos.....	93
1.1.Las entrevistas.....	93
1.2.Los diarios de campo.....	94
2. Descripción de la recolección de la información.....	94

CAPÍTULO IV

Prácticas sociales de resistencia contra la violencia: presentación de las experiencias.....	98
1. Descripción físico espacial	98
1.1.Nodos territoriales de la C-13.....	100
1.2.Formación del territorio.....	101
2. Contexto social de las violencias y las resistencias en la C-13.....	104
2.1.Eventos sociopolíticos que enmarcan la intervención militar urbana en la C-13.....	112
3. Las prácticas sociales de resistencia en la C-13.....	113
3.1.Asociación de Mujeres de las Independencias AMI. La sociabilidad femenina como forma de resistir: evocando a Antígona.....	116
3.2.Descripción de la experiencia. La trayectoria del hábitus: formación de lógicas críticas en la lucha por afirmarse.....	117
3.3.Recopilación y conclusiones de la experiencia AMI.....	123
4. Sal y Luz: resistir en la organización, resistir a la negación. Insistir es soñar.....	126
4.1.Recopilación y conclusiones de la experiencia Sal y Luz.....	138
5. Casa Kolacho. La resistencia en cuatro movimientos: voces, rimas, ritmos - movimientos y murales -recorridos.....	141
5.1.Descripción instruccional.....	141
5.2.Recopilación de la experiencia y conclusiones	151

CAPÍTULO V

Conclusiones.....153

1. Conclusiones generales.....153

1.1. Trayectorias de las subjetividades en resistencia.....155

1.2. Prácticas de resistencia en el hábitus de la disidencia.....159

2. Conclusiones específicas.....160

2.1. Otras miradas, otros lugares. El reconocimiento de agentes resistentes.163

2.2. AMI: feminidades en resistencia.....164

2.3. Sal y Luz: los lugares y los espacios del tejido social.....165

2.4. Casa Kolacho: la fuerza del sentimiento armoniza los ritmos del pasado con los compases del presente.....166

BIBLIOGRAFIA.....169

ANEXOS

ABREVIATURAS

C-13- Comuna 13

CIDH- Corte Interamericana de Derechos Humanos

DH- Derechos Humanos

CNMH- Centro Nacional de Memoria Histórica

AMI- Asociación de Mujeres de las Independencias

CJSL- Corporación Juvenil Sal y Luz

CK- Casa Kolacho

RESUMEN

La presente investigación aborda el estudio de las prácticas sociales de resistencia contra la violencia en contextos urbanos de la ciudad de Medellín, específicamente en la comuna 13 (C13); El objeto de trabajo lo constituyen las experiencias de resistencia contra la violencia de la Asociación de Mujeres de las Independencias AMI, la Corporación de Hip-Hop Casa Kolacho y la Corporación Sal y Luz; indaga por las maneras como la población y sus organizaciones de base enfrentan las diferentes expresiones de violencia y su disposición a transformar las condiciones sociales relacionadas con los conflictos armados escenificados en estos territorios. El periodo de estudio estuvo comprendido entre 2004 y 2014, caracterizado por el desarrollo de diversas formas de resistencia social contra la violencia en la C13.

La orientación teórica con la cual razona y delibera esta tesis son los preceptos del estructural constructivismo desarrollado por el sociólogo francés Pierre Bourdieu: Campo social, capital social, habitus, trayectoria.

La resistencia contra la violencia, es definida como práctica social que expresan el conjunto de disposiciones de los sectores sociales contra la violencia en el campo social e instituye espacios sociales de transformación; pero también la resistencia es observada como modos de subjetivación de la realidad; lógicas críticas que se niegan a reproducir las formas de construcción y reproducción del orden social.

Concluye que las prácticas desarrolladas por los agentes en el contexto de violencia en la C-13 definieron la relación de resistencia como modo de comprensión e intervención de la realidad social. Vínculos de género con el territorio; lucha por el reconocimiento, promoción y defensa de la dignidad la Asociación de Mujeres de las Independencias-AMI, integrante de la Ruta Pacífica de las Mujeres, se asume defensora de los derechos humanos. Lazos sociales, luchas por la inclusión, la participación y el desarrollo, fueron tejidos desde las capacidades de realización de Sal y Luz. Relaciones significativas del espacio social; enunciados con prácticas estético expresivas, relatos, movimientos, usos, grafías, recorridos hechos por los agentes juveniles organizados en Casa Kolacho a partir del Hip-Hop: el Rap, Breakdance, MC, DJ y el Graffiti.

INTRODUCCIÓN

El proceso de reproducción violenta del orden social dominante en Colombia es retado por múltiples prácticas de resistencia social que enfrentan la intimidación, la represión, las limitaciones al territorio y de los espacios sociales; la exclusión social y la eliminación de otras formas de existir, llevan a pensar y construir modos alternos de organización social. Por lo tanto, comprender la resistencia social contra la violencia es el desafío que enfrenta este ejercicio investigativo. Además de esto, discernir las relaciones que significan estas resistencias sociales, los itinerarios que desarrollan, los saberes colectivos producidos –socializados, las estrategias que usan, las disposiciones para la acción, el sentido de sus prácticas, se convierten en el campo de conocimiento que encara este proceso investigativo.

En el territorio nacional diferentes sectores de la población –como las comunidades campesinas, urbanas, indígenas, mujeres, diversidades sexuales, culturales y juveniles- han desarrollado múltiples acciones, movilizaciones, experiencias de lucha contra la violencia, como modo afirmativo de formas plurales, diferentes y diversas de pensar, hacer y existir como forma de encarar los diferentes tipos de violencia. Algunas de estas modalidades de resistencia son convergentes con proyectos socio políticos adscritos a horizontes de liberación. Otras más desde abajo, menores, hacen visible la frágil legitimidad de la reproducción violenta del orden social en los espacios sociales desde lo micro, muestran los rasgos, las características, la fisura en lo que siempre ha sido pensado y nombrado: los deslindes con el sentido común.

Estas resistencias desde abajo, localizadas no pretenden cambios estructurales ni tomarse el poder, o establecer nuevos gobiernos; resisten el terror y la barbarie de violencias que abusan, agreden los territorios, arremeten contra grupos sociales que impugnan la legalidad del hacer violento del Estado y deslegitima sus fuerzas. Hacen frente a las violencias de ocupación desarrolladas por grupos armados ilegales que disputan el dominio de sus territorios para establecerse en ellos, y usufructuar de los beneficios que brinda su ubicación estratégica, equipamiento e infraestructura productiva, comercial y social, que contrarrestan la significación violenta del territorio y disputan los reconocimientos de las comunidades barriales y liderazgos sociales. Estas

resistencias que son desarrolladas en los microespacios sociales de comunidades urbanas emergen de subjetividades críticas con sentidos prácticos propios. Resistencias que pasan desapercibidas para las posturas, visiones y enfoques que están ocupados del impulso hacia perspectivas “liberadoras” para toda la sociedad.

Daniel Bensaid resalta la importancia de la resistencia como práctica que interrumpe la catástrofe de la violencia, además subraya en sus estudios sobre Walter Benjamin, referenciados por Esther Cohen (2015, p. 6-7), el gran significado que tiene a pesar de sus limitados alcances, cuando afirma:

Ha llegado el tiempo de un pensamiento de resistencia minúscula, tiempo de reconocer el valor en lo ínfimo, de salvamento a través del detalle, es el momento de una reflexión que irrumpa en medio de nuestra totalidad quebrada, [...] para responder por tanta barbarie [...] que cada acción, por menor e imperceptible, sea capaz de iluminar instantes mesiánicos alternativos. Atrás quedó el mundo de la revolución total, del cambio social radical, atrás quedaron las grandes utopías. Nuestro mundo exige otra forma de desobediencia: la tenacidad de lo menor, de lo minúsculo. ¡Ha llegado el tiempo!

Estas resistencias menores localizadas en la Comuna 13¹ San Javier, de la ciudad de Medellín, desarrolladas por las organizaciones Asociación de Mujeres de las Independencias (AMI), Sal y Luz (SL) y Casa Kolacho (CK) son el objeto de estudio de este trabajo. Se concentra de manera específica en las prácticas sociales de resistencia contra la violencia, y los sentidos de estas prácticas desplegadas por estas tres (3) organizaciones en la C-13. Las trayectorias sociales que denotan reconocimientos y legitimidades de estos actores, el despliegue de un repertorio de acción (como movilizaciones, mítines, protestas, transgresiones a las limitaciones armadas del territorio) son construidos en sus itinerarios de lucha que configuran subjetividades críticas, *-habitus* disidentes- en la subjetivación de la realidad que producen prácticas sociales que agencian cambios en el campo social (espacio social) y connotan posiciones dentro del campo. A su vez, indaga por las formas de constitución de estas resistencias territoriales, sus motivaciones, sentidos, significaciones, articulaciones y los espacios que generan, y las maneras como estas organizaciones de base enfrentan la

¹ En adelante C-13.

violencia y su disposición a transformar las condiciones sociales relacionadas con los conflictos armados escenificados en estos territorios.

La pesquisa por las experiencias de resistencia contra la violencia en la C-13 desarrolla un diálogo permanente con categorías bourdianas, intenta precisar las estrategias que los sujetos resistentes desarrollan en la construcción del espacio social, los campos sociales, los capitales (culturales, sociales, simbólicos, políticos, económicos) los *habitus* como modos de incorporación de la realidad, las prácticas sociales y la manera de intervenir y transformar las condiciones materiales de existencia de quienes resisten. Además, rastrear cómo las trayectorias individuales y colectivas contienen los tiempos vividos y las memorias vivientes, de quienes hacen, dicen y sienten experiencias que ponen en duda la reproducción de la dominación del cuerpo como resultado de las predisposiciones cognitivas de un colectivo a través de su historia². En términos de Pierre Bourdieu las lógicas críticas que desarrollan los agentes resistentes hacen referencia a estructuras cognitivas que expresan un desajuste en la relación campo social y *habitus*, por lo cual cuestionan las estrategias de reproducción de las relaciones dominantes en el campo social.

Por todo lo anterior, y asumiendo este ejercicio como un reto personal, la intencionalidad del presente trabajo es comprender las resistencias localizadas en micro espacialidades –en este caso en la Comuna 13 de la ciudad de Medellín– intervenidas por contextos complejos de violencia, donde el miedo –resultado de diferentes prácticas cargadas de barbarie– es la estrategia para reproducir la estructura de dominación, y en donde las resistencias territoriales de la comunidad, de los agentes sociales en este micro-espacio constituyen sus prácticas sociales, modos subalternos de construcción social y cuestionamiento a la reproducción violenta del orden social. Es la lucha de las víctimas del conflicto armado escenificado en esta Comuna por el reconocimiento, restablecimiento de los derechos y dignidad vulnerada; de las organizaciones sociales

² Aquellas que Pierre Bourdieu, en *Meditaciones Pascalianas*, invita a comprender como «estructuras cognitivas, disposiciones del cuerpo, esquemas prácticos [...] que sólo funcionan como tales para los individuos predispuestos a percibirlos, y que, como la luz roja al frenar, ponen en funcionamiento disposiciones corporales profundamente arraigadas sin pasar por las vías de la conciencia y el cálculo. La sumisión al orden establecido es fruto del acuerdo entre las estructuras cognitivas que la historia colectiva (filogénesis) y la individual (ontogénesis) han inscrito en los cuerpos y las estructuras objetivas del mundo al que se aplica: si la evidencia de los preceptos del Estado se impone con tanta fuerza, es porque ha impuesto las estructuras cognitivas según las cuales es percibido» (Bourdieu, 1999, p. 232).

por la reconstrucción del tejido social y los movimientos culturales juveniles estético-expresivos de resistencia (Hip Hop y Folclor) contra los límites impuestos por los grupos armados. Se convierten en formas de resistencia desde el territorio, la organización, y el cuerpo.

Optar por la práctica de la resistencia social en los micro-espacios como problema de investigación, es indagar por el desajuste, por la fisura que interrumpe el proceso de reproducción violenta del orden social en el territorio de la comunidad barrial. En tal sentido, es comprender otros modos de subjetivación de lo social, de afirmación frente a la eliminación. Como afirma Cohen “la resistencia que asume la irrupción de la fractura como posibilidad única de hacer temblar al sistema, perturbándolo desde el interior de sus paredes” (Cohen, 2015, p. 9).

Con este derrotero, la pregunta que pretende responder esta investigación es ¿Cómo se constituyen las prácticas sociales de resistencia contra la violencia de las organizaciones AMI, Casa Kolacho, y Sal y Luz, de la Comuna 13 de la ciudad de Medellín durante el periodo 2004–2014? En este sentido las resistencias son analizadas como prácticas sociales. Interesan tanto las acciones como los modos de subjetivación de la realidad, las lógicas y las disposiciones disidentes de los agentes en escenarios de tensión entre la reproducción violenta del orden social y su transformación en las micro espacialidades. Estas subjetividades sociales son resultado de compartir trayectorias históricas, afectos, relaciones, espacios, experiencias, solidaridades. El centro de atención es entonces la comprensión de los procesos de significación, representación de la experiencia y su trayectoria, que constituyen el sentido práctico de las acciones colectivas. Las categorías de análisis del presente estudio son: las prácticas sociales y la resistencia social. La violencia y el territorio en relación con el poder, y su subjetivación son categorías transversales que aparecen en el análisis como parte del contexto social y político de la ciudad y el país.

La espacialidad y temporalidad referidas para analizar las resistencias como práctica social en la Comuna 13, no son elegidas arbitrariamente. Responden, primero, a la familiaridad para el investigador por cuanto parte de su vida familiar y social se desarrollaron a finales de los años 80 y principios del 90 en dicho lugar. Aún más, su interés se vincula con algunos procesos y liderazgos sociales que facilitaron el acceso a fuentes de información. Segundo, porque responden a un periodo de tiempo posterior a

las intervenciones militares en la C-13, un área urbana densamente poblada de la ciudad de Medellín, que sufrió 12 intervenciones militares³ entre los años 2001-2002.

La C-13 es un espacio urbano afectado por los escenarios derivados de la crisis y cesación de las negociaciones con las FARC en el Caguán (departamento del Meta) a principios del año 2002, y los contextos posteriores a la negociación con las AUC en Ralito (Córdoba), durante el gobierno del presidente Álvaro Uribe Vélez entre los años de 2003 y 2005, periodo en el cual se desmovilizó el Frente Cacique Nutibara de las AUC⁴.

Tomando como base este contexto, es que se perfila la idea de resistencia como representaciones críticas de la realidad. Generadoras de prácticas sociales que deslegitiman toda forma de sumisión, respuestas producidas por la incorporación crítica de lo social, que en algunos momentos integran estrategias comunitarias, pero que en la cotidianidad hacen parte del sentido práctico. Es importante anotar que las resistencias operan ante realidades estructurales externas al agente social (lo social hecho cosa), que son objetivadas en las instituciones, así como en las normas, modos de relacionamiento, y frente a la realidad representada por el agente e incorporada mediante estructuras internas –habitus-, o sea, lo social hecho cuerpo. Subjetivado a través de las creencias, sentimientos, pasiones, emociones, actuaciones.

³ Durante 2002, el Ejército Nacional, acompañado de unidades de la Fiscalía, el DAS, el CTI y la Policía Nacional, realizó 12 operaciones militares en distintos sectores de la Comuna. En febrero se ejecutaron las operaciones Furia y Fuego; en marzo se realizó la Operación Marfil; en abril, la Operación Águila; en mayo, las operaciones Martillo y Mariscal; en junio, las operaciones Júpiter y Jalisco; en julio, la Operación Jinete; en agosto, la Operación Antorcha; en septiembre, la operación Saturno; y, entre octubre y diciembre, se llevó a cabo la Operación Orión. Según datos de la Corporación Jurídica Libertad, los operativos militares en la Comuna 13 dejaron un saldo de más de 600 víctimas de delitos como homicidio, desaparición forzada, desplazamiento intraurbano y privación arbitraria de la libertad. Tavera (2017).

⁴ “El 11 de noviembre, la cúpula de las AUC se reunió con el Alto Comisionado para la Paz, Luis Carlos Restrepo. Durante la reunión –que permaneció secreta durante largos meses– se hizo alusión a las condiciones de una eventual desmovilización. El Alto Comisionado invitó a los paramilitares a declarar el cese al fuego que debería ser presentado como su iniciativa propia para dar una mayor margen de maniobra al gobierno ante la opinión nacional y extranjera. En respuesta al cese al fuego, el gobierno nombró una comisión exploratoria que condujo a la firma del Acuerdo de Santa Fe de Ralito con las AUC en julio de 2003. Este texto inauguraba la fase de negociaciones y preveía la desmovilización de los miembros de este grupo armado antes del 31 de diciembre de 2005. El Bloque Central Bolívar y el Bloque Vencedores de Arauca se negaron a integrar la mesa de Ralito y exigieron la creación de mesas regionales. La integración de estas tres mesas se llevó a cabo finalmente en marzo de 2004.” (Grajales, 2011, p.166).

Las resistencias obran como una asincronía entre la realidad objetivada y su incorporación por el agente en los procesos de reproducción social -histéresis-, porque presenta un desacomodo en la subjetivación de la realidad incorporada y cuestiona su reproducción. Bien sea por fracturas en las relaciones estructuradas en el espacio social, o por mutación de las disposiciones y esquemas del habitus socializado de forma alterna. Así, las prácticas de resistencia interpelan, justamente, las formas imperativas de vida y ponen en crisis la naturalización de los modos dominantes de construcción social.

La lucha de las organizaciones sociales y colectivos comunitarios en los contextos de violencia adquiere atributos de resistencia contra la violencia. Esta dinámica de relaciones estructura el espacio social de la C-13 de la ciudad de Medellín, lugar donde se asientan las experiencias de resistencia contra la violencia que la presente investigación pretende dar voz, y resaltar los modos de subjetivación de la realidad, vivida y viviente, en procesos de representación que inducen historias libertarias desarticuladas de las estrategias de reproducción violenta de lo social, y cuyas fortalezas, han estado nutridas por el reconocimiento y el respeto alcanzado en sus trayectorias de vida. Estas luchas sociales y comunitarias configuran los campos sociales –complejos de relaciones- cruzados por las violencias de las estructuras sociales (instituciones y normas) y los grupos armados que pugnan por dominar el espacio social.

Es bueno dejar claro de una vez que el presente trabajo acude a los recursos teóricos - supuestos, categorías - metodológicas e interpretativas, aportados por Pierre Bourdieu a la teoría de la acción social, ya que relaciona nociones importantes para comprender la relación violencia-resistencia en un complejo de dominación. Desde el uso de las categorías «espacio social», «campo», «habitus», «agente», «trayectoria», «capitales» y «prácticas», hasta algunas nociones para comprender los esfuerzos por romper las barreras de la dominación, como la violencia simbólica que orienta la reflexión hacia la aceptación y fundamentación de la dominación; ya que ubica la violencia en el campo simbólico, en el cual los agentes están en una relación de percepción y reconocimiento; lugar donde se produce

[...] la aceptación dóxica del mundo que resulta del acuerdo inmediato de las estructuras objetivas con las estructuras cognoscitivas, es el verdadero fundamento de una teoría realista de la

dominación y de la política. De todas las formas de “persuasión clandestina”, la más implacable es la ejercida simplemente por el orden de las cosas. (Bourdieu, 1995, p.120).

Como se observará en el capítulo primero denominado “Resistencia, crítica y producción de la realidad: una revisión histórica”, se presenta una trayectoria de las prácticas sociales de resistencias desde algunos estudios que versan sobre este tópico específico, y que relacionan categorías afines: «acción colectiva», «movimiento social» y «protesta social». Para lograr este cometido, la mitad del siglo XX es el punto de partida y la primera década del XXI es la referencia de arribo; luego son construidos lapsos temporales con base en la dinámica predominante que adquieren las resistencias, así: un primer periodo de ebullición de las resistencias sociales, un segundo periodo de emergencia de las dinámicas armadas, y un tercer periodo de disposición a la lucha por los derechos humanos, no violencia y movilización de las víctimas. En este itinerario se relacionan los principales debates latinoamericanos que construyen una postura propia frente al desarrollo y las relaciones de interdependencia en el contexto de la posguerra de la segunda guerra mundial, la proliferación de movimientos de lucha armada por la liberación nacional y el cambio estructural en América Latina; la emergencia de la protesta popular, la lucha por los derechos humanos y las víctimas como interlocutores de quienes reproducen la violencia como mediación de la tensión orden social y contingencia.

Al mismo tiempo, son referidos algunos estudios sobre la resistencia como sujeto, acción y movimiento, indicativos de las tendencias en la comprensión de la resistencia. En este sentido son expuestas las posturas del politólogo y antropólogo James C. Scott, —acerca de la argumentación de la resistencia cotidiana— de Vinthagen y Johansson, quienes exploran el concepto y las dimensiones de las resistencias; Hollander, Einwohner y O’Brien las connotaciones y relación de las resistencias con la legitimidad; mientras que Sherry B. Ortner concentra su atención en los aspectos culturales y subjetividades de los resistentes. También son referidos los estudios de Mauricio Archila y Leopoldo Múnica quienes de forma diferente concentran su atención en la movilización colectiva. Los estudios específicos sobre las resistencias en Medellín y la C-13 son relacionados por las lecturas sus contextos particulares. Este

capítulo termina dando relevancia a lo que considera cambios provocados por la protesta, el paro y movilización popular en las perspectivas de estudio de la acción social en nuestro país, y resaltan el sujeto, la acción y movilización colectiva como categorías de análisis dominantes en los estudios del Otro movilizado; pasando por la recurrencia, cotidianidad, subjetividad y culturalidad de la acción resistente, hasta reseñar algunos estudios sobre la acción colectiva contra la violencia en la espacialidad de la C-13. Por últimos, concluye con algunos cambios observados en el desarrollo de las resistencias sociales en el trayecto trazado.

La construcción de los supuestos analíticos de la investigación se aborda en el segundo capítulo. Contiene una revisión de algunas ideas de autores clásicos y contemporáneos sobre la noción de resistencia, una breve presentación de la teoría de la práctica social propuesta por Pierre Bourdieu, y un acercamiento a la referencia y comprensión de la subjetividad por algunos postulados desde la Subalternidad. Así, en el transcurso de este apartado son puntualizados los aportes de Etienne de la Boétie, Michel Foucault y Eric Hobsbawm, que construyen una noción de resistencia, facilitando su diferenciación respecto de la relación en que es desplegada, y de Daniel Bensaïd quien relaciona la resistencia con una actividad sistemática y paciente, aún en los momentos de mayor atrocidad; o Françoise Proust, al considerar que la resistencia no es más que una ley del ser casi que perteneciente a la existencia misma del hombre y todas las subjetividades que le figuran. Desobediencia o resistencia civil, potencia creativa, lugar, espacio o territorio, son significantes que dan entidad y soporte a la resistencia como práctica social de los agentes y que introducen a la presentación de sus supuestos teórico-metodológicos.

Un tercer capítulo presenta la memoria metodológica de este trabajo. En ella la investigación es un hecho vivido. Presenta una perspectiva metodológica cualitativa para el estudio de las prácticas de resistencia a partir de la relación sujeto – realidad, porque considera la realidad social y su problematización una construcción social. Trabaja sobre los procesos de subjetivación de la realidad y la trascendencia de los comportamientos, acciones colectivas y sentidos o razones que la hacen entender; para ello elabora su enfoque histórico – etnográfico por las fuentes que utiliza para acceder a la información por la relación del investigador con el espacio y las fuentes etnográficas.

Los límites de observación de la investigación sobre resistencia contra la violencia en la C-13 fueron definidos entre lo que ocurre en el agente al incorporar la realidad -sujetivación- y como trasciende al colectivo, -objetivación en la comunidad-; tratando de entender la especificidad de la acción de los agentes en la correspondencia campo social y disposición a actuar, para apreciar los posibles desajustes, pues en esta situación las prácticas sociales de los agentes circulan a contravía de la reproducción de las relaciones en el campo social produciéndose movimientos no resilientes, no dispuestos al aguante o resignación, sino a la resistencia y emergencia de nuevas formas de relación.

Por tanto, tratar de entender como fueron constituidas las resistencias de la comunidad hacia la violencia dentro de los espacios de la ciudad, exigió participar de sus emociones, del miedo, dolor, la rabia y el sufrimiento de los agentes o colectivos comunitarios cuando describieron en las entrevistas algunos pasajes de sus experiencias vividas. Así mismo, de sus redes de solidaridad, espacios, movilizaciones y reflexiones que fueron registrados en algunos instrumentos metodológicos. De esta forma la atención del presente trabajo estuvo concentrada en las disposiciones de los agentes a introducir cambios en el campo social y adquirir mejores posiciones en este, cuando fueron activadas formas alternativas de vinculación social, participativa y democrática orientadas a ejercicios de visibilización, denuncia y confrontación de la violencia, y movilizar redes de acción social que protegieran a quienes son, o fueron, testigos directos de los excesos del poder armado legal e ilegal en los hechos ocurridos en la C-13.

En este apartado son expuestos los criterios de selección de las experiencias a conocer. El prototipo de acercamiento a la C-13 tuvo en consideración el capital social acumulado y la sabiduría colectiva de referencia reconocida por la comunidad, y otros estudios realizados sobre la C-13. Con base en esto la investigación dispuso conocer tres de organizaciones de base en correspondencia con lineamientos del proceso investigativo propuesto: (i) organizaciones de género: donde está la Asociación de Mujeres de las Independencias-AMI⁵, (ii) organizaciones culturales: significada por los

⁵ Organización que hace parte de la Ruta Pacífica de las Mujeres y se asume como defensora de los derechos humanos.

jóvenes de Casa Kolacho⁶, y (iii) organizaciones de promoción, característica dada a Sal y Luz⁷.

La descripción físico espacial y de las prácticas sociales de resistencia en el periodo 2004 – 2014, es presentada en el cuarto capítulo. En él es hecha una revisión de los antecedentes históricos y sociales, el proceso de formación, poblamiento, de los barrios que constituyen la C-13, de la zona Centro Occidental de la ciudad de Medellín. Allí, son reseñados los principales itinerarios que estructuran las prácticas sociales de resistencia contra la violencia en la C-13 en el periodo de estudio; seguidamente, se describen los procesos político-sociales más relevantes del país que incidieron en la intervención militar. Luego, son presentadas las experiencias de resistencia seleccionadas para la presente investigación en diálogo con las categorías propuestas por Pierre Bourdieu descritas en el marco teórico.

Este apartado resalta la potencia creativa de las organizaciones comunitarias para enfrentar el miedo y el terror impuesto por las fuerzas beligerantes y deslegitimar las intenciones de control territorial. También presenta los procesos concertados, solidarios y cooperativos que intervienen en la transformación del entorno violento, algunas iniciativas comunitarias caracterizadas por lógicas prácticas críticas de poderes territoriales autoritarios que exponen discursos alternativos y manifiestan la capacidad de acción de la gente en respuesta a contextos adversos de guerra y violencia (García Duran, 2006). Este apartado se apoya en la información recibida por la riqueza étnico cultural que converge en la C-13 aportada por innumerables desplazamientos y migraciones, como de las organizaciones de los barrios que la integran, han promovido importantes cambios sociales, culturales, políticos y económicos.

De igual forma se destaca el esfuerzo constante de los agentes sociales de la C-13 por trascender los escenarios del miedo, el sometimiento, la desaparición, el desplazamiento, el daño colectivo a grupos sociales y culturales; el uso y apropiación ilegal del territorio, la violencia con formas de vinculación y regulación social, la estigmatización y el señalamiento de la sociedad antioqueña de Comuna violenta, cuya ubicación periférico estratégica de estratos bajos predominantes lo hace un territorio

⁶ Organización no gubernamental que promueve experiencias culturales urbanas a partir del Hip-Hop: el Rap, Break dance, MC, DJ y el Grafiti.

⁷ Organización no gubernamental de carácter local que promueve la participación social y comunitaria en la C-13. Desarrolla estrategias de promoción y ejercicio de la participación y la organización como forma de enfrentar la dispersión e incertidumbre que produce la violencia de las organizaciones armadas.

apetecible por los grupos beligerantes (Abello Colak, Gómez Ramírez y Quintero Valencia 2014, p. 165).

La creatividad de los repertorios de acción que presentan las prácticas sociales de resistencia en la C-13 agencian formas comunitarias de tratamiento y resolución de los conflictos locales. Transcurren entre la mediación, la consejería, atención a víctimas y dan cuenta de prácticas de paz (Torres Carrillo, 2006). Aquellas prácticas facilitaron emprender el estudio de las categorías «resistencia social» y «práctica social» como principales, puestas en diálogo con la violencia como categoría de referencia. Esta oscilación aproximó la comprensión de la deslegitimación de la violencia sistemática y estructural en la C-13. Por lo tanto, tratar de responder a la pregunta de investigación ¿Cómo se constituyen las prácticas de resistencias social contra la violencia desarrolladas por los sectores sociales en la C-13 de la ciudad de Medellín post intervención militar urbana? es el interés de esta sección.

Es importante agregar que fue preciso esbozar particularidades objetivas que facilitaran la identificación de las experiencias de resistencia social en la C-13, para sus lideresas y líderes. Acercarse a las organizaciones y conocer las estrategias desplegadas en la cotidianidad para hacer frente a la violencia de los grupos armados legales e ilegales, y lograr el reconocimiento en la Comuna y la ciudad, en términos de Bourdieu, como agentes cuyas prácticas sociales son constitutivas de las resistencias.

En la C-13 posterior a la Operación Orión ⁸, diversas expresiones de resistencia social contra la violencia estructural vuelcan sus acciones contra la violencia atroz de los actores armados legales e ilegales que habitaron su espacio social. “Después de la Operación Orión, ahí sí fue donde podríamos decir que hubo una resistencia colectiva estructurada. La gente al sentirse víctimas se organizó para evitar que nos vulneren los derechos que tenemos y para reclamar los derechos vulnerados.” (Entrevista a H. F., líder juvenil, 2015). Durante este período toman más fuerza las prácticas sociales de resistencia, y sin duda puede ser afirmado, que son incorporadas por el colectivo social. La resistencia deja de ser una respuesta esporádica o coyuntural, para convertirse en vivencia objetivada con sus significados y sentidos vinculantes. Son disposiciones que representan la lucha contra la vulneración de la dignidad humana, por la defensa de los

⁸ Intervención aérea y terrestre llevada a cabo entre el 16 y 20 de octubre de 2002 por los servicios de inteligencia del Estado y los grupos paramilitares.

derechos humanos y por la inclusión social. Esta afirmación la asienten otras reflexiones respecto a estos temas en la C-13.

De esto dan cuenta los estudios relacionados con las resistencias a partir de supuestos, categorías y conceptos aportados por la cultura de la paz y la no violencia, las seguridades humanas y la justicia transicional «desde abajo» que reconocen el valor del saber proveniente de las comunidades barriales, tradicionalmente desconocidas por la academia, versiones de las cuales esta investigación recibe sus aportes; estas versiones confieren notoriedad al momento en el cual las resistencias desafían la violencia porque enfrentan el modelo de regulación y dominación impuesto por las prácticas de los actores armados en la C-13. En otras palabras, las experiencias de resistencia social contra la violencia de la Comuna analizadas en el presente trabajo condensan el complejo de relaciones que componen los campos social, político y cultural de la ciudad de Medellín, además de referir el habitus de la resistencia social en el contexto del posconflicto colombiano.

El periodo 2004 – 2014, post intervenciones militares urbanas en el territorio de la C-13, expresa el conjunto de tensiones propias del conflicto colombiano. Tales como (i) la lucha de las víctimas por el reconocimiento de sus derechos a la reparación individual y colectiva, (ii) el esfuerzo de las organizaciones sociales para la recuperación de la memoria histórica y el reconocimiento de sus derechos en el marco de la justicia transicional, (iii) los procesos de mediación de los grupos culturales y de comunicación alternativa para el perfeccionamiento de estrategias colectivas de resistencia y otras subjetividades, y (iv) las acciones promotoras de un activismo judicial de tal envergadura que obligó a tomar decisiones de impacto frente a los pronunciamientos de las altas cortes y comisiones internacionales de derechos humanos para esclarecer los hechos de las operaciones militares en la Comuna⁹.

⁹ Cuenta Aricapa (2015), que las fuerzas conjuntas del Ejército, la Policía, el CTI, la Fiscalía, el DAS necesitarían cerca de 17 operativos para desarmar los grupos guerrilleros existentes —Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Ejército de Liberación Nacional (ELN) y Comandos Armados del Pueblo (CAP)— en la C-13. Entre ellas se cuenta: la Operación Primavera (del 1 al 3 de febrero de 2001), la Operación Otoño-1 (última semana de febrero de 2001), la Operación Otoño-2 (7 y 8 de marzo de 2002), la Operación Marfil, la Operación Águila (17 de abril de 2002), la Operación Horizonte II (zona rural del corregimiento de San Antonio de Prado), la Operación Mariscal (21 de mayo de 2002), la Operación Potestad (15 de junio de 2002), la Operación Antorcha (15 de Agosto de 2002), la Operación Saturno (4 de septiembre de 2002) y, finalmente, la Operación Orión (entre el 16 y 20 de octubre de 2002).

Lo anterior invita a asumir la reflexividad como práctica en la comprensión de los procesos sociales que mediante el diálogo de saberes populares y académicos produzcan de la realidad de la C-13. Habría que decir, que no es solo un asunto metodológico que hace visible otras formas de construcción de la realidad en dimensiones que consienten participar activamente de las subjetividades barriales. Es un llamado a las teorías críticas que reivindican el pensamiento propio, aquellas que reflejan otro tipo de acercamiento al imaginario popular del sentido práctico y representación en la C-13.

Sólo resta agregar que todo el proceso de inmersión en la comunidad y sus organizaciones, de recolección de la información visual (con observación de campo), auditiva (a través de entrevistas)¹⁰ fue facilitado por los líderes y lideresas que aceptaron su participación en el proyecto como fuentes orales. A ellos los más sinceros agradecimientos por su acogida y colaboración. A Jeison Castaño, JEIHHCO, por la disposición para conocer de la experiencia Hopper (sonoridades, agitaciones, grafías coloridas y recorridos), a S. M. y M. N., compañeras de AMI, su gran generosidad de haber admitido participar de sus sentimientos, emociones, dudas, dinámicas, que hacer y trabajo comunitario; a J. C. M. de SAL Y LUZ, el recurso de la memoria colectiva. Compartir sus experiencias fue algo significativo y una experiencia maravillosa que amplió lazos de solidaridad y cooperación. Fueron meses repletos de entusiasmo, sentimientos, imágenes, voces, encuentros y desencuentros que fueron registrados en el trabajo de campo, también los talleres de promoción y educación en derechos humanos, la importancia de los plantones, movilizaciones, marchas, festivales y actividades de las organizaciones comunitarias, que además curtieron la piel del investigador.

Por su parte, el ejercicio de contrastación con las fuentes etnográficas e históricas elegidas para abordar la resistencia como práctica social, fue alternado con una pesquisa bibliográfica concienzuda registrada en fichas y matrices de cruce de categorías, conceptos y significados para facilitar su posterior descripción. En

¹⁰ En total fueron doce entrevistas, consentidas con el protocolo del caso, las que enriquecieron la percepción de la Comuna: tres de ellas a mujeres líderes de la Organización AMI, tres a líderes de la Corporación Sal y Luz, dos a jóvenes de Casa Kolacho, una a un historiador que desarrolló actividades investigativas con la corporación Sal y Luz, otra a un funcionario público de administración de justicia de la ciudad; que hace parte del cuerpo técnico de búsqueda y reconocimiento de los desaparecidos víctimas del conflicto armado. Finalmente, dos a estudiantes universitarios participantes activos de procesos barriales en la C-13.

conclusión, las prácticas de resistencia contra la violencia en la C-13 presentan cuatro centros de atención: el primero tiene relación con aquellas prácticas sociales que integran y articulan a la comunidad - la danza, el teatro, la música, la pintura, las experiencias de comunicación alternativa y las redes sociales, el segundo, con la defensa del territorio, la recuperación de la cotidianidad, el tercero, con la lucha por el espacio social construido por la comunidad y en el cual están los capitales acumulados sus tradiciones, sentidos, identidades y culturas; y el cuarto, con la lucha por el reconocimiento, la inclusión y defensa de sus derechos en diversos escenarios de acción y decisión pública, política y jurídica.

CAPÍTULO I

Resistencia, crítica y producción de la realidad: una revisión histórica

El presente apartado traza una trayectoria histórica de las prácticas sociales de resistencia, tomando como punto de partida el fin de la Segunda Guerra Mundial. El propósito es presentar el complejo de situaciones que configuran las prácticas de resistencia como procesos críticos de construcción de la realidad. Indaga por las formas que han adquirido las resistencias en algunos pasajes de la historia reciente de América Latina y de Colombia. Hace un breve recorrido por los estudios sobre las resistencias, movimientos y protestas sociales; para ello consulta algunos análisis recientes sobre el tema, intentando apreciar los conceptos más cercanos a la resistencia como práctica y, en tal sentido, argumentar una noción apropiada para la presente investigación sobre la resistencia social en la C-13 de Medellín entre 2004 y 2014.

Esta trayectoria es periodizada por décadas en las que puede evidenciarse la interrelación entre las prácticas de resistencia internacionales y nacionales. Arranca a finales de la década de los cuarenta del pasado siglo XX, hasta la primera década del siglo XXI. Primero habla de un periodo dinámico y prolífico en movimientos de resistencia que va, para efectos de esta investigación, desde finales de la II Guerra Mundial hasta la configuración internacional de la Guerra Fría. Segundo, el *boom* de los movimientos y organizaciones armadas, acompañadas por represión estatal y paraestatal desde los años setenta hasta finales de la década de los ochenta, que concluye con la caída del muro de Berlín y la crisis de las experiencias socialistas. Tercero y último, concluye con la década de los noventa, cuando los discursos que privilegiaron la vía armada en las décadas pasadas, inoperantes para la época, son cuestionados y deslegitimados por el lenguaje de la resistencia social no armada, la acción no violenta y los derechos humanos. El protagonismo de las voces no escuchadas (mujeres, jóvenes, diversidades sexuales y culturales, campesinos, trabajadores, estudiantes, comunidades o pobladores urbanos, víctimas del conflicto armado) se hacen presentes en esta parte. Las presencias ignoradas -trayectorias de lucha desde abajo- cuya historicidad no ha sido reconocida, las experiencias múltiples del sujeto que construye en la cotidianidad el lugar de su dignidad. Son las resistencias minúsculas, audibles, visibles y pródigas en creatividad y potencia, el movimiento intersticial que moviliza recursos y despliega

repertorios de acción colectiva en los microespacios de la comunidad, que, con su sentido práctico, pone en duda la bondad de la acción violenta restando legitimidad al usurpador de sus lugares de significación: los territorios.

La época de la Posguerra, el inicio de la Guerra Fría y el predominio en las ciencias sociales de las teorías estructural—funcionalistas (Fals, 2008) configuran un periodo en el que predominan, a la par, las luchas por la liberación nacional, la independencia y autodeterminación de los países-colonias (Archila, 2001) y una serie de movilizaciones sociales en Europa —mayo del 68— y en Estados Unidos (EEUU) —por los derechos civiles de la población negra, contra el racismo y la intervención militar de los EEUU en Indochina— (Hobsbawn, 1999). La lucha por la independencia y las resistencias de los regímenes nacionales a la opresión de EEUU y los países potencia admitieron la lucha armada (Larson, 1977). Algunos de estos procesos y movilizaciones nacionales también comprendieron experiencias no armadas y no violentas: la independencia de la India en 1947-1948 (Useche, 2016) los movimientos anti-racistas por los derechos civiles de los negros en EE. UU. y Sudáfrica (Carbone, 2008 y 2015).

Hacia la década de los sesenta en América Latina, varios grupos tomaron fuerza estimulados por el triunfo de la Revolución China, la Revolución en el Norte de Vietnam y la Revolución Cubana. Diversas experiencias de insurgencia armada fueron desplegadas en el subcontinente. Sus participantes y líderes estaban convencidos que las condiciones objetivas para los cambios estructurales estaban dadas, y que las subjetivas dependían de la conciencia de cada pueblo o nación latinoamericana (Castro Ruz, 1962, p. 8). Rápidamente aquellas experiencias intentaron ponerse al frente de las luchas sociales con perspectivas clasistas y ser convocantes de las demás resistencias: sociales, políticas, económicas y culturales. Así, con excepción de algunos países, en el subcontinente americano emerge un complejo de movimientos insurgentes armados.

Para el mismo periodo, Colombia arriba a un régimen político de colaboración bipartidista y alternancia en el gobierno, conocido como el Frente Nacional¹¹. Luego de un periodo de violencia bipartidista, persecución a los grupos de oposición, dictadura militar y represión de la protesta popular y las huelgas sindicales (Archila, 1997 y Fals,

¹¹ Acuerdo entre los partidos Liberal y Conservador que tradicionalmente habían gobernado en Colombia, definiendo un régimen político y un perfil institucional. Varios autores se han referido a este acuerdo como uno de transición política que busca la estabilidad del régimen político, la paz y el desarrollo (Comisión Histórica del Conflicto y las Víctimas, 2015, p. 26).

2008), entre 1948 y 1957 pasa a un régimen político de exclusión a los grupos subalternos y partidos de oposición. Emerge la insurgencia armada organizada en grupos de guerrillas (CNMH, 2013).

Es posible afirmar, que durante este periodo todo movimiento de resistencia preocupado por la emancipación social tuvo que debatir la lucha armada como una vía para lograr la aceptación de sus ideales. Así se irá constituyendo la resistencia subalterna que está motivada por la búsqueda –construcción- de salidas alternativas a las situaciones que reproducen violentamente las relaciones de dominación y exclusión. Resistencias que no requieren de la lógica pública burocrática para ser aceptadas y cuya voz es la práctica resistente que emerge y trasciende con las huellas de los silenciados (Aldana Saraccini, 2005, p.3).

En su lucha por lo propio, América Latina trasegará por debates relacionados no sólo con la autonomía de sus países en los ámbitos políticos y culturales, sino también con la discusión de cuál sería la forma de desarrollo y progreso, el acceso a los recursos, el proceso de industrialización e inserción en el sistema capitalista mundial de la Guerra Fría, la autodeterminación y relación con el resto del mundo (Solorza y Cetré, 2015). Los países latinos transitan en un contexto amenazante, expansivo, en el cual se está consolidando el sistema mundial capitalista. En el orden internacional emergen otras posibilidades de mundo; Rusia encabeza la experiencia socialista en la búsqueda de alternativas al capitalismo.

En este contexto de resistencias y debates en América Latina se despliegan esfuerzos y experiencias como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Organización que se encargaría de llevar la pauta en las decisiones políticas, económicas, de progreso, desarrollo, distribución de su renta y crecimiento de la región.

Como parte del debate sobre el desarrollo, la teoría de la dependencia en sus diferentes versiones, y el neocolonialismo como categoría de análisis en las relaciones internacionales de centro-periferia, desempeñan un papel importante. Estas teorías ponen en crisis las respuestas que han dado las teorías clásicas liberales de la economía y la política al problema del desarrollo. Las cuales no logran responder y explicar el subdesarrollo, ya sea como punto de partida para el desarrollo o como una expresión deformada de este, por un lado, y por el otro lado, la dependencia es la deformación

obligada del acceso al desarrollo y el crecimiento económico o parte de la acumulación y expansión del sistema mundo capitalista (Beigel, 2006).

En un contexto de lucha por la configuración del sistema mundo capitalista, como lo nombra Wallerstein (1979), o de desarrollo desigual del capitalismo, como lo llama Samir Amín (1986), la neocolonialidad fundamenta otras respuestas al sentido que adquieren las relaciones internacionales, la hegemonía mundial entre bloques de países y potencias, el uso de la violencia como vía para la ejecución de procesos de cambio estructural y liberación nacional (Larson, 1977). Ya para la década del setenta, las estrategias desarrolladas por los estados latinoamericanos para controlar la movilización y protesta popular por las reivindicaciones sociales derivaron en una oleada de golpes militares y regímenes autoritarios, que debilitaron las representaciones y formas de pensamiento y acción democráticas presentes en las fuerzas y movilizaciones sociales de la época (Beltrán y Obando, 2006). La excepcionalidad jurídica y política es la forma que adquieren los regímenes políticos de la región y la respuesta justificada, de los movimientos sociales y políticos es la lucha armada como forma de resistir.

En este escenario complejo toman fuerza la lucha por la defensa y promoción de los derechos humanos, el restablecimiento de la democracia y la garantía de los derechos civiles y políticos de los ciudadanos. Además, emergen otras formas de resistencia: las víctimas se resistirán a ser negados en su dignidad, reivindican la libertad de los presos políticos, la presencia de los desaparecidos y la memoria será la nueva trayectoria en la que los ausentes impugnan su privación y hacen presencia con la huella dejada, el reconocimiento acumulado, la legitimidad potenciada como capital heredado. Ante el silencio de las instituciones estatales, la negación de la verdad, el destino cruel del olvido, la práctica de la memoria procura dar voz a quienes no pueden hablar, caminar el sendero de sus luchas y hacer que su itinerario trascienda la historia de lo vivido en el hacer de lo viviente. Por eso las paredes hablan, los cuerpos cuentan historias, los vientos anuncian resistencias que se mueven por el entramado de los colectivos comunitarios; el sentido práctico de la acción de AMI, Sal y Luz y Casa Kolacho es la reivindicación de los derechos Humanos, la afirmación de la dignidad e identidad de los grupos sociales y la C-13, la reconstrucción del entramado comunitario,

sus organizaciones, el reconocimiento y respeto por la vida de los líderes(as) y la población civil.

En Colombia, los diferentes grupos sociales desplegaron resistencias sociales que incorporaron múltiples formas de protesta popular, tales como huelgas, paros cívicos, movilizaciones y manifestaciones públicas, tomas de tierras e invasión de predios urbanos (Archila, 2001, p. 28). Reivindicando sus derechos o presionando soluciones a los problemas sociales con connotaciones contestatarias, siempre dentro de los límites de los regímenes autoritarios, en algunos momentos exigiendo libertad, participación y ampliación de la democracia y otras garantías de bienestar. La resistencia de los sectores sociales se concentra en la demanda de los derechos humanos, el acceso a la ciudad y su equipamiento urbano (inclusión en la estructura urbanística, servicios públicos domiciliarios y la apertura de espacios de participación política) (Archila, 2001, p. 29).

Los años setenta y ochenta se caracterizaron por la generalización de la protesta popular. La difusión de la Teología de la Liberación hace presencia fortaleciendo subjetividades en las amplias movilizaciones y los paros campesinos, indígenas, magisteriales, de trabajadores oficiales y del sector privado, estudiantes y pobladores urbanos (Archila, 2000/2002). Florece una nueva modalidad de protesta: el Paro Cívico que es la resistencia social contra la exclusión y la violencia política como práctica de Estado y las élites políticas dominantes locales, regionales y nacionales (Múnera, 1998), entonces el Paro Cívico se arraiga como dinámica de resistencia y convergencia social para exigir derechos y reclamar frente a la vulneración de la dignidad humana por los agentes del Estado.

La insurgencia armada en América Latina adquiere fuerza en este periodo. En Centroamérica, el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua y el avance de la lucha armada en el Salvador durante los ochenta, así como la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), agregan a la época justificación al alzamiento en armas de grupos civiles contra el Estado en el subcontinente¹². Así, los

¹² Las vanguardias políticas son expresión de representaciones clasistas y estructurales de la realidad con propósitos de generar los espacios de convergencia de las resistencias sociales clasistas y pluralistas (Archila, 2009).

frentes plurales¹³ aparecen como el espacio privilegiado de resistencias que se caracterizan por marchar en rededor de programas o plataformas contentivas de reivindicaciones estratégicas definidas por proyectos sociales generadores de vínculos, alianzas o movimientos con demandas propias, que constituyen prácticas políticas subalternas, “independientes y no siempre funcionales para la reproducción del sistema” (García Canclini, 1984, pp. 69-78); con sus modos de accionar específicos, hacen caminos políticos diferentes que resaltan la experiencia de la dominación y exigen la ampliación de los espacios democráticos de participación e inclusión en los procedimientos y mecanismos de decisión política (Fals Borda, 1989, pp. 49-58).

Los comportamientos contestatarios, movilizaciones y protestas populares son las formas que adquiere la resistencia social. Movilizaciones urbanas por el derecho a habitar, morar y disfrutar la ciudad; rurales por el acceso a la tierra, contra el despojo de la propiedad rural y el desplazamiento forzado del campesinado; por políticas agrarias dirigidas a incluir al campesinado pobre y medio en procesos de desarrollo y bienestar social. La contundencia de la protesta amplia y popular sugirió una relación con la insurgencia armada. Sin embargo, no será característico de su radicalidad; sus representaciones, disposiciones y prácticas sociales no son coherentes con el comportamiento de la insurgencia armada (Archila, 2009).

Durante los ochenta los paros cívicos en Colombia adquieren estatus de estrategia política y social de los movimientos subalternos para exigir el acceso a la participación de la ciudad: el espacio público, equipamiento y disfrute del espacio urbano. Las diversas expresiones políticas contestatarias y la insurgencia armada puján por la apertura de los espacios de participación política, el reconocimiento y el respeto de los derechos humanos. Las resistencias civiles armadas se disponen a generar espacios de diálogo y negociación para llegar a acuerdos con el gobierno nacional, mientras las resistencias populares locales y nacionales son fuertemente perseguidas (García, 2017).

Las políticas de seguridad nacional impulsadas por el gobierno de EEUU y aceptadas por los gobiernos de América Latina promueven la militarización de las relaciones sociales mediante reformas legales que limitan libertades democráticas y

¹³ Denomino frentes plurales a las alianzas o convergencias de grupos políticos, movimientos sociales, centrales obreras, campesinas, indígenas, afrodescendientes y culturales en torno a programas políticos.

refuerzan la capacidad punitiva del Estado, abriendo espacio para el despliegue de grupos armados de control paraestatales cuya acción es dirigida a la desarticulación de las resistencias sociales locales y representaciones políticas alternativas (partidos políticos, movimientos políticos, movimientos sociales). Tal es el caso en Colombia del exterminio de la Unión Patriótica (UP) y la organización A Luchar. La protesta y movilización de los sectores populares es criminalizada y los regímenes de excepción proliferan como forma de control social y político (De Zubiría, 2015, pp. 14-17).

Emergen los movimientos cívicos, definidos por Leopoldo Múnera (1998), como aquella movilización social en la que los actores sociales buscan un reconocimiento social propio, legitimidad ciudadana, neutralidad e independencia de las mediaciones y representaciones políticas tradicionales y sobre todo, que sus prácticas de resistencia y expresión no sean asociadas a las subversivas. Son, en el contexto demarcado, los grupos sociales que se unen formando redes, como comerciantes, pequeños empresarios, transportadores, y que a la postre fueron ampliándose a trabajadores, campesinos, ciudadanos que exigían mejor prestación de los servicios públicos o protestando por el encarecimiento de estos.

Son varias las formas que se pueden considerar como paro cívico, ya que las prácticas sociales son de diversas naturalezas y pueden variar según su contexto. Los bloqueos de carreteras, la toma de oficinas del Estado, el sabotaje al transporte público, la quema colectiva de los recibos de los prestadores de los servicios públicos domiciliarios, la interrupción de las actividades normales de una ciudad y de la región, o asonadas, fueron prácticas alrededor de todo el país desde la década del setenta consideradas como paro cívico.

Por otro lado, las instituciones gubernamentales se desprenden estrategias que benefician intereses privados en detrimento de los intereses generales de la sociedad. Es una práctica la muestra Jorge Garay Salamanca (2008, p., 97-118) en *La Captura y reconfiguración cooptada del Estado*, donde los para-estados son protagonistas de procesos violentos de acumulación de fuerza, propiedad, uso y renta de la tierra, en connivencia con las élites político-militares dominantes. Sometiendo así a los territorios de regiones y localidades mediante la eliminación de las diferentes formas de resistencia social contra la exclusión política.

Por tanto, la década de 1970 es un período de barbarie y crueldad contra las dirigencias políticas, sociales, culturales y académicas que estaban comprometidas con las causas democráticas. A partir de ese momento logra identificarse la eliminación sistemática de una cantidad de líderes políticos en diferentes posiciones del campo social, pertenecientes a las más diversas representaciones políticas y sociales, varias organizaciones políticas - como la Unión Patriótica, el Frente Popular, A Luchar y hoy Marcha Patriótica-. La violencia contra las representaciones y acciones sociales críticas en el país se ha presentado de manera tan frecuente, que la negación de su existencia es legitimada con políticas de control del “narcoterrorismo”, como forma de naturalización y de criminalización de la protesta social. Esto, constituye el modo de reproducción de las relaciones sociales en Colombia (Koessler, 2013).

Hacia finales de la década de los ochenta, el Socialismo como práctica alternativa social del siglo XX, entra en crisis y se desploma política, jurídica e institucionalmente. Las vanguardias clasistas con sus proyectos nacionales de cambio estructural quedan comprometidas, y sus soportes epistémicos favorecen replanteamientos e interpretaciones nuevas; otros debates, perspectivas y enfoques sobre la subalternidad adquieren mayor protagonismo. Las resistencias sociales asisten a una redefinición de sus centralidades: cuestionan sus configuraciones, identidades, composiciones, motivaciones, sentidos y finalidades.

En los años noventa inicia en América Latina un periodo de renacimiento para las organizaciones subalternas con las perspectivas post estructuralistas, poscoloniales y posmodernas que toman fuerza en las ciencias sociales. Sus análisis advierten el giro en los estudios sociales hacia las experiencias y prácticas subalternas, que informan otras maneras de subjetivación, construcción de saber y de conocimientos. La fuerza de sus análisis dirige su atención en romper el vínculo colonial con el pensamiento eurocéntrico, que no reconoce otras formas epistémicas (Vargas, 2012).

Como muestra de esto está la irrupción en la selva lacandona de México del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) hacia 1994. Este grupo tendrá en sus inicios una fuerte tendencia hacia la fuerza militar, y en su desarrollo posterior, retomará dinámicas diversas de la resistencia social indígena incluyéndolas dentro de sus ideologías y acciones; hasta llegar hoy a reivindicar la autonomía, la diferencia y la

identidad autóctona como características básicas de la resistencia social, y alienta un gran debate en América Latina al respecto (Baschet, 2012).

La década de los noventa en Colombia, abre un periodo importante en la configuración de las resistencias sociales, que se vincula con el proceso de democratización iniciado tras finalizar el Frente Nacional y la ola democratizadora latinoamericana. Una gran cantidad de resistencias estarán cercanas a finalidades superiores como la paz, la convivencia, la defensa de los derechos humanos, y la justicia social. Algunas de estas sin renunciar a sus horizontes y otras a sus reivindicaciones particulares. La resistencia contra toda forma de violencia estará incorporada en el objeto de las organizaciones sociales, y configurará una subjetividad que deslegitima la justa causa de las insurgencias armadas, las violencias para-institucionales e institucionales (Hernández, 2004 y Useche, 2012).

Diferentes iniciativas sociales locales se desarrollaron contra la violencia desatada por los actores armados estatales, paraestatales y contraestatales. Un ejemplo de esto es la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC)¹⁴, que desde 1987 rechaza abiertamente la presencia de los actores armados en el Magdalena Medio Santandereano, diez de sus líderes han perdido la vida en esta experiencia.

En su mayoría, las resistencias sociales se diferencian de las insurgencias armadas en este periodo, algunas de ellas también entrarán en abierta crítica y deslegitimación de las prácticas de resistencia armada. Los Indígenas promueven la neutralidad activa (ONIC, 2002 y Romero, 2013) respecto al conflicto armado, no sienten sus dinámicas acogidas en él, y menos sus reivindicaciones. Por el contrario, constituyen una amenaza a sus prácticas de resistencia y movilización.

Otro grupo que tiene un importante protagonismo en la lucha por el reconocimiento de sus derechos son las mujeres. Quienes, mediante la visibilización de las violencias y vulneraciones producidas en el conflicto armado contra ellas, y otras dinámicas sociales que recubren la violencia sistémica. Por su parte, los jóvenes advierten los procesos de reclutamiento forzado, persecución y estigmatización por parte de todos los actores armados y desarrollarán acciones de resistencia y

¹⁴ Esta experiencia fue distinguida con el Premio Nobel Alternativo de Paz en 1990. El Tiempo, 14 de agosto de 2008, consultado el 25 de mayo de 2015 en: www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-4446247

organización contra estas transgresiones. Varias comunidades campesinas se constituyen en comunidades de paz y en diversas zonas urbanas de las ciudades se realizan acciones de resistencia contra la violencia. (Mesa de Trabajo Mujer y Conflicto Armado, X Informe: mujer y conflicto armado, 2010).

Un nuevo actor social surge de un contexto de conflicto armado, autoritarismo y desinstitucionalización del Estado: las víctimas. Producto de las acciones de los grupos armados paraestatales, contra estatales y la intervención militar del Estado colombiano son desplazados, perseguidos y eliminados centenares de pobladores campesinos, urbanos y eliminados continua y selectivamente líderes sociales, políticos y culturales. El movimiento de víctimas desarrolla un conjunto de prácticas de resistencia que impactan espacios de decisión política, judicial y constitucional, y permean, escenarios internacionales de defensa de los derechos humanos (Gómez, 2014, pp. 88-121).

El siglo XXI en Colombia abre debates importantes en torno a la resistencia contra la violencia y búsqueda de la paz. Los espacios de la transición de la guerra a la paz (Zubiría, 2014) ponen en evidencia los problemas de la justicia transicional. En contextos que priorizan la seguridad como tema central del ejercicio político del Estado, la lucha por la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición desarrollada por las víctimas, reconfiguran las resistencias sociales en un marco de reconocimiento y restablecimiento de sus derechos. Ponen en juego los capitales acumulados, la activación de redes nacionales e internacionales, y los aprendizajes adquiridos en la lucha por los derechos humanos como la denuncia pública a través de la publicitación de la violación y vulneración de los derechos colectivos e individuales (Gómez, 2014). Desde los ejercicios de construcción de la memoria histórica, el acontecimiento vivido, la experiencia testimoniada, narrada o relatada, las víctimas hacen escuchar sus voces ruidosas, que resuenan en los espacios de decisión política y judicial, en los tribunales nacionales e internacionales, en las cámaras legislativas y en las mesas de negociación (CNMH, 2013, pp. 73-84).

En los últimos veinte años, las resistencias adquirieron otras formas de articulación a través de las redes sociales y de apoyo al conjunto de iniciativas de paz y en contra de la violencia (Hernández, 2002/2009). Aparecen las Redes de Iniciativas Ciudadanas por la Paz, la Ruta Pacífica de las Mujeres, las redes juveniles por la paz y la no violencia y las redes de víctimas del conflicto armado. Organizaciones que aportan

discusiones y espacios temáticos locales y de ciudad. Las Mesas de Trabajo que abordan diversos problemas sociales se establecen en los barrios y diferentes experiencias particulares son articuladas en ellas, reconocidas y difundidas adquiriendo protagonismo e impactando la gobernabilidad local.

Las comunidades indígenas, campesinas y urbanas promueven y fortalecen sus formas propias de regulación, independientes de la regulación violenta. Las experiencias de justicias comunitarias son visibilizadas y ocupan un espacio en las políticas de resolución alternativa de conflictos, promoción de la convivencia y los derechos humanos. Las diferentes formas de mediación comunitaria harán intervención frente al profuso accionar de las violencias (Gómez, 1998/2001).

Hacia finales del siglo XX y la primera década del XXI, América Latina ocupa un destacado lugar en las luchas contra el neoliberalismo, por la autodeterminación, el gobierno propio, la soberanía alimentaria y sobre los recursos naturales (petróleo, minerales estratégicos y agua) y la superación de pobreza. Desde la resistencia de los zapatistas en la región de Chiapas en México (Van der Haar, 2005) logra impactos globales con sus estrategias, movilización indígena, campesina y popular, y diálogo permanente de saberes con intelectuales y científicos sociales; pasando por las resistencias indígena, campesina y de los trabajadores en Bolivia (Burguete, 2007), las nuevas alternativas ciudadanas e indígenas en Ecuador (Lander, 2012:16) y los diferentes movimientos sociales, de trabajadores, mujeres y estudiantes en Brasil que generaron espacios como el Foro de São Paulo, hasta la revolución bolivariana en Venezuela con su proyecto del socialismo del siglo XXI, que logra avanzar en la reconfiguración de los procesos de integración de los países latinoamericanos (Alba, Petrocaribe, CELAC - UNASUR) y sostenerse en la dirección del Estado (García Linera, 2016, pp. 21-28 y Algranati y otros, 2004).

Las resistencias sociales cada vez son más convergentes, sin embargo, la diferencia y la autonomía constituyen la textura de estas prácticas sociales. Su acción conjunta resuena al mejor estilo de las polifonías que configuran espacios, posiciones y escenarios de acción que marcan el ritmo de las movilizaciones y sus representaciones sociales, que configuran un campo social de análisis específico y sectorizado.

Este breve recorrido, muestra la relación de la práctica social de la resistencia con acontecimientos, circunstancias o estructuras sociales, además de formas de

pensarlas, en algunos momentos como movimientos clasistas, en otros como movimientos sociales y otros como protesta social. Así, en Colombia la resistencia social como categoría de análisis va a ser empleada por algunos analistas (Fals Borda, 2002) para resaltar la lucha de los pueblos ribereños por conservar su identidad cultural y acceder a los recursos para sobrevivir. Algunos -Useche, 2012 por ejemplo- enfatizan la emergencia de nuevas subjetividades, la lucha desde la diferencia y la autonomía como fundamento de la resistencia creativa. Mientras que otros (Hernández Delgado 1999, 2004 y 2008), exaltan el horizonte de paz de la resistencia, procesos y acciones colectivas identificadas por sus protagonistas como “fuerza vital” y “ejercicio de autonomía, autodeterminación o neutralidad activa” en la lucha por la desnaturalización de las violencias. Otros como Torres Carrillo (2006/2009) subrayan el lugar de la subjetividad en el estudio de las organizaciones y la movilización social.

1. Los estudios de las resistencias como sujeto, acción y movimiento

El estudio de las resistencias sociales, desde las ciencias sociales, es uno de los indicadores más importantes que expresan la dinámica de las sociedades en sus diversas escalas y relaciones sociales imbricadas. Como objeto de estudio visibiliza los malestares frente a las injusticias de las decisiones de los grupos dominantes, la indignación por la vulneración de los derechos, la protesta popular y la revuelta social contra las condiciones y situaciones de precarización, y las rebeliones e insurrecciones en rechazo a la dominación y opresión. Las resistencias ponen de manifiesto las condiciones materiales de existencia de las personas y grupos sociales, sus reivindicaciones y valoraciones, así como las subjetivaciones y modos de representación de la realidad.

En adelante se describen tres tendencias predominantes en el estudio de la resistencia desde las ciencias sociales. La primera, a través de James Scott (1985), donde se muestra la perspectiva de antropología política postestructural y de vida cotidiana. Luego, con Mauricio Archila (2003), una perspectiva de acción colectiva. Y finalmente, la orientación sociocultural que hace presencia en varios investigadores de la ciudad de Medellín para abordar las experiencias de lucha contra la violencia. Perspectiva en la que convergen estudios sobre procesos sociales constituidos por la

experiencia de organizaciones y comunidades, de actores sociales, contextos sociopolíticos y estructurales (Torres, 2009).

1.1. Resistencia en la vida cotidiana

El antropólogo James Scott (1985) aprecia las resistencias en las relaciones de dominación que se dan en la sociedad. Las analiza como una práctica cotidiana expresada a través de diversas estrategias, algunas culturales –discursos ocultos– y otras sociales –visibles y públicas–. Así, los escenarios de las resistencias son múltiples y oscilan desde lo coloquial (lenguajes, gestos y ademanes) pasando por las actitudes frente a la autoridad en los espacios laborales hasta trascender al ámbito público y a los discursos y prácticas evidentes.

La resistencia cotidiana, como la denomina Scott, está incorporada en los actos y en las actitudes de los sujetos sociales. Es silenciosa, tranquila, invisible y surge, propiamente, de los contextos autoritarios, militarizados –con presencia de violencias– que no admiten la expresión abierta de la rebeldía, o demostraciones abiertas de descontento o inconformidad. Por lo tanto, la experiencia social de la dominación es el lugar privilegiado de la resistencia cotidiana.

Los canales por los cuales circula la resistencia cotidiana son las redes conectivas del tejido social. Sus mecanismos de articulación son la trama de las organizaciones y las experiencias que componen el espacio social; algo que Scott (1985) denomina *infra política*; lugar de la experiencia de resistencia cotidiana de grupos sociales, pero no como discurso de poder. En este sentido, la resistencia no presenta vocación o intención de poder total, su comportamiento no es de contrapoder. Sin embargo, el ejercicio cotidiano de la resistencia sí deslegitima los modos de vida y percepción dominantes. Al respecto, conviene decir que Scott contribuye con el concepto de la resistencia cotidiana en los estudios que exploran el campo de las luchas sociales contra la dominación. La provee de características y clasificaciones, señalando conductas subalternas insumisas distintas a las movilizaciones colectivas y públicas que impactan el orden social y político como la rebelión, la revuelta o la insurgencia.

Vinthagen y Johansson (2013) observan que en los estudios sobre la resistencia hay un consenso sobre el concepto de resistencia cotidiana como un acto de oposición ajustado a discursos, estrategias y actores cuyas relaciones se despliegan en una

temporalidad y una espacialidad referenciadas por contextos y situaciones. Proponen considerar la resistencia cotidiana como una práctica que a lo largo de la historia se ha relacionado con el poder transversal a los poderes que conviene, heterogénea, y resiliente en correspondencia con los espacios sociales, y plural en cuanto a formas de acción. Entonces, estos autores concluyen que la resistencia cotidiana trata de la actuación diaria de la gente para debilitar o menguar el poder y, en tal sentido, está integrada a la vida social y es parte de la normalidad. Adicional a esto, Vinthagen y Johansson (2014) identifican las dimensiones de la resistencia cotidiana. De hecho, amplían las perspectivas de análisis y sugieren otros elementos de notoria importancia como son los repertorios de acción de la resistencia en los que contemplan: el enfrentamiento, las tácticas de supervivencia, la no participación de convocatorias oficiales, las manifestaciones culturales; las relaciones de agentes, alianzas subalternas, alianzas dominantes, permite mirar las relaciones, alianzas que tejen los grupos en los procesos de resistencia cotidiana y cómo operan de acuerdo con sus identidades, sus objetivos, sus potencialidades, sus posiciones en el espacio social y sus liderazgos. Las espacialidades de la resistencia cotidiana: organizaciones y prácticas, sitios, lugares de referenciación, escalas locales, regionales o globales, accesos a los espacios colectivos y públicos e intercambios con otros espacios que informan los procesos de construcción de los imaginarios y sus impactos en el entorno; la temporalización que describe los ritmos e intensidades de la resistencia cotidiana en correspondencia con los contextos de dominación, las oportunidades de acción y las elecciones grupales, que denotan la cotidianidad, el día a día, regularidad y familiaridad de la resistencia en la vida social. Estos elementos permiten examinar el complejo accionar de las resistencias cotidianas en sus relaciones con las estructuras sociales, las relaciones de poder y la experiencia social de los agentes.

Sumado a lo anterior, otros debates sobre la resistencia emergen dirigiendo su atención al uso del concepto, su connotación, legitimidad y localización con respecto al Estado y las instituciones. Algunos consideran que la resistencia cotidiana, a pesar de expresarse mediante “discursos ocultos”, debe tener reconocimiento e intención y en tal sentido discuten su “invisibilidad”. Es una acción crítica, de desacuerdo, que está dirigida a rechazar las relaciones de dominación que debe ser reconocida en sus objetivos y realización no sólo por quienes resisten, sino por otros actores y

observadores, denotando así la naturaleza interactiva de la resistencia (Hollander y Einwohner, 2004 y O'Brien, 1995).

Al mismo tiempo, en los estudios de las resistencias hay quienes orientan su atención a los aspectos culturales y subjetividades que manifiestan quienes despliegan las acciones de resistencia, así es posible examinar las prácticas culturales, representaciones colectivas, imaginarios sociales e intenciones de los grupos subordinados en su interacción con los dominantes (Ortner, 1995).

1.2. Resistencia como movilización colectiva

En el texto *Idas y venidas, vueltas y revueltas*, Mauricio Archila (2003) resalta las diferentes corrientes de pensamiento que han iluminado la interpretación de las resistencias sociales, entre ellas, el Marxismo en sus versiones ortodoxas y estructuralistas. Estas centraron su reflexión en la lucha de clases y la construcción del sujeto transformador de la sociedad. La heterogeneidad de los actores sociales en las luchas populares exigió una aproximación menos severa que la clasista sin perder la fortaleza del materialismo histórico. Hubo un giro hacia lo popular, no sólo se habla de proletariado sino de clases explotadas y oprimidas, etiquetadas como pueblo, a veces como movimiento popular o como movimiento social en singular. La teoría de la dependencia dirigió su atención a los sectores populares sumidos en condiciones de atraso por el desarrollo capitalista mundial, lo cual sugería la creación de un bloque popular que construyera una alternativa de corte nacionalista para impulsar un crecimiento económico equilibrado.

El resurgir de la protesta popular en los años ochenta, con elementos diferentes a los decenios anteriores, hizo que muchos analistas proclamaran una nueva era en la acción social colectiva del país. Ante el desgaste de la política tradicional y de la misma acción de la izquierda se consideró que la movilización urbana y rural anticiparía una nueva forma de participación ciudadana. La categoría movimientos sociales ingresa, por tanto, al lenguaje de las ciencias sociales y desplaza a un segundo plano los conceptos de clase y de pueblo. La lucha social no sólo se explica por las contradicciones en la esfera productiva, o cuando más, en las de distribución y consumo.

Diferentes dimensiones, como las culturales y simbólicas, entran en la agenda de los actores sociales y en la mente de los investigadores. La construcción de identidades en los actores colectivos cobra importancia y hay más sensibilidad intelectual, a través de las diferencias de género y de etnia. En este campo la resistencia es observada como una forma o estrategia de la movilización social, de la acción colectiva de los movimientos sociales: tomas de tierras, paros y bloqueos de vías como en el caso de los campesinos, indígenas o los afrodescendientes; manifestaciones públicas, movilizaciones urbanas, plantones o tomas de plazas públicas en el caso de los movimientos feministas o diversidad de género. Son las acciones y demandas las que concentran la atención. No tanto las subjetividades construidas, los referentes de acción, los significados, las prácticas sociales que distinguen los actores sociales.

La protesta pública es la acción privilegiada para demandar derechos sociales para el grupo social, para el movimiento; también para exigir espacios de participación, ampliación de la deliberación y respeto por la disidencia, la vida y la libertad. Desde esta perspectiva la movilización social es abierta y pública cuando moviliza el conjunto de recursos, organizaciones, y fuerzas, que despliegan acciones de exigencia, visibilización del malestar y disposición al acuerdo. Así mismo, la preparación de la acción, la disposición de los recursos y la concertación de la movilización la ubican en espacios propios de las organizaciones, espacios de resistencia. De esta manera, tenemos el espacio de lo privado y cotidiano, donde resisten, se organizan y no quieren ser vistos, por cuestiones estratégicas. Por otra parte, está el escenario público que es utilizado para mostrarse y ganar presencia. Así lo refiere Jorge Mendoza García:

las distintas expresiones de la acción colectiva han estado oscilando, entonces, entre la resistencia y la confrontación, dependiendo del momento y circunstancias, y entre lo privado y lo público, considerando los objetivos y tácticas de dichos movimientos sociales. Pueden ir, si así lo requieren, de la resistencia a la confrontación, o si se les arrincona, de la confrontación a la resistencia; pero también de lo privado a lo público o en sentido contrario. (2006, p. 180).

La descentralización y la elección popular de alcaldes a fines de los ochenta y la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente a principios de los noventa hacen viables estas nuevas aproximaciones teóricas en el caso colombiano, y se asumen como

logros políticos. En el último periodo, las minorías étnicas recibieron mayor impulso investigativo, especialmente las negritudes, los indígenas, además el estudio de movimientos feministas y de manera incipiente los movimientos de la población LGTBI que hoy despuntan en el país. Las dimensiones ambientales se perfilan como otra rica vertiente de análisis de los movimientos sociales (Archila, 2001, pp. 35-36).

La reclamación de derechos sociales perfila la resistencia social, incluye subjetividades particulares de grupos sociales distinguidos por formas particulares de relacionarse. En este sentido son visibles las luchas de los pueblos indígenas en defensa de sus saberes, de su cultura, y de su identidad. Igual sucede con la población afrodescendiente que lucha por el reconocimiento y respeto a sus tierras, de sus recursos, de sus formas de relación social, e ideas de desarrollo; así como las diversidades de género y opción sexual por el reconocimiento de derechos y respeto a su condición, las mujeres y los movimientos feministas por la igualdad, la equidad social y la participación política. En este sentido las representaciones e identidades que manifiestan las prácticas de resistencia participan de los movimientos y la acción colectiva, pero la condición de diferencia que las fundamenta no está limitada a la espacialidad, ritmos y temporalidades de la acción colectiva.

Los estudios sobre movimientos cívicos, populares y regionales, abundantes en los ochenta, logran impactar el análisis de la acción colectiva en la década siguiente. Mientras algunos como Leopoldo Múnera (1993, 1998) la construye como categoría analítica a partir de la teoría de los movimientos sociales y resalta la acción colectiva por fuera de la institucionalidad, expresando su autonomía frente a los partidos tradicionales e independencia de las representaciones de izquierda. Otros como Mauricio Archila (2001) destaca de los movimientos sociales el terreno de conflicto no limitado a lo socio económico en que se mueven los actores y la asociatividad voluntaria que configura los movimientos sociales como comunidad imaginada.

Las movilizaciones urbanas o de comunidades campesinas comenzaron a presentar un proceso de independencia hacia la década de 1960, de las mediaciones y representaciones de los partidos políticos tradicionales (Múnera, 1998, p. 405). La desconfianza en los partidos gobernantes, sus liderazgos carentes de compromisos con los grupos sociales más pobres, la violencia padecida en el periodo de 1948 a 1957 y la persecución a la movilización popular ponen en crisis la representación o pertenencia a

un mismo conglomerado. A su vez, los procesos de migración a las ciudades afectaron la articulación de objetivos, reivindicaciones y movilización; la protesta popular expresó en este tiempo una fuerte segmentación (Múnera, 1998, p. 437).

La acción social adquiere formas específicas y variadas que caracterizaron la movilización social practicada desde inicios de la década de 1970. Los bloqueos de carreteras, la toma de oficinas del Estado, el sabotaje al transporte público, la quema colectiva de los recibos de los prestadores de los servicios públicos domiciliarios, la interrupción de las actividades normales de una ciudad y de la región, o asonadas, fueron practicas alrededor de todo el país desde la década del setenta. Desde entonces, diferentes grupos sociales se unen formando redes de comerciantes, pequeños empresarios, transportadores, que a la postre fue ampliándose a trabajadores, campesinos, ciudadanos que exigían mejor prestación de los servicios públicos o protestando por el encarecimiento de estos. Entonces, emerge la lucha cívica como el lugar de convergencia de interés populares y la comunidad encontraba la manera de exigir los derechos sociales y solución a necesidades concretas (Múnera 1998, p. 403).

En este sentido, lo “cívico” fue usado por las diferentes comunidades en Colombia, para designar una serie de reivindicaciones comunes a amplios sectores de la población, respaldadas por movilizaciones o actos masivos a nivel local, regional e incluso nacional. Dentro del concepto también entran las acciones colectivas y contestatarias de las comunidades; en estas, encontramos grupos como los obreros y campesinos desempleados, estudiantes, pobladores urbanos, amas de casa, y madres comunitarias, entre otros. Con la acción social, estos actores y grupos intentan intervenir en la organización y la transformación de sus propias vidas, y de la sociedad. Con el término cívico los actores sociales buscan legitimidad ciudadana y apartidista. Buscan neutralidad y, sobre todo, diferenciarse de las prácticas subversivas ante los sectores dominantes y el Estado y obtener reconocimiento social propio como lo expresa Santana citado por Múnera (año 1998, pp. 406-407), puesto que la institucionalidad busca igualar la organización autónoma de las clases media y populares al movimiento guerrillero para poder dar respuesta y tratamiento militar o policial para contrarrestarlas. De igual forma, al distanciarse de los partidos políticos o de la izquierda, pueden tener una participación política directa y obtener sus beneficios sin intermediarios clientelistas (Múnera ,1998, pp. 406-407).

La movilización social se convierte en “la otra forma de hacer política”, de tener prácticas sociales de participación ciudadana, en prácticas jurídico-políticas de lucha por los derechos que buscan incentivar la autonomía, enfrentar la burocracia, exigir el reconocimiento estatal de las diferentes subjetividades como forma de inclusión social, mediante la acción social colectiva e individual. Se construye un nuevo tipo de ciudadanía que no anula la propia subjetividad (ibidem, p. 410). Luego del aturdimiento ocasionado por el periodo de La Violencia, la movilización organizada de los pueblos y ciudades colombianas encontró en la parálisis económica una forma de protesta social, a la cual, alcaldes, concejales, párrocos, Juntas de Acción Comunal, gremios empresariales, estudiantes e indígenas contribuyeron a los paros promovidos por los comités cívicos o por otros actores colectivos (ibidem, p. 411).

1.3. Resistencias desde los movimientos socioculturales

La fuerte inserción de los movimientos sociales y la acción colectiva de nuevos temas a partir de la última década del siglo XX introdujo dinámicas diferentes en las resistencias sociales. Otras trayectorias vitales, otras pautas de acción social, y otras formas de relacionamiento interpersonal y con el entorno natural ingresan al repertorio que motiva la práctica social. Sus manifestaciones integran subjetividades culturales que incorporan otras problemáticas a las resistencias sociales, los debates políticos y socioeconómicos tales como: el medio ambiente, el cambio climático y la protección de la naturaleza; la equidad de género y el reconocimiento de la diversidad sexual; el reconocimiento del multiculturalismo y la interculturalidad que expresan la lucha por la afirmación identitaria y cultural de los pueblos indígenas, los afrocolombianos y las comunidades campesinas; las luchas de los pobladores urbanos contra la exclusión socioeconómica, política y cultural del uso y goce de los beneficios de las ciudades. Las subjetividades culturales abordaron la movilización con las prácticas desarrolladas por los grupos sociales desde sus identidades. No fueron solo las exigencias del movimiento o del gremio, no fue únicamente la protesta contra decisiones oprobiosas o la violencia que coarta las libertades sociales, tampoco fue exclusivamente la lucha por el derecho o la reivindicación del derecho instituido. Fueron la lucha por el reconocimiento de la condición que identifica, de las prácticas y el patrimonio cultural, ancestral y los saberes

que sobre la naturaleza que han acumulado los pueblos, etnias y culturas, por la afirmación de otras formas de ver, sentir, existir y decir.

Lo anterior resalta las luchas de los movimientos étnicos, indígenas, afrodescendientes, campesinos, urbanos, juveniles, culturales, mujeres, diversidades de género, ambientalistas, identitarios; quienes, a partir de reivindicar su diferencia, sentidos y modos de existir, emprenden subjetividades diversas que cuestionan la dominación violenta. Apoyados en la información axiológica transmitida por sus culturas, cosmovisiones e imaginarios colectivos prácticos de vida, generan toda una resistencia civil contra la violencia desatada por los grupos armados legales e ilegales en sus territorios. Son los casos de La comunidad de Paz de San José de Apartadó, la Comunidad de Paz San Francisco de Asís, El Consejo Regional Indígena del Cauca, las comunidades negras del Consejo Comunitario Mayor de la ACIA —COCOMACIA— en el medio Atrato Chocoano, y los campesinos de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare —ATCC— en el Magdalena medio santandereano (Hernández, 2009, pp. 125-126). Estas resistencias socio culturales han tenido gran visibilidad desde la década de los 90 hasta el presente. La práctica social expresada en acciones colectivas de tipo cultural que cuestionan la guerra, el secuestro, la desaparición forzada, el desplazamiento masivo y selectivo de poblaciones campesinas, habitantes urbanos y el homicidio de los líderes sociales van a perfilar las movilizaciones masivas en Colombia y América Latina. Las nuevas articulaciones de las organizaciones étnicas, indígenas, campesinas, de mujeres y diversidades sexuales generan espacios de movilización masiva en las ciudades. Experiencias comunitarias de comunicación, redes de grupos artísticos, festivales musicales y actualmente el uso de las redes sociales anuncian otras dinámicas en los procesos colectivos de resistencia.

2. Los estudios sobre la resistencia en Medellín

En la ciudad de Medellín, las resistencias contra la violencia como objeto de investigación han sido estudiadas con recurrencia en el periodo que abarca esta investigación: 2004-2014. En los estudios de la conflictividad social y política desarrollados por diferentes Organizaciones No Gubernamentales (ONG) e instituciones académicas de la ciudad, como el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, y el Instituto de Estudios Regionales de la misma institución, este tema

aparece integrado al análisis de las luchas populares por los derechos humanos, la democracia y la ciudadanía y contra la criminalización de la protesta social o en los estudios sobre violencia y orden social.

En el periodo de la referencia, cuyos inicios fueron marcados por la agudización de la violencia proveniente de las organizaciones del tráfico de drogas y el paramilitarismo contra la población civil y los liderazgos políticos y sociales, diversos investigadores concentran su atención en el estudio de la insurgencia, el paramilitarismo, la violencia urbana, los movimientos sociales, y sus organizaciones y las motivaciones de sus luchas en el contexto de la ciudad. Este es el caso de Gloria Naranjo (1992) aborda la ciudad en *Medellín por Zonas*; Ana María Jaramillo (1992, 1993, 1997 y 1998), quien concentra su atención en el estudio de la criminalidad, sus actores, acciones y conflictividades; y González Gil (2006) y Alzate Zuluaga (2012) quienes analizan la acción colectiva de los actores sociales y comunitarios en contextos de violencia.

La comprensión de significados, percepciones y representaciones pasa desde lo expresado por Pablo Emilio Angarita (2008) y Diego Sierra (2010), hasta los estudios realizados por María Teresa Uribe (2006) y Rafael Nieto (2009) sobre las disposiciones y las sociabilidades o formas vinculares diversas como resistencias civiles. Además, desde perspectivas y enfoques de la seguridad en relación con la democracia y la participación ciudadana (Angarita y Abello, 2013) producen y compilan un conjunto de investigaciones que analizan experiencias de control de la violencia con participación de la ciudadanía y alternativas de seguridad que emergen desde abajo.

Uno de los primeros estudios sobre la conflictividad urbana en la ciudad de Medellín fue el realizado por Gloria Naranjo Giraldo (1992), *Medellín por Zonas*, el cual aporta a la visibilización de problemas sociales urbanos en un momento en que se agudiza la violencia política y social. La autora examina las particularidades de los procesos de poblamiento y asentamientos urbanos, sus características socioeconómicas, problemáticas y conflictos urbanos que afectan la configuración del territorio y las definiciones y decisiones de ordenamiento territorial. La investigación de Naranjo (1992) se centra en el análisis de los movimientos sociales locales, por medio de los cuales resalta las singularidades zonales de Medellín, cubriendo todas las Comunas en las cuales se encuentra distribuida la ciudad. De esta manera logra mostrar los perfiles,

más que las estructuras, a partir de la acción de los sujetos. Con espíritu etnográfico el trabajo hace una construcción histórica de los territorios y de las formas de organización de los pobladores urbanos, con una mirada crítica que analiza desde la observación y la percepción de los pobladores hasta las relaciones de sujeción política (clientelar) que complejizan los procesos sociales de lucha por el acceso o prestación de servicios públicos y bienestar social. Estos procesos evidencian un incremento de las formas de organización social y política, y la movilización y protesta pacífica contra la violencia o en respuesta a la acción represiva del Estado.

El equipo de investigación de la Corporación Región, durante los años 1996-1998, desarrolló una investigación que parte de preguntarse por la dinámica de la ciudad y su relación con el conflicto y la cultura política. Lo aborda desde perspectivas de la cultura política, como enfoque que pone en relación el contexto y las estrategias que definen la acción social con los sentidos portados por los agentes (Jaramillo, 1998). Dicho análisis es significado a partir de la noción de *moral pública*, entendida como “el conjunto de valores que dan sentido a las conductas particulares, poniéndolas en relación con las exigencias sociales [...], orientaciones de la práctica social cuya estructura ayudan a revelar” (Jaramillo, 1998, p. 13).

De tal manera que, en las situaciones estudiadas, la relación entre hechos y valores es inmediata y la acción social expresa modos de vida constitutivos de pautas morales. La metodología utilizada en esta investigación fue cualitativa con una modalidad de estudio de caso ampliado y el objeto de investigación fueron las dinámicas conflictivas y su relación con la política, en cuyos escenarios se desarrollan prácticas mediadoras como estrategias de construcción del orden social

González Gil (2006), con fundamento en Sidney Tarrow (2004) y Dieter Rucht (1999), indaga por los mecanismos concretos que despliega la acción colectiva en contextos violentos. Se pregunta por los componentes fundamentales de la acción colectiva en situaciones de violencia prolongada, para lo cual, analiza las condiciones que estimulan o restringen la acción colectiva (criterio de oportunidad), en el contexto colombiano en el cual se desarrollan las acciones colectivas de los actores sociales, agregando a este las características sociales, económicas, culturales y simbólicas (estructura y representación del contexto). Los tipos de acción colectiva que despliegan los sujetos sociales en un escenario concreto y en un marco de violencia específico. En

este sentido, establece que la expresión permanente de la violencia condiciona, estalla o inhibe las diferentes formas de la acción colectiva de los actores sociales.

En el estudio de Alzate Zuluaga (2010) se analizan las apreciaciones que diversos autores expresan sobre el comportamiento y la participación política de la población en situaciones de violencia, las dinámicas de los movimientos sociales en su lucha contra la violencia, por la paz y los derechos humanos en Colombia, y se examinan las elaboraciones sobre las acciones colectivas experienciales de resistencia civil contra la agresión resultante del conflicto político armado en el país.

Entre los estudios de los comportamientos de la población civil en Colombia se contemplan aquellos relacionados con la apatía, la indiferencia frente a la violencia o la poca o escasa participación de la población en las elecciones (abstención electoral), el poco uso o apropiación de los mecanismos democráticos de participación política y la desconfianza del ciudadano frente a las instituciones provocada o no por el conflicto armado. La investigación hace referencia a la fortaleza o debilidad, temporalidad, estabilidad o inestabilidad y a la sostenibilidad de las acciones colectivas contra la violencia. En otro texto, Alzate Zuluaga (2012) analiza las acciones colectivas dirigidas a enfrentar la violencia producida por el Conflicto Armado Interno en Colombia o asociado a este, privilegiando para su desarrollo aquellas acciones colectivas localizadas territorialmente en la Comuna 13 de Medellín, durante los años 2002-2006. Examina el carácter de las acciones colectivas como respuesta a la acción violenta, los atributos políticos de las mismas, así como las transformaciones de ellas en los territorios urbanos.

Aproximadamente entre 1997 y 1998, la atención de los investigadores se desplaza hacia la Comuna 13 (San Javier), cuando grupos de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) comienzan a hacer presencia en esta zona de la ciudad y a disputarle la territorialidad a las milicias¹⁵. Anteriormente, su atención había estado concentrada en las zonas nororiental, noroccidental y centro-oriental de la ciudad. A partir de preguntarse por las percepciones y representaciones de la violencia, la conflictividad, la seguridad y la paz en la ciudad (específicamente en la Comuna 13) se revisaron dos investigaciones –Angarita (2008) y Sierra (2010)– que exploran la

¹⁵ Milicias Populares: Organizaciones armadas con intencionalidad social y política, de “carácter barrial, que habían surgido en muchos barrios con la influencia de personas desvinculadas de agrupaciones insurgentes” (Gil Ramírez, 2013, p. 9).

experiencia directa de la población y los actores con relación a estas situaciones en sus espacios sociales. La primera trabaja sobre las dinámicas de guerra y violencia en la ciudad de Medellín y la segunda, sobre las percepciones y representaciones de la seguridad en el territorio. El Grupo Interdisciplinario de Investigación sobre la Violencia y el Conflicto del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia, en su investigación *Dinámicas de guerra y construcción de paz*, editada por Pablo Emilio Angarita (2008) realiza un examen de la violencia y el conflicto en la Comuna 13. En el estudio se analiza cómo perciben y narran los habitantes de la Comuna 13 la beligerancia del conflicto político armado y los procesos de construcción de paz ocurridos en este sector de la ciudad durante el período 1978-2006.

De ese modo, el grupo de investigación aprecia la subjetivación del mismo, y en particular, las acciones colectivas e iniciativas de construcción de paz desplegadas por la comunidad. Su propósito es entender problemas como la seguridad, el orden, las acciones de “limpieza social”, control espacial y biogeográfico, incursión militar, desplazamiento, emplazamiento y repoblamiento. En síntesis, es la construcción de una mirada crítica a la realidad social que han vivido los pobladores de la Comuna 13 y la manera cómo el Estado incumple sistemáticamente con su responsabilidad de garantizar la seguridad, la vida y la integridad personal (real y simbólica) de todos sus habitantes.

El Observatorio de la Seguridad Humana de Medellín desarrolla la investigación *Repensando la seguridad: percepciones y representaciones en torno a la seguridad en Medellín*, editada por Jorge Diego Sierra (2010). Con esta investigación se introduce un giro interpretativo de los problemas de violencia y seguridad vistos hasta el momento desde el concepto de la seguridad ciudadana y la seguridad del Estado en tanto garantía del ejercicio de los derechos por los ciudadanos y del orden jurídico político que lo fundamenta. En esta indagación irrumpe con fuerza como objeto de estudio y enfoque interpretativo en la investigación social de la ciudad el concepto de las seguridades humanas. Se presentan, entonces, las apreciaciones que tiene la población al respecto y establece cuáles dimensiones de seguridad humana están siendo más afectadas en cada uno de los barrios o veredas, determina conjuntamente los factores que generan esa vulneración y procura avanzar hacia la formulación de propuestas alternativas que inciden en el accionar del Estado y la administración pública municipal en perspectiva de transitar a escenarios sociales más seguros. En tal sentido, el trabajo del Observatorio

visibiliza y potencia iniciativas ciudadanas por medio de las cuales se mejora la situación de seguridad en alguna o algunas de sus dimensiones e introduce un punto de inflexión crítico respecto de las significaciones originales del concepto y es que lo ubican en las experiencias directas de los actores, sectores sociales y organizaciones de base de las periferias de la ciudad, específicamente en San Javier.

Respecto a los estudios sobre las resistencias que despliega la población civil frente a los actores armados y sus acciones, dos investigaciones, Uribe (2006) y Nieto (2008), quienes analizan a los actores sociales y su disposición a desarrollar acciones de resistencia a la violencia, a no someterse a dinámicas violentas y desarrollar acciones dirigidas a su deslegitimación. Por su parte, María Teresa Uribe (2006) en su artículo “Notas preliminares sobre resistencias de la sociedad civil en contextos de guerra y transacciones”, indaga cómo resisten estos sujetos colectivos a los diversos operadores de violencia y de qué manera estas resistencias contribuyen a redefinir tanto los órdenes locales, como las dinámicas de confrontación armada. La autora se hace las siguientes preguntas en el texto: ¿Qué hacen las personas en contextos de conflicto agudo y violencia extrema para sobrevivir, para garantizar su subsistencia y la de su familia?, ¿para continuar con sus actividades domésticas y laborales?, ¿para transitar y trasladarse de un lugar a otro?, ¿para relacionarse con los operadores de violencia, los funcionarios públicos, las organizaciones sociales, sus vecinos y sus amigos? En fin, la autora indaga, cómo logran sobrevivir en ambientes totalmente hostiles y abiertamente peligrosos. Por tanto, este trabajo aborda los escenarios locales, y específicamente aquellos, como las zonas periféricas, en donde se concentra el conflicto. Plantea esta investigación que el ejercicio de dominio impuesto por los operadores de violencia se sustenta sobre una red bien nutrida de micro negociaciones, transacciones y cruces, acuerdos contingentes, alianzas transitorias y rupturas intermitentes que resultan medianamente eficaces para los pobladores y que le ponen límites al accionar de los operadores de violencia.

Para Uribe, estas prácticas de intermediación no son exclusivas de las guerrillas en las zonas rurales, pues también recurren a ellas milicias urbanas en los barrios de Medellín, bandas delincuenciales, y recientemente, grupos paramilitares que, en su condición de intermediarios, actúan como si fuesen autoridades. Quienes además de imponer orden, vigilar y castigar, promueven la organización de grupos asociativos y de

programas microempresariales, así como la participación comunitaria para el mejoramiento de los barrios, controlan las acciones Comunales, entran en relación con funcionarios públicos de muy diversa naturaleza y hacen llegar dineros públicos a los colectivos más desprotegidos. La intermediación implica interacciones entre dominadores y dominados, obliga a la transacción, a la búsqueda de acuerdos y negociaciones, y al establecimiento de ciertas reciprocidades asimétricas y precarias que hacen posible alguna forma de resistencia social.

La investigación realizada por Jaime Rafael Nieto (2008) *Resistencia civil no armada en Medellín, la voz y la fuga de las comunidades urbanas en Medellín*, tiene el propósito de mostrar cómo las comunidades barriales pobres de las Comunas 8, 9 y 13 de Medellín, han logrado mantenerse, mediante el despliegue de múltiples experiencias de resistencia civil no armada a la guerra, a la violencia y a la exclusión. El autor resalta las disputas entre actores armados por el dominio físico y socio espacial de los territorios periféricos de la ciudad, con prácticas de intimidación y terror hacia la sociedad civil como: el homicidio, la masacre, la desaparición forzada, la intimidación autoritaria, y otras formas de agresión menos visibles; así como las acciones colectivas de resistencia civil contra la violencia. El estudio considera que la idea de resistencia es tan vieja como su práctica y está asociada directamente a diferentes formas de poder, dominación, opresión o injusticia. Como lógica de acción colectiva se dirige contra el poder cualquiera sea la naturaleza y dimensiones de este, bien sea estatal o no estatal, político o de cualquier otro tipo. Así mismo, la resistencia puede ser armada o no armada, abierta o simulada, pública o soterrada, confrontadora o indirecta, de horizonte emancipador o puramente reivindicativo. Nieto, plantea que la resistencia civil no armada puede incluir acciones directas y frontales, pero también otras soterradas, especialmente las ejercidas por la población juvenil en los sectores culturales, lúdicos, artísticos, comunitarios y deportivos, los cuales tienen como objetivo la generación de espacios alternativos de socialización y autonomía. Así mismo, la comunidad lucha contra la exclusión social y la pobreza con procesos autogestionarios y de emprendimientos productivos colectivos que le han permitido mejorar su calidad de vida e integrarse, aunque no se trascienda la sobrevivencia.

Algunos estudios realizados por estudiantes en la universidad de Antioquia entre 2004 y 2014 abordan el estudio de las resistencias contra la violencia desde el análisis

de las percepciones y representaciones colectivas de los grupos juveniles que desarrollan prácticas comunitarias de convivencia y no violencia en algunas localidades urbanas (Higuita, 2005) y (Gallo, 2004), donde se parte de las representaciones de violencia política como disputa por el poder entre diversas facciones armadas y el Estado en el territorio, y la resistencia desde el conjunto de acciones comunitarias de rechazo a la guerra y la violencia, no como acción de grupo social que reivindica un derecho, pero sí desde la participación activa desde la denuncia y la movilización con repertorios urbano - culturales propios, desobediencias a decisiones de los grupos armados (práctica colectiva de deportes en horarios y lugares prohibidos por los grupos armados) o la movilización social con otros sectores de la comunidad. En el segundo trabajo es considerada la violencia contra los espacios sociales, la acción de las lógicas del conflicto cierra el barrio, lo divide arbitrariamente, las fronteras proliferan, los espacios de socialización son militarizados; los habitantes son despojados de sus espacios cotidianos de socialización por medio de la violencia; los lugares evocan vivencias dolorosas y muchos espacios dejan de ser transitados.

Es posible afirmar que los estudios sobre las resistencias sociales han aportado a la construcción de un acervo conceptual y metodológico importante, que explora categorías comprensivas de la resistencia a la violencia con fundamento en las diversas teorías de la acción social. Los énfasis preferidos analizan la resistencia como acción colectiva que exhibe un amplio repertorio de lucha, desde la protesta, el enfrentamiento hasta la actividad cultural. Si bien se preguntan por la representación de la situación extrema y las diversas estrategias de respuesta a ella, no enfatizan el proceso de subjetivación como representación y transformación de la realidad, que genera cambios en las disposiciones de los sujetos sociales define el sentido de su práctica social. De igual manera, las investigaciones revisadas fundamentadas en perspectivas teóricas de gran relevancia en las ciencias sociales ofrecen centros importantes de exploración y análisis de la resistencia social contra la violencia; formas de indagación importante y metodologías propias de la investigación cualitativa centradas en el estudio de los comportamientos de los grupos sociales, sus acciones y sentidos.

3. Categorías de análisis derivadas de los estudios mencionados

Las trayectorias vistas en este breve recorrido por los estudios sobre la resistencia permiten considerar sus prácticas sociales en sus múltiples expresiones, riqueza significativa y variantes para su estudio. Las estrategias desplegadas por los movimientos sociales para enfrentar las condiciones de exclusión, desigualdad e injusticia expresan características de autonomía y diferencia propias de las resistencias sociales en la construcción de alternativas, combinan dinámicas de resistencia, adaptación y transformación según los contextos, los momentos históricos en que actúan y las espacialidades sociales producidas.

La irrupción de la protesta social en espacios públicos para expresar demandas o presionar soluciones ante distintos niveles del Estado o entidades privadas, adquiere formas de visibilidad y denuncia en que los actores dejan imágenes grabadas en las mentes de los colombianos: los eventos culturales, los discursos académicos, la presencia en las artes, la eventual participación electoral, así como la inagotable capacidad de cabildeo hacen parte de esas otras formas de resistencia social. Además, la protesta invoca prácticas de solidaridad en una sociedad marcada por la fragmentación, el anonimato y la criminalización de la acción colectiva.

La condición de subalternidad en las resistencias está referida como contraparte de la hegemonía (Alabarces y Valeria Añon, 2008, pp. 282-283; Modonesi, 2010, p. 26). Esta situación no supone una determinación socioeconómica y recoge en forma más satisfactoria aquellos conflictos enunciados como injusticias, exclusiones o desigualdades. Adquiere relevancia por los repertorios de acción que despliega, los recursos que moviliza, las espacialidades que produce y las disposiciones que incorpora en los sujetos. El uso del discurso liberal dominante legitimador del estado moderno configura una de las estrategias de las resistencias contra las violencias. En términos de la enunciación, la resistencia social ha utilizado la argumentación que provee la retórica de los Derechos Humanos (DDHH) y el Derecho Internacional de los Derechos Humanos (DIDH). La denuncia de la violencia producida por cualquiera de los grupos armados ilegales y las fuerzas institucionales es hecha como vulneración a la condición humana, cuya significación se expresa en todas las declaraciones, convenciones, tratados y protocolos de los DDHH y el DIDH.

El predominio del autoritarismo y la militarización de los regímenes sociales desde la década de los ochenta, el desarrollo de la “guerra sucia”, la eliminación de

grupos de izquierda, la criminalización de la protesta social y de toda forma de resistencia contra la violencia, mediante su asociación con las insurgencias armadas, introdujo dinámicas de crisis humanitarias que afectaron la organización social y su movilización. Sin embargo, las grandes oleadas de desplazamientos forzados, la preeminencia de los homicidios múltiples contra la población civil y el asesinato selectivo en contra de los liderazgos sociales, se unieron a los procesos de usurpación de tierras, precarización del trabajo y las condiciones de vida en las ciudades. Lo que generó la participación de otros actores en la lucha, otras formas de resistencia y otras prácticas de lucha contra la violencia. Tales luchas de las víctimas por la dignidad, el re-establecimiento de derechos y la reparación derivarían en la exigencia de una salida política del conflicto armado.

3.1.Cambios observados en el desarrollo de las resistencias sociales

En el espacio temporal mencionado a lo largo de este capítulo se pueden hallar cinco cambios significativos en el desarrollo de las resistencias sociales colombianas:

- a.** Las resistencias sociales son suscitadas por los agentes sociales, quienes generalmente tienen identidades de grupo social. Esto es, grupo de mujeres, obreros, LGTBI, sindicalistas, indígenas, negritudes, desplazados, víctimas de algún crimen en específico, entre otros. También se observan convergencias entre los grupos donde las identidades se cruzan y se hacen más especiales o particulares, verbigracia, el papel que comienzan a tomar las mujeres dentro de los demás grupos o la necesidad de la población LGTBI que se les identifique diferenciadamente dentro de su mismo grupo.
- b.** Aunque sus líderes han sido aminorados al vincularse a las lógicas del mercado y de las empresas como socios de las mismas en el 2003, los grupos sindicalistas y de trabajadores ya advertían lo que posteriormente se dejó ver: la informalidad y precarización del empleo. Lo cual hizo que estos grupos incentivarán la movilización por el respeto al trabajo en relación con la vida, en condiciones dignas, como un derecho fundamental por el cual se debe luchar.

- c. Es importante decir que el movimiento social en Colombia se ve más desde lo comunitario-regional, municipal, y sobretodo, barrial o local: “En los habitantes urbanos de grandes y medianas ciudades, así como en las comarcas apartadas, la identidad territorial es el sello de sus luchas” (Archila, 2004, p. 9).
- d. Como expresiones innovadoras o renovadoras de la movilización se tienen aquellas denominadas como resistencias culturales. Pueden ser muy diversas. Ejemplo de ello son las comparsas en festivales y carnavales populares con las cuales se hace denuncia pública; la utilización del teatro y otras muestras artísticas como la fotografía y las exhibiciones en galerías para la memoria comunitaria; protestas virtuales que se despliegan por internet, publicaciones que solidarizan a la ciudadanía; sin dejar de haber luchas tradicionales, como las de los estudiantes, que exigen desde provisiones para sus centros educativos hasta impedir que haya recortes al presupuesto de la educación pública y la solidaridad de los mismos con las causas sociales: la informalidad del empleo, los asesinatos de personas hechas pasar por guerrilleras, el terrorismo de estado y las causas ambientalistas.
- e. Pese a que las esferas social y política se encuentran distanciadas y sólo convergen en el ámbito electoral a conveniencia de los líderes políticos, en Colombia se ha comenzado a ver una repolitización de lo social. De esta manera “[...] las demandas particulares de los movimientos sociales se inscriben en un terreno más amplio que convoca a mayores solidaridades” (Archila, 2004, p. 7). Por ejemplo, se convierten demandas específicas —necesidades o carencias— en exigencias por los derechos humanos (civiles, políticos, económicos, sociales y culturales).
- f. Ya desde los ochenta, los movimientos sociales, que estuvieron representados en los partidos tradicionales, empezaron a hablar por sí mismos. Al principio no tuvieron un resultado significativo debido a la excesiva burocracia, corrupción, clientelismo político y el desconocimiento del saber requerido para la administración pública. Ahora, los líderes comunitarios han comenzado a reivindicarse por medio de la obtención de cargos públicos de elección popular, algunas veces, en zonas para nada periféricas y sí, muy centrales, líderes que se separan o desligan, cada vez más, de los proyectos militares de insurgencia.

- g. Cobran fuerza las protestas, movilizaciones y resistencia contra todos los actores armados. La paz es un motivo de organización y movilización popular. La mayoría de las organizaciones y movimientos sociales la incluye como un derecho propio; Las experiencias y prácticas de resistencia contra la violencia son intensas en territorios donde la guerra adquiere connotaciones agudas. Aparecen las Comunidades de Paz, la neutralidad activa, los Consejos de Mayores en las comunidades afrodescendientes y los Consejos Regionales Indígenas; igual sucede con los movimientos de mujeres, culturales y de diversidades de género. Adquieren protagonismo los procesos territoriales y locales que reivindican la paz, los derechos humanos y la memoria. Las víctimas del conflicto armado son visibilizadas y se movilizan por reconocimiento, verdad, justicia y reparación.

4. Recapitulación

El presente capítulo partió de una línea de tiempo de amplio espectro (ver diagrama 1), en la cual se relacionaron las prácticas de resistencia sociales con la emergencia de proyectos de sociedad, ligados no sólo a movimientos, partidos o alianzas políticas, sino y más importante aún, a la formación de subjetividades críticas, alternativas a la reproducción del sistema de dominación. Por ello la referencia a la construcción de pensamiento propio en la academia, por intelectuales e instituciones y por las clases y sectores sociales críticos de las sociedades, se retoman debates relacionados con los procesos sociales nacionales latinoamericanos para configurar salidas u horizontes políticos, económicos y culturales donde se pone en evidencia las resistencias sociales a la dominación estructural con horizontes de salvación.

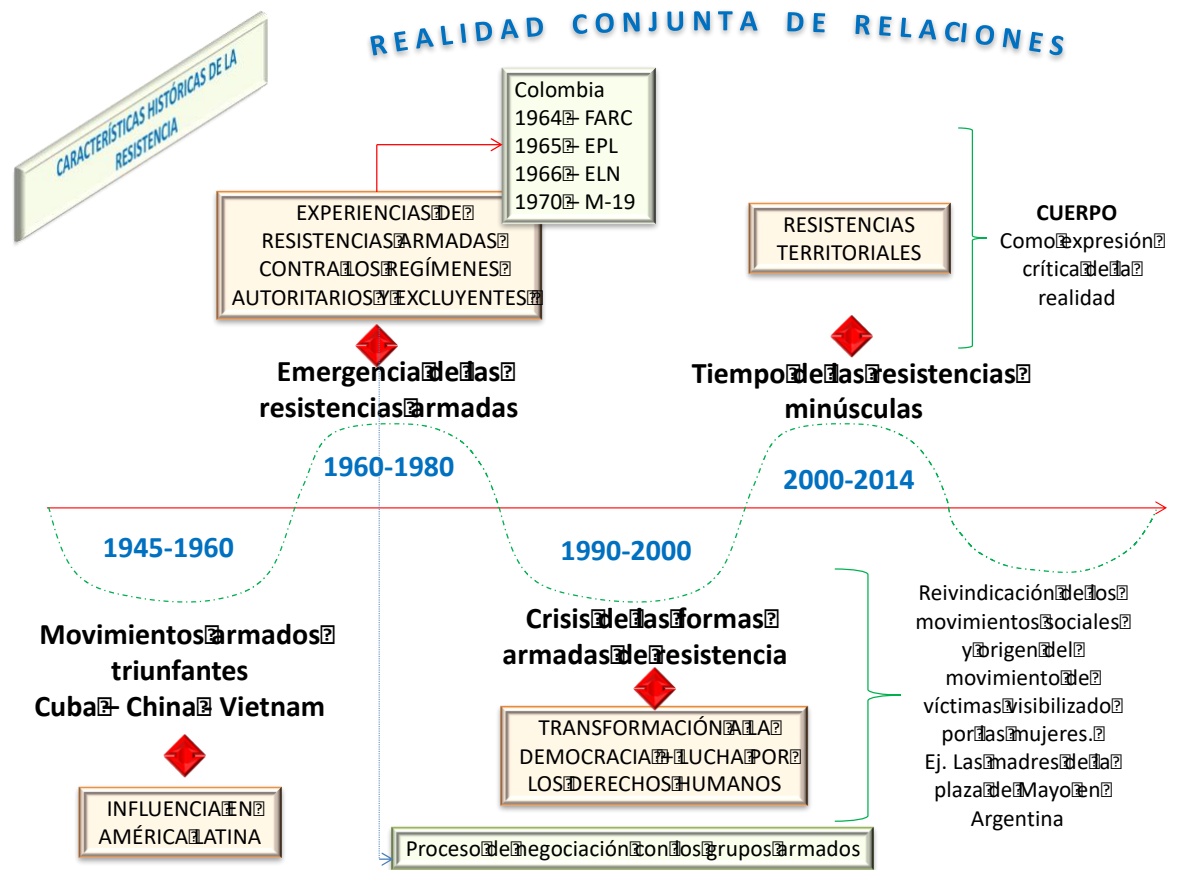


Diagrama 1: Línea del tiempo. Elaboración propia.

También se trata de un capítulo que resalta los períodos en los cuales las prácticas sociales de resistencia son miradas como soportes de insurgencias armadas, y la protesta, la movilización y organización popular es criminalizada, reproduciendo ciclos de violencia que justifican regímenes políticos autoritarios. Desde aquí se traza la idea que la dominación violenta hegemoniza las formas de reproducción social del sistema económico capitalista imperante en Latino América, mientras que las resistencias sociales encuentran en los derechos humanos, el discurso que ampara una incorporación crítica de la realidad. Indica, así mismo, la crisis de los proyectos armados y no armados de transformación estructural de las sociedades y destaca el papel crítico de las resistencias que son objeto de la mayoría de los estudios sobre acción social; subraya momentos en los que las resistencias son articuladas por dinámicas de cambio estructural por movimientos sociales en los cuales la relación medios-fines, oportunidades, movilización de recursos y mediaciones son categorías de análisis privilegiadas. En los restantes, la resistencia es analizada con referencia a

tópicos socioculturales relacionados al poder y la dominación, los sujetos, motivaciones, sentidos, subjetividades y subjetivaciones desde la autonomía y la diferencia. Para terminar, son enunciados algunos cambios observados en el desarrollo de las resistencias sociales.

Afirma, igualmente, la importancia de estudiar las resistencias localizadas y/o territoriales independientes de su envergadura social o alcances, en términos del horizonte emancipador; invita a concentrar esfuerzos en describir la resistencia como práctica social y en plural inscrita en procesos críticos de subjetivación; por ello en el capítulo siguiente la perspectiva de análisis toma como foco los habitus, disposiciones y actitudes que informan respuestas deslegitimadores en situaciones de extrema exigencia; explora significados de las categorías resistencia y práctica social para comprender las trayectorias individuales, colectiva y sociales de las prácticas sociales de resistencia en la C-13 de la ciudad de Medellín desarrolladas por tres organizaciones comunitarias: AMI, Sal y Luz y Casa Kolacho, las cuales son estudiadas en la diferencia de sus experiencias, a la manera de redes de historias locales, que no adquieren características redentoras.

CAPÍTULO II

Marco teórico de las resistencias como práctica social

El presente capítulo argumenta que la resistencia social contra la violencia es una práctica social cuyo sentido es la afirmación en las trayectorias de vida, la historia de lucha por condiciones dignas de existencia, la construcción y enunciación de la realidad como ejercicio de subjetividades propias o representaciones autónomas y diversas del sentido común que reproduce y naturaliza la dominación. Esto se asume como una serie de procesos críticos hacia la violencia como forma de construcción y reproducción social.

El desarrollo de esta supuesto se fundamenta en tres aspectos: a) las reflexiones que algunos autores clásicos y contemporáneos han hecho sobre la noción de resistencia; b) la teoría de la práctica social propuesta por el sociólogo francés Pierre Bourdieu (2007), cuya perspectiva de análisis social, en contraposición a la dicotomía objetivismo-subjetivismo, considera que el conocimiento de la realidad es producto no sólo de actos de contemplación u observación sino de dinámicas de construcción, propias del sistema de disposiciones que se constituyen en la práctica; y c) la comprensión de los procesos de subjetivación social en contextos de diferencia, dominación y exclusión violenta que permiten las teorías de la Subalternidad y sus expresiones en los estudios poscoloniales y culturales latinoamericanos.

1. Poder, violencia y territorio: la compleja relación que define el espacio social en la C-13

Antes de iniciar el recorrido por las nociones que sobre la resistencia han construido varios autores es importante reconocer la relación que tienen las prácticas de resistencia social en la C-13 con el poder, la violencia y el territorio. Si bien estas tres categorías no son el centro del presente trabajo, sí emergen a través de su desarrollo y, es necesario presentar una elemental referencia de los términos en que son significados.

Hasta el presente diversos estudios sobre la violencia en la C-13 han exhibido un complejo de relaciones (políticas, económicas, sociales, culturales) en las que el poder se destaca como una relación social, en la cual, a partir de la fuerza o el consenso son

realizadas prácticas sociales y acciones sociales con sentido o en función de dominar el juego de fuerzas que configuran el espacio social de la Comuna, y que reproducen e instituyen el orden social dominante. Las prácticas sociales, sean impuestas o aceptadas, de una u otra forma reproducen la relación de poder o de fuerzas dominantes en este campo social específico y en el contexto de la ciudad de Medellín.

En este complejo de fuerzas, participan de un lado las instituciones civiles y militares del Estado (ejército, policía, fiscalía, etc) y los grupos paramilitares de la AUC, hoy BACRIM (Bandas Criminales) quienes pretenden recuperar el control de territorios, a través de la ocupación violenta del mismo e intensificar y expandir la reproducción del orden social, sus representaciones y subjetividades imperantes y así enfrentar cualquier asomo o afirmación de subjetividades críticas o subalternas. De otro lado, están los grupos guerrilleros FARC, ELN y milicianos portadores de trayectorias históricas en crisis y replanteamiento, que finalmente reproducen el orden social violento predominante. Desde otra posición, se encuentran los grupos sociales de la población civil y sus organizaciones comunitarias, culturales, ambientales, étnicas, jóvenes, defensores de derechos humanos, de mujeres, deportivas etc. Quienes ejercen una fuerte resistencia contra las violencias desarrolladas por los diferentes actores armados.

El espacio social de la C-13 de la ciudad de Medellín muestra un conjunto de capitales estratégicos en disputa que definen sus campos sociales. Por su ubicación geográfica definida por el acceso a la vía troncal noroccidente que comunica a Medellín con la zona estratégica de Urabá y los municipios de occidente, de igual forma esta vía comunica con el corregimiento de San Cristóbal, de San Félix, de Bello y algunos municipios del norte como San Pedro, Belmira, Entreríos, Santa Rosa, hasta salir a la vía que conduce a la Costa Atlántica. También hacia el suroccidente, a través de caminos ancestrales, la C-13 se comunica con la Comuna 16 –Belén- y el municipio de Itagüí. En tal sentido es una ubicación que ofrece entradas y salidas de la ciudad de Medellín a zonas estratégicas del país. Es un corredor estratégico apetecible por cualquier grupo armado ilegal (guerrilla, milicia, paramilitar o narcotraficante). Estar rodeada por estas vías, hace de la C-13 un espacio de intercambio o resguardo de los bienes o servicios que constituyen algunos capitales en disputa.

Esta ubicación privilegiada contribuyó a que la C-13 cuente con una espacialidad rica en diversidad cultural. Poblada por múltiples poblaciones desplazadas, resultantes de las diferentes formas de violencias que han configurado y caracterizado a Colombia, la demografía de la C-13 es compuesta por población indígena, negra, mestiza, campesina y urbana, que aporta diversidad de prácticas culturales, estilos, modos de vivir; esta población constituyente y creativa cuenta con trayectorias de lucha por derechos, autonomías y libertades. Es el territorio, las formas de asentarse, establecerse, relacionarse con otros, reconocerse y afirmarse en la diversidad, las relaciones construidas entre y por los grupos sociales que configuran la expresión estética de la formación físico espacial de la C-13. Esta formación fue adquirida por el capital de las resistencias y recorridos que la población ha hecho contra las violencias.

A su vez, las diferentes fuerzas en disputa despliegan un complejo de estrategias, que privilegian la violencia, la barbarie, el miedo, como repertorios de acción tendientes a dominar en el juego de fuerzas, a ocupar posiciones relevantes en el campo y establecer – “conservar” un orden social. Las prácticas violentas de establecimiento y conservación del orden institucional por el Estado Colombiano en la C-13, no reparó en la intervención de fuerzas armadas legales y paralegales, los asesinatos de líderes y lideresas, la desaparición forzada, los desplazamientos forzados masivos y selectivos, el reclutamiento forzoso, el control de la población. Esta Violencia, asume características propias de la violencia política en tanto que su ejercicio y desarrollo legal o ilegal está orientado a la construcción y conservación del orden social establecido. En tal sentido, se asume como condición histórico social su recurrencia por las clases dominantes y subalternas (Ansaldi y Alberto 2014, pp. 28-29). Esta forma de violencia es persistente, y conjuga múltiples usos y distinciones propias de los conflictos o tensiones entre el orden y el desorden, el cambio y conservación en el desarrollo de la sociedad. El orden social fundado en la violencia que como afirma Foucault (1992, pp. 29-30) “[...] tiene el rol de inscribir perpetuamente, a través de una especie de guerra silenciosa, la relación de fuerzas en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta en los cuerpos de unos y otros”.

Pilar Calveiro (2008, p. 25) afirma que estas prácticas violentas del Estado, bajo la forma de represión o guerra, son prácticas de conservación y constituyen el mayor foco de violencia en las sociedades actuales, principalmente dirigidas a las periferias

políticas, sociales y territoriales. Y agrega es el recurso constante a la violencia como forma de defender el Estado de Derecho a través de la excepcionalidad “una forma de ‘alargar’ el brazo del Estado, incluyendo lo supuestamente excluido, alcanzando los márgenes y extendiendo la potestad del Estado y su derecho, para legalizar lo ilegal. Las llamadas guerras sucias de los años setenta y las argucias legales de las que se valieron nuestros estados para violar o “alargar” las legislaciones previas constituyen un claro ejemplo” (p. 26).

Además, como orden social dominante, que lucha por dominar en el campo social, la violencia del Estado disputa el territorio e impone reglas de juego y formas de representación social del conflicto y la violencia que lo reproduzcan en el territorio; instaura circuitos de relaciones o formas de reproducción, distribución y consumo de los capitales que poseen las fuerzas en disputa, que caracterizan el espacio social de la C-13. La apropiación o el control de capitales como la seguridad, la protección, la institucionalidad, la legitimidad, el reconocimiento, el respeto, las redes de relaciones organizativas, los microcircuitos económicos, redes culturales, limitan el compromiso de las fuerzas que se resisten. Para garantizar la defensa del orden social, la acción de algunas instituciones del estado consiente alianzas con grupos armados ilegales que facilitan la conservación de la correlación de fuerzas, con el uso del miedo y demanda de la presencia de instituciones de control social. A su vez, admite que grupos armados ilegales creen circuitos económicos ilegales (como el microtráfico de narcóticos y microcrédito con usura, o paga diario). También, tolera la disposición de fronteras o límites (fronteras invisibles en los barrios) que definen quienes están adentro y quienes afuera, para soportar las tensiones internas del campo, las luchas y resistencias de las organizaciones y sectores sociales de la C-13, y las presiones externas de otros campos, territorios aledaños en los cuales hay otros poderes dominantes.

Las tensiones internas del campo están referidas a la disputa por los capitales que hay en él. De manera específica, el capital social del cual emerge la legitimidad y aceptación de la posición dominante en la correlación de fuerzas y deprime las relaciones de fuerza que se resisten a la dominación en el campo. A su vez las, presiones externas están relacionadas con las disputas por los espacios sociales, campos sociales, territorios, organizaciones y circuitos de distribución de los capitales del campo en

relación con el espacio social u otros espacios sociales, la ciudad de Medellín, como espacio de disputas territoriales.

Es la territorialización del orden social que produce y reproduce el estatuto de desigualdades, inequidades y exclusiones como forma de incorporación de los patrones dominantes. Es el conjunto de prácticas, acciones violentas que reproducen materialmente jerarquías, señoríos, mandos, estructuras e instituciones en el espacio social y lo significan o referencian legitimando; reconociendo autoridad o gobierno a las alianzas que reproducen violentamente el orden social, re-creando la condición material y simbólica que garantice su defensa y conservación.

Esta relación compleja entre poder, violencia y territorio, donde toda práctica social de resistencia es leída por el Estado como atentatoria del orden social, y el uso de la violencia puede ser admitida en defensa y conservación del orden social vigente, es la que define el conjunto de prácticas de resistencia contra la violencia en la C-13 de la ciudad de Medellín. El recurso constante de la violencia como forma de construcción del orden social dominante en las periferias territoriales, y la exclusión constante de los beneficios de la ciudad en Medellín, encontraron una fuerte resistencia de las comunidades barriales en este sector. El reconocimiento o aceptación del orden social fundado en prácticas violentas fue puesto en duda. Los sentidos de las relaciones de fuerza que configuraron este orden en la C-13 no fueron admitidos positivamente y las fuerzas subalternas no adhirieron o participaron del dominio resultante.

La razón pública o justificaciones morales del orden social impuesto por la violencia no fueron compartidas por las resistencias. En esta dirección, la significación de los territorios por el orden constituido no logró producir verdades creíbles que movilizaran la población a su favor. El poder-violencia, constitutivo del orden social en la C-13, no logra finalmente estructurar mitos, relatos o narrativas que permitan mediar la incorporación de la necesidad del orden defendido en las representaciones, y justificar el proceder violento para su defensa y conservación. En tal sentido, la recuperación, defensa y conservación del orden no fue enunciado. Tal como afirma Bourdieu:

El poder simbólico como poder de constituir lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo, por lo tanto, el mundo; que admite el ejercicio del poder porque desconoce su arbitrariedad; que se define en y por una relación determinada entre los que ejercen el poder y los que

los sufren, es decir, en la estructura misma del campo donde se produce y se reproduce la creencia. (Bourdieu, 2000 pp. 68-69).

Las resistencias subalternas en la C-13 desarrollaron estrategias que redundaron en procesos de resignificación de su territorialidad. Es decir, que las formas en que las comunidades barriales de la C-13 habitan el territorio, tejen sus relaciones, constituyen sus estéticas urbanas, reconocen las tradiciones folclórico-ancestrales, y su lucha por la memoria colectiva afirma sus derechos humanos, sociales y colectivos, participa política y económicamente de los espacios compartidos. Estas estrategias se concentraron específicamente en el campo de la subjetividad, la acción significativa que referencian los relatos de su protagonismo en resistencia que son expresados en cuatro aspectos fundamentales: la reconstrucción del tejido organizativo en torno a la planeación del desarrollo local, la defensa de los derechos humanos mediante la denuncia pública y jurídica ante los tribunales internacionales, la reconstrucción de la memoria colectiva comunitaria, y la movilización de la juventud con dinámicas estético expresivas del arte urbano.

Entonces es posible afirmar, que la relación de poder-violencia-territorio en la C-13 fue resultado de la conjugación de violencias públicas y privadas que convergieron en la defensa y conservación del orden social constituido–instituido considerado en peligro; en tal sentido la violencia adquirió características de violencia política, mientras la resistencia, capacidad creativa constituyente, juicio crítico interiorizado y exteriorizado, como energía social en movimiento, capitales en acción del espacio territorial que asume prácticas sociales autónomas, no confrontadoras del Estado ni de agentes violentos, pero intensa para controlar la prolongación de la violencia, evitar un recrudecimiento mayor de la misma, reducir sus niveles, y modificar y transformar las relaciones de fuerza.

Estas relaciones de poder constituido-poder constituyente, hacen parte del espacio social de la C-13. Existiendo objetivamente en las reglas de juego del campo de poder que la constituye y determina la estructura de acceso y realización de las demandas de los agentes de la comunidad (seguridad, protección, desarrollo, etc.); y subjetivamente, en las representaciones que ellos tienen de las ofertas y sus intercambios. La relación de lucha entre los agentes sociales que configuran la C-13,

también es una relación de sentidos de sus luchas, de sus prácticas de lucha, de las formas como son representadas y justificadas sus luchas. De esta manera, la compleja dinámica de fuerzas también realiza sus luchas en el ámbito simbólico, de la significación, en donde la violencia, el poder constituido y la potencia creativa asumen la disputa por la enunciación, la razón que justifica, que hace ver, que hace creer; la lucha por la memoria colectiva, por la historia de los agentes de cambio y/o conservación. Como afirma Bourdieu (2000, p. 71)

El poder simbólico como poder de constituir lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo, por lo tanto, el mundo; poder casi mágico que permite obtener el equivalente de lo que es obtenido por la fuerza (física o económica), gracias al efecto específico de movilización, no se ejerce sino él es reconocido, es decir, desconocido como arbitrario. Esto significa que el poder simbólico no reside en los “sistemas simbólicos” bajo la firma de una “illocutionary force”, sino que se define en y por una relación determinada entre los que ejercen el poder y los que lo sufren, es decir, en la estructura misma del campo donde se produce y se reproduce la creencia. Lo que hace el poder de las palabras y las palabras de orden poder de mantener el orden o de subvertirlo, es la creencia en la legitimidad de las palabras y de quien las pronuncia, creencia cuya producción no es competencia de las palabras.

Esta pugna por la conservación del orden social en la C-13 es desarrollada con la intención de reestablecer el orden, detener, disuadir, someter o expulsar a las fuerzas que alteraron el orden. También desata una fuerte violencia contra la población civil y sus organizaciones sociales por admitir o permitir, otras fuerzas que impongan otras reglas de juego en el campo social. No importa que no las reconozcan, las admitieron, y en tal sentido convirtieron a las organizaciones sociales y sus líderes en cómplices de quienes por la fuerza de la violencia disputan el poder que erige el orden social. Motivo por el cual son desatadas las estrategias del miedo y el terror, como formas de sanción controladora, así trascienda los límites de la justificación.

La producción del orden social, la construcción de sus referentes de necesidad, y la eliminación de cualquier posibilidad de contingencia son centros de atención de las fuerzas violentas. Intencionalidades, significaciones, motivaciones, historia, memoria colectiva entran a hacer objeto de la violencia política en el ámbito simbólico. Los

líderes y lideresas y sus organizaciones sociales son referentes que significan la contingencia, que ponen en duda toda acción de conservación y defensa del orden social establecido. Sus conocimientos, saberes colectivos y prácticas sociales son formas otras de producción de la comunidad que incorporan la realidad social producida por el orden, como lucha por los derechos humanos, el acceso a prestaciones, garantías y libertades; creación de espacios de realización de los derechos, bienestar y dignidad.

2. Una noción de resistencia social: concepto, espacio, lugar y territorios

Este complejo de fuerzas que describen el espacio social de la C-13, es el que define o enuncia las prácticas de resistencia social, de relaciones de poder, dominación o violencia. Donde hay poder hay resistencia afirma Foucault (2007, pp. 116-118). Las relaciones de poder “No pueden existir más que en función de una multiplicidad de puntos de resistencia [...] presentes en todas partes dentro de la red de poder” (campo de poder). Puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos, abriendo surcos en el interior de los propios individuos, cortándolos en trozos y remodelándolos, trazando en ellos, en su cuerpo y su alma, regiones irreducibles”. La movilidad, transitoriedad, desplazamiento de las resistencias también es un predicado de las relaciones de poder, y en tal sentido, dichas relaciones constitutivas de la comunidad son estructuradas en una compleja red de intercambios numerosos y complejos (económicos, culturales, sociales, políticos y simbólicos), destinados a la conservación, defensa y reproducción de las reglas de juego establecidas en el campo de poder. También en la redefinición del campo social en correspondencia con dichos intercambios, en los cuales las prácticas de las organizaciones sociales y los agentes violentos definen la composición del campo de poder en la C-13 y despliegan sus capitales de fuerza y violencia de un lado y de los otros culturales, simbólicos y sociales. Algo en lo que el entramado de la resistencia concentrará su atención.

Esta relación de fuerzas desarrollada en las redes de poder, violencia y territorio es la que define y enuncia las prácticas sociales de resistencia en la C-13. De un lado están las estrategias de conservación y defensa del orden, alianzas de instituciones armadas de control social del Estado con organizaciones armadas ilegales –

paramilitares- acciones de miedo, terror y angustia que buscan la colaboración obligada de la población civil; asesinatos selectivos, desapariciones, desplazamiento forzado, persecución de los líderes y lideresas, encarcelamientos masivos y selectivos. Del otro, se encuentran las estrategias de denuncia visibilización y defensa de los derechos humanos, que rompen con las fronteras territoriales establecidas por los grupos armados con acciones afirmativas, de no violencia, que permiten la recuperación de la actividad cotidiana de las organizaciones sociales. En el espacio social de la C-13 la enunciación de las resistencias aparece como práctica social con sentidos afirmativos ante prácticas con sentidos de negación, y las relaciones de poder son dirigidas a la apropiación de los capitales acumulados en las trayectorias de lucha por las organizaciones sociales.

Estas prácticas no son el resultado de una confrontación abierta en las relaciones de poder. Son reveladas por presencia de formas de violencia o dominación en situaciones de adversidad (Proust, 1998, p. 141) que pretenden la legitimación de las estrategias de conservación y defensa del orden social, la ratificación del desafuero desconociendo la arbitrariedad de sus acciones y haciendo ver y creer lo que la relación de poder dominante quiere hacer ver y creer. Por esto la epifanía y el tránsito o movilidad de estas prácticas sociales afirmativas son parte de la oposición frontal sino de “oposiciones laterales, indirectas, a veces subterráneas, pero no por ello menos importantes o eficientes” (Calveiro, 2008, p. 37). Su espacio de enunciación es el espacio de la representación, de la subjetivación, del habitus que produce prácticas con sentidos disidentes a la reproducción de las relaciones de fuerza que configuran el campo. Las prácticas de denuncia pública, visibilización de la violencia, así como la movilización de fuerzas que exponen las gramáticas de la violencia, memorias colectivas de la vulneración, narrativas del tránsito violento del orden social, historias contadas con movimientos, graffías, rimas y compases; recorridos por el territorio que relatan y rescatan memorias emancipadas.

Es cierto que la resistencia no es dissociable de lo que ella enfrenta, pues constituye un acto de defensa frente a una amenaza. El que resiste existe, enfrenta fuerzas que pretenden su destrucción. La resistencia es inherente al sujeto, al individuo vinculado, que afectado por una fuerza que pretende negarlo. Su acción lógica es resistir como modo de perseverar en su existir (Bensaid, 2004). También es importante anotar de la resistencia que los actos de defensa son prácticas lógicas, esperadas frente a la

amenaza; sin embargo, no está limitada a la lógica de la respuesta, la práctica social de la resistencia a partir de procesos críticos de representación, que devela el riesgo y estructura modos de persistencia, insistencia, perseverancia en la existencia. Aunque en ocasiones, la percepción de algunos agentes los conduce a creer que resistir es aguantar y, consideran que es importante dar un paso más, crear alternativas:

por eso cuando me dicen resistencia yo pienso en ese cuento mitológico de los griegos del man que sostiene el mundo, se me olvida el nombre de él, cierto, el man que está aguantando ahí y que es el que sostiene el mundo, pero que no está haciendo nada más, no camina, no se mueve, cierto, no hace nada, no da un paso adelante [...] nosotros hacemos parte de una red que se llama la Plataforma Puente, la plataforma de cien organizaciones comunitarias de toda Latinoamérica, creamos la "Cultura Viva Comunitaria", esa cultura viva comunitaria reunió a 75 organizaciones de Latinoamérica y a 25 de Colombia, en Medellín; en un foro que hicimos, que se llamó plataforma puente, ahí llegó un Taita del Putumayo, y el man llegó y nos dijo "nosotros hacemos pervivencia, somos una red de pervivencia" la pervivencia significa buscar la felicidad, es un paso más allá de la resistencia, la resistencia la tenemos, la entendemos, la sabemos, la hacemos; pero vamos un paso más allá y buscamos que haya gente feliz, a través de nuestro arte, a través de nuestro trabajo, a través de nuestra sanación espiritual (Entrevista a Jehicco, Casa Kolacho, 2015).

En tal sentido es posible decir que las resistencias son prácticas dirigidas a la realización de la existencia, incorporadas en los sujetos y expresada en aquellos procesos sociales que, mediante el despliegue de fuerzas creativas, afirman sus modos de ser, hacer y representarse en la realidad.

2.1. La resistencia como práctica de desobediencia

Desde el enfoque de Etienne de la Boetie, la resistencia de los dominados consiste en negarse a participar de su dominación¹⁶. Es la no aceptación de la dominación, y en tal sentido, la reivindicación del dominio de sí. Pensar, decidir y

¹⁶ En *El discurso de la Servidumbre Voluntaria o el Contra uno*, La Boetie afirma que "Sin embargo, si un país no consintiera dejarse caer en la servidumbre, el tirano se desmoronaría por sí solo, sin que haya que luchar contra él, ni defenderse de él. La cuestión no reside en quitarle nada, sino tan sólo en no darle nada. Que una nación no haga esfuerzo alguno, si quiere, por su felicidad; ahora bien, que no se forje ella misma su propia ruina. Son, pues, los propios pueblos los que se dejan, o, mejor dicho, se hacen encadenar, ya que, con sólo dejar de servir, romperían sus cadenas" (2008, p. 48).

determinarse por sí mismo. Así, la resistencia gravita en el no reconocimiento del poder, autoridad o fuerza vinculante al dominador, en no acatar u obedecer órdenes, mandos de quien, con la intención de dominar, pretende usurpar la soberanía de aquel que soporta su acometida. La resistencia descansa en no otorgar poder o soberanía, no soportar fuerza o violencia, no ver, sentir o admitir como natural la dominación. Al ser la resultante del complejo de relaciones poder- violencia y territorio, en el espacio social de la C-13 el campo de poder violencia o poder fuerza no alcanza los procesos de naturalización de la fuerza. La movilización social, en diferentes momentos de presencia de los actores armados, no admitió justificación alguna de la arbitrariedad constitutiva o conservadora del orden social en los barrios de la Comuna, como lo expresa Juan Esteban, líder de la organización Sal y Luz: “[...] Hubo momentos en que las milicias nos decían que hacer, cuando reunirnos, con quien reunirnos o a quien político apoyar. Inicialmente tuvimos miedo, luego no asistimos, después no hicimos caso. Ahora tenemos fuerza para definir nuestra propia posición” (Entrevista a J. E., Sal y Luz, 2016).

Son prácticas de desobediencia a los mandatos emitidos por quienes pretendieron, por medio de la fuerza, controlar el orden social. Pero también desobediencia a aquellos que aliados a las fuerzas institucionales practicaron la restricción de los espacios de socialización construidos por la comunidad, como forma de control, conservación y defensa del mismo orden.

cuando los grupos paramilitares ingresaron a la Comuna, comenzaron a amenazarnos; nos prohibían salir de la casa después de las 8:00 o 9:00 de la noche. ¡Eso era horrible! ¡No podía ir uno a la tienda porque suaz!! Le caían, le gritaban y lo pateaban a uno. Hasta que un día un grupo juvenil convocó a partidos de fútbol a las 10:00 de la noche. ¡Ah! ¡Y salimos un montón de pelaos a jugar!! ¡Qué va!! No les hicimos caso y, de ahí en adelante seguimos, pasábamos a otros barrios de la Comuna, hacíamos bailes y fiestas porque esos manes nos lo prohibían (Entrevista a H. F. A., Líder comunitario, 2016).

Desobediencia a las fuerzas institucionales cuando violentamente ocuparon los territorios, agredieron la población civil, no respetaron dignidad alguna y pretendieron exhibir sus desmanes como necesarios y acogidos por la comunidad.

incluso al otro día de Orión la gente se empezó a movilizar, sacamos pañuelos blancos, mantas, manteles, ropas blancas, las pusimos en los balcones y las ventanas de las casas; la gente empezó a salir porque todo el mundo estaba escondido; la gente empezó a enterarse de lo que había pasado; nos movilizamos porque ya no queríamos más balas, más guerra; o sea, aquí le estábamos diciendo ya no más, ya no queremos más eso, digamos que eso desde la mirada de la gente que vive en la Comuna 13, Pero para la gente que no vive en la Comuna, muchos podrán decir Orión fue la solución para esa gente, muchos podrán decirlo, ¿cierto?, pero no saben cuánto sufrimos” (Entrevista J. E., Sal y Luz, 2016).

Es posible inferir a partir del supuesto laboeciano¹⁷ que la dominación al obtener la aceptación del dominado ha logrado generar representaciones de necesidad, conveniencia o complacencia en este, que lo han llevado a participar de su sujeción. De ahí que la resistencia está signficada por la contingencia y adquiere la forma de desobediencia como un no hacer voluntario producto de una decisión libre y autónoma del sujeto, una acción negativa en respuesta a una autoridad, norma, ley o imposición de carácter imperativo. La desobediencia es una práctica social insumisa, insubordinada, que niega aceptación a la práctica de la dominación.

los medios de comunicación hicieron ver la movilización con pañuelos blancos como si fuera una celebración, un agradecimiento al gobierno por haber realizado Orión; ¡no fue así! no saben que eso fue otra cosa distinta, eso es un decirle a esas personas que están disparando, por favor no disparen más, eso era lo que estaba pidiendo la gente y no lo que los medios le contaron a todo el mundo. y es que la gente de la Comuna 13 salieron a celebrar que ya no tienen guerra; entonces fue una de las grandes mentiras, querer hacer ver o querer mostrar algo que no se hizo bien y hacerlo ver positivo; y eso para nosotros nunca va a ser algo positivo, eso para nosotros fue una época de dolor, de angustia, de tristeza, todo lo que eso generó en la Comuna 13” (Entrevista J. E., Sal y Luz, 2016).

Esta desobediencia ha sido calificada como desobediencia civil por ser realizada por grupos de ciudadanos, sectores sociales, colectivos étnicos o culturales que carecen de autoridad institucional y su característica principal es la no aceptación de una orden,

¹⁷ Laboeciano se refiere a los aportes sugeridos por Etienne de La Boetie respecto a la legitimación de la dominación.

norma o ley que consideran injusta. En términos de los movimientos no violentos, la desobediencia civil va articulada a una no cooperación y a una movilización social abierta y organizada frente a poderes o autoridades.

2.2. La resistencia civil como movilización contra decisiones de gobiernos

Cuando las prácticas sociales de resistencia están orientadas a la resistencia civil se constituye cuando un grupo de personas se opone a las políticas de sus gobernantes, cuestionando las relaciones de poder que, por ejemplo, afectan el bienestar general de la población. En ciertos casos, estas resistencias pueden orientarse hacia transformaciones institucionales cuando logran la movilización de amplios sectores de la población civil. Son expresiones de esta resistencia civil la lucha por los derechos humanos (económicos, sociales y culturales) las luchas de las mujeres, los movimientos anti-raciales y contra la discriminación y los movimientos antiglobalización o los movimientos contra las multi y transnacionales. Los movimientos sociales son los que más promueven y desarrollan la resistencia civil.

Como expresión común en los estudios de la resistencia civil está la admisión de acciones violentas o armadas para contrarrestar la ocupación armada que otros pueblos o naciones hacen de sus territorios. Ejemplo de ello es la resistencia armada que los pueblos ancestrales latinoamericanos efectuaron durante la conquista española. También son consideradas resistencias civiles violentas las sublevaciones campesinas en Europa en los siglos XVIII y XIX contra la ocupación y despojo de sus tierras por los terratenientes (Hobsbawn, 1987). De igual manera, algunos estudios van a considerar como resistencia civil armada las experiencias insurgentes protagonizadas por los alzamientos guerrilleros en África y América Latina contra los intereses colonizadores extranjeros y los gobiernos militares y autoritarios en las décadas del sesenta y setenta¹⁸.

¹⁸ “En el marco del conflicto político, la noción de resistencia alude al ejercicio de una acción de oposición, es decir, a un negarse a ceder ante las expresiones de la dominación, al margen de las características que estas últimas tengan. En tal sentido, toda resistencia implica un componente de desobediencia, sin que ello signifique que, por ejemplo, resistencia civil y desobediencia civil sean lo mismo, según se verá más adelante. Entendida en un sentido general, la resistencia no excluye la apelación a la violencia; pero cuando se habla de manera más restringida de resistencia civil, se alude a la práctica de una oposición no militar o, más genéricamente, no violenta. En esa dirección, el ejercicio de la resistencia civil conlleva la puesta en ejecución de una serie de formas de acción no violentas” (Quiñones Páez, 2008, p.152).

En Colombia, son claras expresiones de estas resistencias civiles la lucha emprendida por las víctimas del conflicto político armado por el reconocimiento y restablecimiento de sus derechos. La resistencia de comunidades campesinas y urbanas a no ser involucradas en el conflicto armado, los paros cívicos regionales y territoriales, las luchas de los coccaleros, los movimientos indígenas y de las comunidades afrodescendientes por el respeto y reconocimiento del territorio y sus culturas ancestrales, así como aquellas luchas de las víctimas del conflicto armado por la verdad, la justicia, reparación, la no repetición y el restablecimiento de sus derechos en el contexto de post acuerdos de paz. Sus repertorios de acción incluyen manifestaciones públicas, movilizaciones por las calles de las ciudades, bloqueos de carreteras, forcejeos con la fuerza pública, plantones, huelgas de hambre y tomas pacíficas de oficinas del Estado, entre otras.

2.3. La resistencia como potencia creativa

Con una óptica ontológica y fundamentada en la mirada spinoziana, la resistencia social es definida como aquel movimiento que despliega las potencias que alientan la vida, sus modos de existir, y desarrollan, acentúan o afirman la comunidad, el colectivo, la particularidad en la generalidad de la sociedad contra todas las fuerzas que pretenden eliminar la diferencia y obliga a aceptar los universales de dominación. Así, lo sienten quienes, en el fragor de la lucha por la vida, en la C-13, desplegaron desde muy jóvenes su capacidad creativa para decir no a la guerra o la violencia:

para los que realmente hemos trabajado por la resistencia, van a ver que utilizamos el tema del arte, y en diferentes escenarios construimos historias, construimos vida; si, fueron muchas experiencias dulces y amargas que me permitieron ser parte de estos procesos, porque a esa edad uno arranca, por un lado, otros por el otro... A mí me marcó también mucho la experiencia de vida de amigos, compañeros de estudio... Yo estudié toda la vida con mujeres... hoy muertas, pérdida de amigos, amigas, ni siquiera fueron adultos, pérdida de amigos ... yo creo que uno desde el dolor también construye muchas cosas ... comencé a trabajar con los niños en AMI, a participar de los grupos juveniles, capacitando los niños y niñas, acompañándolos para que no se metieran en los grupos armados ... eran trabajos, eran talleres, compartir entre los pelados, las peladas, ...uno va por el mundo uno encuentra lugares que también lo hacen a uno digno de pertenecer, uno se afirma en lo que es, se queda en lugares que

uno empieza a amar, entonces me permitió ver otro horizonte [...] (Entrevista a J., AMI, 2016).

La resistencia social como potencia creativa, es todo el complejo de energías capaces de gestionar espacios de realización y afirmación de formas propias de representación colectiva, de construcción de la realidad, de auto referenciación y significación. Es el rechazo a la masificación de las formas violentas de construcción del orden social. Es la disposición a perseverar, insistir, persistir; de resolver situaciones a favor a partir de transacciones o intercambios que ponderan afectaciones o relaciones de fuerza que desplegadas actualizan, afianzan la existencia, mantienen la posición o incrementan el ser (Proust, 1998; Falla, 2004; Bensaid, 2004).

[...] aquí todo el mundo dice como: "la gente resiste", sí, qué bueno, pero nunca miran del cual es la forma de la resistencia, porque todo el mundo empieza a adoptar diferentes habilidades, lenguajes, culturas, hacer parte de otras etnias, así sean blanco, negro, un mestizo lo que sea, empiezan a construir unas comunidades o colectivos urbanos distintos que los caracterizan, afirman sus identidades, los animan a actuar, a no dejar que les monopolicen la vida, puedan expresar lo que sienten, lo que viven, lo que hacen (Entrevista a J., AMI, 2016).

Oscar Useche (2003, p. 5) resalta que:

o subordinado se expresa de mil maneras en la potencia social de las formas minoritarias de existir, como: subjetividades juveniles enunciadas por la fuerza de sus manifestaciones estéticas en rebeldía; expresiones de la fuerza del ser femenino que constituye a las mujeres o que atraviesa a los varones y que emplazan el destino patriarcal emanado del centro; afirmación cultural de grupos étnicos que se resisten a seguir las pautas sacrosantas del modo de vida occidental; artistas que dan rienda suelta a su ser creativo y subvierten la concepción estética dominante colocándose al margen de lo que demanda el mercado; nuevos sentidos de la relación vital del campesino con la tierra y con el alimento y la reivindicación de ancestrales cosmovisiones indígenas, desde las cuales: *"la tierra no es de nosotros, sino que nosotros somos de la tierra"* .

En este sentido, en la C-13 se presentaron diferentes formas de existir y se expresar tanto de manera subjetiva como colectiva, algunas formas de resistencia a través del arte:

“[...] allí digo algo también el Rap cierto, es una lírica, así comenzó a introyectarse como una lírica que es denunciante que narra crudeces de la vida y por eso es que cualquier persona lo puede hacer desde su propia vida; entonces comienza a generar esas vivencias en la lírica dado la situación del contexto, ¿que empiezan a hacer los Raperos? A narrar su contexto, a decir que están inconformes [...] acá en la Comuna el Rap neto era el que criticaba; ósea se improvisaba para golpear al otro a punta de palabras, tan tan tan, y te por debajeo y te dejo en ridículo. Pero ya cuando cantas es esa crítica a la pobreza, a la miseria, a las condiciones de vidas, me siento puto, me siento [...] Nosotros somos mezclas, mestizos. Aquí en la C-13 todos venimos de muchas partes; campesinos, indígenas, negros, de otras partes de la ciudad, otras ciudades. No somos de un único lugar. En nuestro recorrido tenemos herencias de todas estas mezclas; ... nos expresamos con estas mezclas; el cuerpo expresa con movimientos, gesticulaciones, posturas esos mestizajes; algunos son mayormente acentuados eso nos identifica; yo me expreso con mi estética: el Rap es una forma de expresar lo que vivo, lo que siento, lo que pienso [...] Son Batá, empezó a hibridar su música, pues somos esto, somos afro, reivindicamos nuestras raíces entonces yo solamente no se vuelve un grupo de Hip Hop , sino que empiezan a mezclar el Hip Hop música con sonidos del Pacífico, de su tierra, su cultura; pero también se traen la danza, se traen el teatro, si traen un montón de cosas y pum montan una corporación cierto entonces es entender un poco el contexto de son bata y saber también como comenzaron como grupo” (Entrevista a Maya DJ de la C-13, 2016).

Es importante destacar la resistencia como posibilidad de construir y reconstruir relaciones, vínculos sociales, significar y resignificar el tejido social; como potencia, la resistencia es el lugar donde residen las experiencias de construcción de la comunidad, el barrio, el territorio, las espacialidades físicas. En donde se aprende que adaptarse a vivir en condiciones de extrema pobreza no significa aceptar la precariedad como forma de existir.

unas comunidades donde el Estado ha estado ausente cuando uno va a pillar allá sistemas de acueducto sistemas de alcantarillado sistemas de movilidad ósea todo el sistema de sendero de escalas eso es camellado por las comunidades el estado no hace presencia allí; la comunidad es la que ha hecho todo, las juntas de acción Comunal, las canchas, las zonas comerciales, las organizaciones, las dinámicas para pelearse la inversión del estado en el mejoramiento de los barrios; es que esto aquí es muy tenaz (Entrevista a H. A., Sal y Luz, 2015).

Esta capacidad de perseverar está situada en complejos de relaciones, en los cuales enfrenta contextos, circunstancias, acciones y reacciones. Donde son distribuidas posiciones – oposiciones y, la subordinación – dominación presenta los adversarios. Así la resistencia hace que la adversidad sea manifiesta e insista tenazmente en afirmarse en su existencia (Proust, 1998, pp. 139-142).

Mientras la potencia creativa de la resistencia se expande en la comunidad como poder creativo, capacidad de realización, de afirmación, de perseverancia. El poder dominación adquiere materialidad en relaciones de sujeción en diversas escalas, espacios sociales, con técnicas y procedimientos concretos. Para afectar los cuerpos, los territorios, este poder de dominación influye todas las formas de organización de la sociedad y ordena como él quiere la totalidad de la sociedad. Las instituciones, las organizaciones, los imaginarios, las costumbres, las maneras de comer y de amar, de celebrar la vida y ritualizar la muerte, de producir y recrear el mundo, de concebir la relación con la naturaleza, de crear y hacer circular el conocimiento, etc., van siendo incorporados en dispositivos que funcionan como una gran máquina social que pretende capturar y homogenizar las formas y estilos de vida singulares, intentando así anular su autonomía. Este es un plano del movimiento social, por medio del cual el centro acrecienta su poder al atrapar la energía creativa de la multitud (Useche. Op. cit, p. 4).

Françoise Proust (1998:139) reitera que: “por consiguiente, existir es resistir, tanto como se pueda, a aquello que se esfuerza en disminuir o a fortiori en destruir su potencia de existir y es intentar superar los obstáculos inevitables que le impiden desplegar su ser”. A su vez, Bensaid concluye citando a Proust, que la resistencia es una ley del ser inmanente a un sujeto, no es una obligación moral, no es pasiva ni activa, es una agitación. (2004, p. 32). Esa potencia creativa de existir en la diferencia que con las prácticas sociales y sus representaciones críticas ilegitiman las fuerzas que imponen satisfacciones universales a necesidades diferenciales. El orden social como proveedor total, que disputa en el espacio social la capacidad creativa de la particularidad, para someterla a las reglas del juego que establecen como deben circular las cosas y como deben ser incorporadas por la gente. Así lo expresa coloquialmente una líder:

Vea, eso es una presión que el Estado tiene en la mente de uno; es una estrategia que el Estado hace contra uno, es desestabilizar mi estabilidad emocional. Así uno no sabe qué

hacer ante tanto sufrimiento. El Estado quiere que uno siempre lo busque a él, vaya a sus oficinas, que no sea capaz de valerse por uno mismo; de pensar por uno mismo. A veces en la calle nos toca atender tanto problema causado por los grupos armados, el ejército y la policía, que siempre termina mandando la gente a las oficinas del municipio; pa' saber que ellos no hacen nada por la gente; pero así lo hacen creer a uno que, si hacen mucho y, uno les come carreta (Entrevista a M. N., 2015).

No puede haber otras formas de circulación de bienes, capitales o intereses. Las resistencias crean circuitos subalternos de relaciones que intercambian sus producciones. Redes sociales, culturales, de género, etnia o generación. El reconocimiento de la condición particular es el nodo de interconexión que dinamiza las transacciones e intercambios y establece sus apoyos – solidaridades.

Apunta Bensaid (2004, pp. 33-35) que el estado propio de la resistencia es su permanencia en la contradicción. Por lo cual insiste, no se resiste por delegación de alguien o por su mandamiento, porque la resistencia es no soportar una injusticia.

Las resistencias o las insumisiones están movidas siempre por una preocupación de dignidad. Nacen de la indignación siempre renaciente, y siempre renovada; nunca cansada y nunca aburrida que impone hacer frente a las afrentas. De la indignación de la cual se nutren las virtudes racionales de firmeza, de confianza y de perseverancia. Del valor también. El valor, raro y banal a la vez, de ir en contra; el valor que hace erguirse a aquellos que tienen el sentimiento de haber sido ofendidos en un aspecto de su dignidad, de haber sufrido no solamente el fracaso, sino además el desprecio. (Bensaid, 2004, pp. 35)

La potencia creativa de la resistencia desarrolla entonces prácticas de afirmación, pertenencia, conservación. Su despliegue está concentrado en los procesos de construcción de subjetividades autónomas de los centros del poder-dominación. Su sentido es la construcción social en la diferencia, no es el poder-dominación o la fuerza. Los espacios de realización son las organizaciones de la comunidad, de género, etnia, cultura, y se expresa en las manifestaciones estético-expresivas del arte urbano juvenil, en las redes y tejidos sociales no controlados por el poder dominante, en la afirmación y participación de las identidades y dignidades diferentes.

2.4. Espacios, lugares, territorios de la resistencia

Las diversas prácticas de resistencia social contra la violencia -desobediencia, resistencia civil, resistencia creativa – en la C-13 ejercen autonomía y soberanía en el espacio social. El desarrollo de alianzas, estrategias y despliegue de repertorios destinados a deslegitimar la acción violenta, son expresión de trayectorias de lucha de las organizaciones sociales de la Comuna con las prácticas violentas del orden social dominante en sus diversos itinerarios. Producto de esta lucha entre dominantes y resistentes, el espacio social resultante adquiere sentidos y significados.

Es claro que las expresiones de resistencia al adquirir formas de desobediencia o resistencia civil implican la reivindicación de autonomía de los resistentes – desobedientes, en la concertación del movimiento, el desarrollo de estrategias o despliegue de repertorios en la práctica de la resistencia civil o desobediencia al poder. Es un ejercicio de su soberanía frente a decisiones que exigen negar legitimidad al poder en un espacio social específico.

Las distintas dinámicas de lucha entre prácticas violentas de reproducción del orden social dominante y las prácticas de resistencia de los grupos subalternos confieren el sentido y significado al espacio social, y los campos sociales que integran la C-13. Las diversas trayectorias que los grupos sociales aportan, adquiridas en la interseccionalidad de temas, reivindicaciones, dignidades y reconocimientos que han referenciado sus luchas; los contextos que han enfrentado y las subjetividades construidas son las que producen estos espacios sociales. Las prácticas sociales de resistencia contra la violencia toman cuerpo en la lucha por la apropiación, uso y usufructo de los espacios sociales construidos en sus itinerarios de vinculación social, a través de prácticas espaciales asociadas con las experiencias de la vida cotidiana y las memorias colectivas de modos de vida diferentes, más personales e íntimas.

Por lo tanto, la lucha por el dominio de las representaciones del espacio social entre los agentes institucionales, portadores de la concepción oficial asociada a las gramáticas científicas, abstractas y homogenizantes del espacio, y las gramáticas imaginadas, producidas por los saberes y la experiencia colectiva de los agentes sociales resaltan al momento de priorizar los asuntos de la planeación del desarrollo. La disputa por los espacios de representación, los espacios vividos e imaginados, lugar de las resistencias donde prevalecen la experiencia, la historia local, y los saberes de las

comunidades territoriales que contienen sus referentes y significados constitutivos de los repertorios de relación y actuación social (Oslender, 2002, pp. 5-6).

Los territorios de la resistencia como espacios en disputa en la C-13, están fraguados en la lucha contra las prácticas dominantes del orden social que producen espacios sociales excluyentes de sectores sociales desvinculados de los circuitos económicos, políticos y sociales formales. Están constituidos por las prácticas sociales de ocupación, asentamiento, distribución, apropiación y usos del espacio físico; luchas por la vivienda, un lugar de habitación o morada, por el repertorio de acciones de defensa y consolidación del hábitat; por las formas de pensar, significar, simbolizar el espacio social, por la memoria colectiva de sus recorridos, acontecimientos, historias de su hacer, intervenir, participar en la construcción de la realidad material - subjetiva de sus barrios y comunidades. Estas trayectorias de resistencia son constitutivas de lógicas críticas que producen las prácticas sociales de resistencia.

¿Cuánto hace que está por acá en el barrio? ¡jumm! ¿fundadora?... más o menos; esto era un monte, esto era un monte y este camino... no estaba listo como ahora, eso era, no andaba si no era a caballo, nada más, eso no había camino pa' ninguna parte ... pues mi persona yo vine porque estaba buscando, yo vivía mucho por ahí así trabajando por el diario ... entonces me dije ... Allá pa'l Paraíso que están cogiendo pedazos, entonces yo por qué no me puedo meter, entonces le pedí permiso a un Señor que era un líder; le dije: por qué no me hace un favor y me da permito para yo agarrar un pedacito que es que estoy cansada de pagar arriba y los muchachos arrimados; él le dijo a un muchacho sáquele un pedacito para ésta vivir con los muchachos; y me dijo: ¿vos sos capaz de hacer un rancho? ¡Ave maría por díos! Por qué no voy a ser capaz pues pa', ¡pa' poderme tapar el sol con los niños ay mismo!" (Conversación con M. I., habitante de la Comuna, 2015).

3. La resistencia como práctica social

Comprender la acción social de resistencia contra la violencia como práctica social exige resaltar las disposiciones, predisposiciones y el sentido práctico que tienen los agentes al rechazar la acción violenta producida por otros agentes del espacio social. Es decir, ¿qué genera y organiza la práctica de la resistencia, ¿cuáles son sus fuentes o emergencias prácticas, ¿cómo se constituyen las prácticas de resistencia, ¿cuáles son sus trayectorias? Se trata de entender no sólo las condiciones objetivas que motivan la

práctica social de la resistencia, sino y principalmente, a los sujetos –agentes sociales que producen estas prácticas de resistencia; discernir sus mediaciones, representaciones y espacialidades. Es decir, examinar las relaciones que constituyen la realidad y formas de resolver la tensión entre los determinantes y los agentes sociales. En este sentido, la resistencia social participa de la definición de un campo específico del espacio social delimitado por la lucha contra la dominación, la fuerza y la violencia, que se desarrolla, no sólo en el ámbito de las condiciones sociales, sino y fundamentalmente en el ámbito de las subjetividades. Es decir, en el ámbito del sujeto y las relaciones inherentes a él: autonomía, determinación por sí mismo, libertad, en contextos de múltiples dominaciones y violencia como la C-13.

Los diferentes grupos sociales, mujeres, jóvenes, etnias, diversidades sexuales, juntas de acción Comunal, grupos culturales y deportivos de las comunidades barriales de la C-13 en desarrollo de sus prácticas de resistencia, entretejen un conjunto de relaciones y acciones contra la acción violenta de grupos armados organizados del Estado (militares, policía e investigación judicial), paramilitares (autodefensas, bandas criminales) que defienden y conservan el orden social y grupos de guerrilla y milicias que reproducen las jerarquías y mandatos arbitrarios. Este complejo de relaciones y acciones delimitan el campo social donde el poder dominación y control enfrenta el acumulado social de la acción constituyente, creativa de nuevos modos de relacionamiento, otras maneras de representación de las estructuras sociales y de incorporación de la realidad, subjetividades críticas que se niegan a reproducir el orden social dominante.

La teoría de la acción como práctica social, propuesta por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, es una oferta analítica que se concentra en la articulación de las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras externas de la sociedad. Para el constructivismo estructuralista de Bourdieu la realidad está en las cosas y en los cuerpos; es decir, la comprensión de la realidad exige mirar la articulación entre materialidad e historicidad, en el proceso de construcción habitual por los agentes sociales.

Las prácticas de resistencia social contra la violencia en la Comuna 13 de la ciudad de Medellín, son delimitadas por el contexto y trayectorias del conflicto político y social armado

en Colombia como espacio de objetivación de acciones sociales de resistencias territoriales, que luchan contra fuerzas que intentan someter la localidad por medio de la violencia. Por la estructura social inequitativa y excluyente predominante en la ciudad de Medellín que segrega a amplios sectores de la población, limitando así su acceso pleno a los derechos sociales, económicos y culturales, por la constante criminalización de la protesta social, la limitación a la participación política y social de amplios sectores sociales; por la concentración de la gestión del Estado en la conservación y defensa del orden social en detrimento de la garantía de los derechos de los ciudadanos. El recurso constante a la violencia como medio de conservación e imposición del orden social configura la forma dramática de las prácticas sociales de reproducción del orden vigente: asesinato de líderes y lideresas sociales, desaparición forzada, desplazamiento forzado, persecución, encarcelamientos arbitrarios, vinculación de los niños a la guerra, violaciones de mujeres y victimización de la población civil; extorsión, deterioro constante del valor de la propiedad y la renta económica de los comercios y servicios barriales. El proceso de incorporación de estas relaciones de fuerza que caracterizan a la C-13 pasan por el tamiz de la trayectoria de los agentes sociales, de su experiencia vivida y presente, de la manera como ellos representan y asumen las realidades que enfrentan. Estas experiencias propias y los intercambios con otras experiencias son fuente de la formación de procesos de subjetivación críticas. No se trata de la aceptación o participación de la dominación y la violencia. Es el rechazo abierto a las prácticas violentas de reproducción del orden social.

El desarrollo de estrategias que impugnen los circuitos reproductores de la violencia en el cuerpo social expresa el sentido de las prácticas sociales de resistencia en la C-13. Desde las prácticas preventivas de la violencia, del cuidado de sí en la infancia con talleres de fortalecimiento educativo, valoración afirmativa de sí, con mujeres y hombre jóvenes, acompañamiento a las mujeres violentadas, acompañamiento a niños y niñas y jóvenes amenazados, hasta la tomas de espacios públicos, barrios, canchas deportivas; las “tiraderas de Rap” a través de las rimas Raperas (denuncia abierta frente a frente de Raperos con los violentos) bailes barriales en desafío a los toques de queda impuestos por los violentos, festivales culturales por la vida, como la “Operación Elite Hip hop”, y la “revolución sin muertos”, denuncias públicas y estrategias de atención jurídica a víctimas en las Corte Interamericana de Derechos Humanos, etc. Entonces,

retomar los recorridos y las tertulias barriales para la elaboración participativa del Plan de Desarrollo Zonal. Estas prácticas sociales de resistencia que exigieron representaciones disidentes de la realidad y disposición a la acción significativa que ilegítima la fuerza, la violencia y la dominación.

3.1. La resistencia como campo social

En la concepción bourdiana el espacio social está constituido por múltiples campos: sociales, económicos, políticos, culturales, y simbólicos que son precisados en la lucha entre los agentes sociales por adquirir o mejorar sus posiciones en el campo social, y así satisfacer sus intereses e incrementar sus capitales. Son un complejo de relaciones entre regulaciones, normas, instituciones (estructuras-agencias) de distribución de recursos y el conjunto de patrones, pautas mentales y corporales para la práctica social, que significan el espacio y le dan sentido en correspondencia con la posición de los agentes en la estructura del campo.

La lucha de resistencia desarrollada contra la violencia de los grupos armados legales e ilegales en áreas urbanas y rurales de Colombia, y en las zonas marginadas, periféricas de la ciudad de Medellín, configura un campo social específico de poder y resistencias. Múltiples organizaciones sociales emergen para rechazar la afrenta de los grupos armados. Muchas localizadas en las Comunas y barrios populares, algunas en centralidades de la ciudad, otras desde sus espacios académicos, políticos y culturales movilizan recursos locales y globales, acumulados que despliegan potencias, energías sociales producidas en sus trayectorias sociales. Congregan discursos desde los derechos humanos, de género y de diversidad; participación, desarrollo social y local, medio ambiente, cultura – generación y otros. Saberes, conocimientos, reconocimientos, experiencias de lucha y organización son desplegados en el campo social para impedir que este sea hegemonizado por fuerzas del desafuero y la arbitrariedad. Como afirma Bourdieu:

Un campo puede definirse como una trama o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Esas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital), cuya disposición comanda el acceso a los beneficios específicos que están en juego en el campo, y, al mismo tiempo, por sus relaciones

objetivas con las otras posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.) (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 150).

Las resistencias integran el campo social de poder. Sin embargo, sus luchas no son por la centralidad del poder constituido como régimen social. Sus controversias, estrategias y prácticas están significadas por sus formas socioculturales de ver y construir el mundo, las relaciones plurales emergentes, entre organizaciones, instituciones, agentes sociales ocupan posiciones en el campo de poder en correspondencia a su reconocimiento, credibilidad, presencia en la comunidad, capacidad de convocatoria e interacción con el espacio social. El desarrollo estratégico de las prácticas de resistencia está en la continua creación y reconocimiento de modos otros de relacionamiento que entran en disputa con quienes, a partir de la violencia y la fuerza, imponen sus visiones, sus reglas de juego en la estructura del espacio social y reproducen las relaciones de dominación hegemónicas en el sistema social.

Las posiciones en el campo social de las resistencias son delimitadas en su relación con otras, de acuerdo con el capital o recurso específico que movilizan y a los repertorios que despliegan. El dominio de circuitos ilegales de producción de capital económico que intercambia bienes de narcotráfico, contrabando de armas, lavado de activos e insumos para productos ilegales, exigen la ocupación de territorios y espacios sociales que tengan ventajas de accesibilidad, movilidad, interconexiones viales, tránsito y posibilidades de defensa, incluyendo la disponibilidad de personas en el territorio. Estas ocupaciones requieren usar capitales de fuerza y violencia que afectan las relaciones de poder en el campo social. Sacrifica capitales de reconocimiento y legitimación, propios de las resistencias. Cuando los necesita usa las redes de sujeción, fidelidades clientelares, propias de las prácticas políticas del orden social dominante que no pueden ser cuestionadas. En el ámbito de las resistencias sociales sus capitales son todos aquellos relacionados con la creación de nuevas formas de relacionamiento, otros tejidos comunitarios fundados en la legitimidad, el reconocimiento modos y estilos de vida diferente, la afirmación en los saberes colectivos y conocimiento adquiridos en las trayectorias propias.

Estos capitales de las resistencias están ubicados en el ámbito de la significación, referenciación y sentido de las prácticas sociales, lugar de las representaciones, las

imágenes, las maneras de ver, pensar y valorar que soportan los conceptos de bondad y maldad. Es la subjetivación, la incorporación de las relaciones de poder, del poder violencia, de la centralidad de la dominación que están presentes en las prácticas políticas hegemónicas, y de la potencia creativa que es desarrollada por las prácticas de resistencia de la comunidad. Estas últimas constituidas en amplios itinerarios de lucha por la reconstrucción, reconciliación, reconocimiento y restablecimiento de derechos y la exigencia de la reparación tanto material como simbólica del espacio social. La comprensión del espacio social pasa por entender su construcción. No se trata sólo de un espacio físico o geográfico, sino que los agentes sociales participan del espacio social con sus representaciones de la realidad social, la manera como ellos conciben el mundo, piensan la realidad social y así mismos, cómo la aprehende, referencian, significan, establecen vínculos, se organizan y lucha por imponer sus representaciones del espacio social.

Afirma Bourdieu (2000, pp. 30-31) que:

El espacio social, en efecto, no es solamente un objeto de percepción dentro del cual los individuos o las instituciones estén caracterizadas de manera fija por la combinación de un cierto número de propiedades y por la ocupación de una posición determinada dentro de un sistema de clasificación; es también un juego de luchas entre los agentes por imponer su construcción y su representación del mundo social, sus categorías de percepción y de clasificación, y por ello por actuar sobre el mundo social. La visión dominante del mundo social o incluso la producción de taxonomías legisladoras, es el juego de una lucha entre agentes que, según su posición dentro de las distribuciones de diferentes recursos sociales (los espacios de capital, económico, cultural, social) y dentro del espacio de clasificaciones en que se encuentran potencialmente inscritos, están muy desigualmente armados para imponer su visión del mundo y particularmente para actuar al nivel de las denominaciones y de las instituciones que, como los esquemas de percepción y de apreciación depositados en el lenguaje, o los títulos (de nobleza, escolares) son ellos mismos el producto de luchas simbólicas y de luchas de clasificación anteriores y expresan, bajo una forma más o menos transformada, el estado de relaciones de fuerza simbólicas.

Así, entonces, el espacio social de la C-13 toma el sentido y significado de la resistencia como práctica social. Estas son las prácticas dominantes en el proceso de construcción de la Comuna en términos físico-espaciales y de las relaciones sociales que se constituyen en las relaciones que se materializan. La C-13 es producto de una lucha

desde sus posiciones por acceder a recursos sociales (objetivos), conservar u obtener mejores posiciones con sus capitales sociales, simbólicos y culturales.

Las relaciones de dominación y resistencia en el campo son generadas por la disputa de las ventajas territoriales y la potencia de los capitales sociales, culturales y simbólicos que han construido las organizaciones sociales de la Comuna 13. Estos patrimonios, dones o privilegios son los que constituyen estas comunidades, cuya apropiación y control son el motivo e interés de quienes pretenden dominar en este espacio social.

3.2. La resistencia: un habitus disidente

Las prácticas de resistencia son el resultado de trayectorias históricas, en las cuales las organizaciones sociales y sus liderazgos han materializado sus formas de ver, sentir, pensar, y construir la realidad. Recorridos nutridos de experiencias, acontecimientos y contextos que han desarrollado un sentido práctico en los sujetos resistentes. Como forma de responder a las situaciones que advierten en la realidad, la práctica de la resistencia exige representaciones y lógicas críticas que contradicen o interrogan las determinaciones o condicionamientos estructurales de la sociedad. Si bien su despliegue es un proceso de objetivación, su sentido es producto de subjetividades autónomas y libres que se niegan a aceptar las formas dominantes de construcción de la realidad. Esta forma de incorporación crítica de la realidad y sus estructuras requiere de disposición y capacidad de decisión para actuar en disidencia contra fuerzas oprimidas; también exige de aprendizajes, saberes y conocimientos especiales aportados por la experiencia y las trayectorias de lucha; el manejo de sus lenguajes verbales y gestuales, de los discursos y conceptos que facilita el establecimiento de relaciones, redes y la acumulación de sus capitales. O sea, el habitus conjunto de representaciones que incorporan la realidad en el sujeto; definido magistralmente por Pierre Bourdieu:

*El habitus*¹⁹: [...] sistemas de *disposiciones* duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos,

¹⁹ Cursivas propias.

objetivamente "reguladas" y "regulares" sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta (2007 p. 86).

El habitus se comporta como relación del agente con el mundo exterior, objetivo que suscita en él percepciones, apreciaciones, representaciones, pensamientos inductores de haceres, actuaciones, comportamientos, y prácticas. Es decir, que el habitus es la subjetivación, comprensión de lo social; es el conjunto de esquemas que socializan el cuerpo, que incorporan, tatúan, marcan en él las estructuras constitutivas del espacio social, y en este sentido dispone a los agentes a actuaciones ajustadas al campo social específico. Así afirma Bourdieu que el habitus es “lo social hecho cuerpo”.

Como propone Gutiérrez (2004, p. 193):

Producto de la historia, el habitus es lo social incorporado —estructura estructurada—, que se ha encarnado de manera duradera en el cuerpo, como una segunda naturaleza, naturaleza socialmente constituida. El habitus no es propiamente «un estado del alma», es un «estado del cuerpo», es un estado especial que adoptan las condiciones objetivas incorporadas y convertidas así en disposiciones duraderas, maneras duraderas de mantenerse y de moverse, de hablar, de caminar, de pensar y de sentir que se presentan con todas las apariencias de la naturaleza.

¿Es posible pensar en un habitus resistente? Adhiriendo a Bourdieu, se puede afirmar que las resistencias son formas de entender la realidad con un habitus disidente, crítico, diferenciado, que se adquiere en las trayectorias históricas de las relaciones de negación, sometimiento y exclusión de los agentes resistentes. Entonces, insistir, perseverar, resistir, como forma de existir, actuar y reproducirse en la estructura del espacio social, forjando una práctica social de acción y representación que los autoriza a participar en resistencia a la dominación. Son las formas de subjetivación de las relaciones de poder – resistencia de los individuos y grupos sociales, lo cual significa historicidad, trayectoria social en el campo, de las maneras como los individuos actúan, se comportan o se disponen para la acción o dar respuesta a las exigencias del campo social (Giménez, 2002, p. 4). Estos modos interiorizados - incorporados para representarse – comprender la realidad y actuar en ella de una manera y no de otra, sin

pasar por las formas de la razón o la conciencia, pero no actuando inconscientemente. “Son las formas de actuar, percibir, valorar, sentir, pensar de una cierta manera más que de otra, disposiciones que han sido interiorizadas por el individuo en el curso de su historia. El habitus es, pues, la historia hecha cuerpo” (Gutiérrez, 2005, pp. 68).

En tanto estructura estructurante, el habitus se comporta como mediación de las representaciones, a través de las cuales, los agentes construyen sus prácticas y representaciones del mundo, de sus formas de percepción y de valoración, de lo que está bien y de lo que está mal, de lo posible y de lo imposible, de lo pensable y de lo no-pensable. “Las representaciones, son imágenes mentales, ideas de las cosas, de los objetos, de las gentes, maneras de verlos, de pensar procesos, de evaluarlos, de valorarlos, está bien o está mal, es lindo o es feo es «distinguido» o es «vulgar», etc.” (Gutiérrez, 2004, p. 295).

Es en este punto de la formación de las representaciones donde la lucha de las resistencias controvierte la reproducción de las representaciones dominantes. Pues en este campo, es donde se ejerce la violencia simbólica, a través de las estructuras y las estrategias de socialización de las visiones del mundo sus maneras de pensarlo y actuarlo, que las resistencias ponen en crisis y presentan o construyen otras representaciones con las cuales disputan posiciones en el campo social.

La resistencia como habitus es la subjetivación o incorporación crítica de las relaciones de poder constitutivas de lo social, mediante representaciones que no comparten el sentido de los dominadores en la relación de poder; no aceptan el orden social establecido ni legitiman la dominación, cuyo comportamiento estructurante es adquirido en la trayectoria social de los agentes en el campo social, y puede ser objeto de transferencia a través de las tradiciones, los movimientos sociales, las movilizaciones y las organizaciones de los resistentes. El habitus resistente es el despliegue permanente de estrategias y acciones sociales dirigidas a cuestionar, deslegitimar las relaciones dominantes de poder en su espacio social particular. Esta acción social de resistencia producto del habitus es el modo de socialización que la historia “desde abajo”, la historia de los “subalternos”, la historia de las resistencias epistémicas y de los saberes ancestrales, narran y transmiten en la lucha por la libertad y contra la dominación desde la diferencia y la autonomía.

3.3. Los recursos de legitimación, los capitales de las resistencias

Desarrollar la lucha contra la violencia desde la resistencia de las organizaciones sociales, comunitarias en diferentes espacios y escenarios implica poner en riesgo un conjunto de recursos producidos en el campo social, de los cuales son portadores los agentes de las resistencias. Estos recursos se refieren a aquellos que son de calidades inmateriales; estructuras significantes y referentes de acción, discursos, saberes, experiencias, reconocimientos, valores, imágenes. Se trata de recursos simbólicos con los cuales los agentes de las resistencias despliegan sus estrategias colectivas o individuales, locales o en red con otras organizaciones, para restar formas de relacionamiento y establecimiento a los agentes de las acciones violentas. Estos recursos de legitimación tales como el reconocimiento, la credibilidad, la aceptabilidad, que hacen hacer, ver, creer, sentir como natural los procesos de dominación y producen justificaciones al uso de la fuerza y de la violencia. Sin embargo, el capital fundamental de las resistencias es el capital social, el conjunto de relaciones, interacciones e intercambios que logran movilizar y poner a disposición de las estrategias de resistencia y rechazo a la opresión de la acción violenta, y que integran recursos como la honorabilidad, el reconocimiento, la amistad, el vecinazgo, las identidades de grupo, de género y de la cultura.

3.4. La resistencia como disputa por la subjetividad toma cuerpo

Plantear la resistencia como habitus, exige atreverse a plantear un desajuste en los procesos de incorporación de las estructuras sociales que no garantizan la reproducción del orden social. A este desajuste Bourdieu lo denominó efecto Don Quijote. Consiste en “la tendencia a perseverar en su modo de ser, que los grupos deben, entre otras cosas, al hecho de que los agentes que los componen se encuentran dotados de disposiciones producidas por ellos mismos, puede ser el motivo de la inadaptación lo mismo que la adaptación, tanto de la rebelión como de la resignación” (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 90).

La experiencia de lucha contra la exclusión social y los diversos modos de violencia, a través de la participación en la apropiación y el uso del espacio urbano, por el reconocimiento como agentes sociales con visiones de mundo y el restablecimiento de los derechos, constituye múltiples trayectorias históricas que han dado como

resultado la formación de lógicas críticas, con las cuales agentes de las organizaciones sociales comunitarias han producido prácticas sociales de resistencia, cuestionan los modos violentos y dominantes de construcción de la sociedad. Estos bien pueden ser esos desajustes de la relación habitus-campo de la que habla Bourdieu y que no reproducen el sistema.

En este sentido, no se trata solo de desarrollar la resistencia como oposición a la violencia material o física, más bien de intentar ver con el soporte de las categorías bourdianas, como los agentes sociales y sus experiencias de lucha contra las violencias construyen redes de participación y relacionamiento que pongan en crisis la reproducción de las formas de relacionamiento social dominantes en sus espacios sociales específicos. Por lo tanto, se enfrentan un orden de desigualdad y dominación presentado y dotado de naturalidad como orden de igualdad y reciprocidad (Zárate Vidal, 2008).

El campo de la resistencia social desafía los circuitos estructurales de reproducción y legitimación de la dominación y la desigualdad. Ante los grandes medios de comunicación, el sistema escolar, las redes sociales y el amplio andamiaje de producción cultural dominante, los agentes sociales de la resistencia construyen estructuras propias responsables de la reproducción de sus formas de percibir, valorar, aprehender y disponerse para actuar en el campo social. Estas estructuras compuestas por sistemas de comunicación alternativa, movilización de recursos, los circuitos de discusión y debates sobre los problemas sociales desarrollados en los foros académicos y sociales locales, nacionales y globales; las movilizaciones y grandes protestas sociales que impactan en los grandes medios de comunicación de las clases dominantes, los tráficos de ideas, pensamientos, y discusiones en los movimientos sociales, son los modos como los que las subjetividades en resistencia rechazan la opresión y dominación, y crean desde la diferencia y la autonomía, alternativas sociales. Es un campo en el cual la formalización de los medios productores de las lógicas dominantes de ver el mundo se impone ante lógicas críticas que circulan por medios subalternos. Es un hacer y pensar políticamente como deliberación en lucha por hegemonizar en el campo.

En un análisis de la teoría bourdiana sobre la lucha social, Julieta María Capdevielle y María Laura Freyre (2013, pp. 115-119) muestran como Bourdieu

contempla la lucha social en tres clases a saber: a) la lucha simbólica en el cual se disputa la legitimación de las visiones del mundo, los agentes sociales luchan por imponer sus representaciones sociales de la realidad más bondadosas con sus intereses; b) la lucha revolucionaria en el cual la lucha se realiza por el rompimiento del orden social establecido, con las representaciones y disposiciones que garantizan la reproducción de este orden y la producción de un nuevo sentido común que integra las prácticas y experiencias sociales rechazadas por el orden derrumbado, y c) la lucha competitiva, que garantiza el funcionamiento y la reproducción del orden social y de sus relaciones de dominación y dependencia. La resistencia social en la disputa por las subjetividades libres genera hábitos colectivos que potencian la creación de comunidades con otros ritmos y sincronías, con otros sentidos prácticos, que alteran las formas de producir, distribuir, consumir y satisfacer las necesidades del cuerpo social. Formas que no reproducen los circuitos, las estrategias, los dispositivos de distribución de recursos y control del orden dominante.

Las estrategias de gestión de las organizaciones sociales ante el Estado afirman su sentido de resistencia. En esta trayectoria son destacadas las luchan por el acceso a servicios públicos, construcción de escuelas, centros de salud, parques o canchas, entre otras, espacios que a la vez sirvieron como punto de encuentro de la comunidad y la consecuente formación de lazos y fraternidades, redes informales de intercambio y afectos. Así adquiere la capacidad de definir sus necesidades y reelaborarlas como demandas y derechos, conservar su autonomía de las redes clientelares constituidas por las organizaciones políticas representativas del orden social dominante, y controvertir su ejercicio en el espacio público y político, profundizando así la deliberación. Logra desarrollar redes de organizaciones en diversos temas de interés colectivo (derechos humanos, ecológicas, género y diversidades, culturales, desarrollo, etc.) y un acumulado de liderazgos, división del trabajo, grupos deliberativos, de dirección y acción estratégica, articulado a la riqueza cultural heredada y construida (mitos fundacionales, símbolos, lenguajes, ritos, hitos y narrativas) que designa lógicas de significación, prácticas simbólicas que las distinguen entre sí y del *otro dominante* a través de la historia colectiva.

Toda esta potencia creativa tiene connotaciones políticas en los discursos, prácticas y vínculos que las organizaciones tienen con el Estado, con otras

organizaciones y con la comunidad; cuestiona el orden social dominante, y con sus prácticas de resistencia replantea y resignifica las relaciones de poder en el campo social.

Las expresiones de resistencia en los barrios, manifiestas en las organizaciones populares, tienen su permanencia en el tiempo y en el espacio social en las memorias colectivas de las comunidades. Alfonso Torres lo describe así:

la configuración de vínculos con los contextos barriales (interrelación de lo afectivo, intimidades, solidaridades, cohesión social), la construcción de redes con otras organizaciones (intercambio de recursos materiales y simbólicos), la posibilidad de introducir criterios de reflexividad en el trabajo (proceso de reflexión de las necesidades locales y acciones), la capacidad de ampliar la lectura de necesidades de lo material a lo simbólico cultural (asumir el campo de lo artístico-cultura como campo de acción), y la formación de generaciones de relevo (2006, p. 18).

Luego, las resistencias sociales no pretenden ser centralidad del poder, sino la creación de alternativas de relacionamiento que agencien proyectos, en los cuales sus esquemas, representaciones del mundo social, y sus prácticas sociales de participación sean incorporados e interiorizados; que emerjan en la crítica, la denuncia y visibilización de las relaciones de dominación, exclusión y discriminación presentes en las diversas expresiones del orden social dominante y esbocen nuevos espacios de acción y resignificación del territorio.

4. Recapitulación

La trayectoria del presente capítulo argumenta las resistencias sociales contra la violencia como prácticas sociales generadas por habitus, que contienen lógicas disidentes, críticas, que han facilitado afirmar identidades, sentidos y visiones de la realidad divergentes a las dominantes. Para ello hace un abordaje ontológico de la resistencia social, para luego recorrer brevemente algunos modos y particularidades que ha tomado en su desarrollo histórico, y ubicarla en el espacio social y en el territorio. Luego sostiene su argumentación en la teoría de la acción social aportada por Pierre Bourdieu respecto de la práctica social, apartado en el cual despliega un poco las categorías de esta teoría en relación con la resistencia social.

Termina con un acercamiento al campo de las subjetividades como uno de los espacios en los cuales se despliegan las resistencias sociales contra la violencia.

Capítulo III

Memoria Metodológica

La presente investigación está inscrita en la perspectiva de la investigación cualitativa. Parte de preguntarse por las experiencias de resistencia contra la violencia con un sentido comprensivo, no sólo descriptivo (Martínez, 2002). Tiene el propósito de identificar las resistencias, su naturaleza, dinámica, relaciones, espacios y agentes, para develar las razones de las manifestaciones y comportamientos. En este sentido, indaga por las acciones e iniciativas contra la violencia que hacen posible su deslegitimación, tales como denuncias, movilizaciones, estrategias políticas, sociales y culturales. Experiencias manifiestas a través de tejidos sociales de organizaciones (alianzas), ejercicios de vinculación social o sociabilidad (acción social) distintas a las producidas por la regulación violenta del territorio, y la construcción de alternativas diferentes que emergen desde las organizaciones sociales locales como procesos de constitución y de formación subjetividades instituyentes, configuradoras de alternativas políticas desde abajo²⁰, (Rajagopal, 2005), (Hernández, 2009).

Es una investigación que acoge la perspectiva cualitativa justificada por Lincon y Buba (2002, pp. 116) “El comportamiento humano, a diferencia de aquel de los objetos físicos, no puede ser entendido sin hacer referencia a sus propósitos y significados. Los datos cualitativos pueden brindar una profunda comprensión del comportamiento humano”. Incluye y valora el contexto de la producción de las prácticas de resistencia, las ideas o representaciones que los sujetos manifiestan sobre las mismas, en términos de los significados que las personas otorgan y en el que las realidades son definidas a través de las interpretaciones de los participantes con respecto a sus propias realidades, tal como lo sugieren Hernández, Fernández & Baptista (2006). Además, somete a un análisis pormenorizado las acciones que despliegan los sujetos de la experiencia de resistencia, como comportamiento adecuado a las exigencias de las circunstancias.

Ahora bien, para esta perspectiva la realidad es una construcción social, a partir de ser representada y transformada por el sujeto con su acción. El conocimiento es

²⁰ Se denominan alternativas desde abajo, a aquellas que emergen en las acciones colectivas locales críticas de las decisiones institucionales, económicas, políticas y sociales y de la movilización de amplias convergencias plurales, autónomas y directas que prefiguran horizontes y sentidos alternos. También han sido denominadas alternativas de base por su fundamento social subalterno.

producido en la interacción sujeto – realidad en construcción, de tal manera que la experiencia está constituida por el desarrollo de una relación intersubjetiva, en la cual el sujeto agente no es independiente del objeto que estudia. Así, la realidad es problematizada mediante la interacción dialógica entre los sujetos que viven la experiencia, y el principio de objetividad es reemplazado por el de la reflexibilidad, en el cual hay un diálogo permanente entre los alcances y límites de su posición como observadores, con las observaciones hechas y con los objetos de conocimiento que se construyen. Por tal motivo, la pregunta de la cual se parte está centrada en la experiencia de los sujetos y no en la descripción de los sujetos, pues no se trata de predeterminarlos y menos de clasificarlos o catalogarlos (Alfonso Torres et al, 2004).

De igual manera, es importante reconocer que el conocimiento de las experiencias aquí presentadas es el resultado de la acción intersubjetiva del investigador y el objeto a conocer, y como en este caso el objeto son las prácticas sociales de resistencia en la C-13 de la ciudad de Medellín, esta interacción se realiza entre sujetos (investigador) que interroga unas acciones, y sujetos (otros que realizan acciones e intervienen la realidad) que reflexionan sobre lo que hacen, como lo hacen y cuáles son sus significados e impactos en la realidad.

El horizonte investigativo siempre es ir más allá de la descripción de la situación para centrarse en la comprensión y en las razones de los actores de la resistencia, y así discernir su experiencia contra la violencia en la C-13. De ahí la importancia de enmarcar esta investigación en los estudios interpretativos, pues responde al interés de comprender asuntos de las organizaciones de objeto de estudio a partir del conocimiento de casos particulares, tal como lo define Herrera (2009), “comprender” es esa condición en la que siempre nos encontramos y en la cual el mundo adquiere significado para nosotros, en tanto que la “interpretación”, es la explicitación de la comprensión básica del mundo.

Con el acercamiento a las organizaciones se buscó comprender lo que a los agentes de Casa Kolacho, Sal y Luz y AMI les implica resistir a la violencia, tomando como elementos de referencia las concepciones, las creencias, las emociones, los temores, los sentidos, suposiciones, predisposiciones, valoraciones y reacciones propias. Las experiencias de resistencia y conflictos están construidos a través de correlatos. De esta manera la investigación dirige su mirada a las comprensiones y razones

—subjetivadas, y muchas objetivadas— de los líderes y lideresas de las organizaciones con las cuales tuvo la oportunidad de compartir, soñar y crear y recrear prácticas sociales. El desarrollo de la investigación parte de una interpretación de la realidad (individual o colectiva) que hace tangible los relatos que los líderes entrevistados hacen de sus vivencias y experiencias en el campo social.

Luego, las experiencias analizadas son construcciones subjetivas, territorialmente localizadas y socialmente específicas. Los contenidos, modos, texturas y significaciones dependen de las organizaciones y personas que las integran. Sus comprensiones son desarrolladas durante el avance de la investigación.

El acercamiento al proyecto de investigación sobre prácticas de resistencia, parte de la inquietud por la naturaleza y los modos de resistir de diferentes poblaciones, comunidades y grupos sociales contra la violencia producida por las fuerzas militares, de policía e inteligencia del Estado colombiano y los grupos ilegalmente armados. Estas resistencias han sido catalogadas como iniciativas de paz de la sociedad civil y han sido visibilizadas en tanto restan credibilidad a los grupos insurgentes armados. Sin embargo, ¿cuáles son los alcances de estas resistencias?, ¿se limitan a la no creencia en los grupos ilegalmente armados, insurgentes o contrainsurgentes?, o ¿cuestionan seriamente la violencia como modo de construcción social, de realización de proyectos y legitimación de acciones gubernamentales? Realizar una investigación de esta envergadura no era posible. Sus recursos humanos, los conocimientos y materiales limitados quedaban expuestos ante la magnitud de aquellas preguntas. Debido a esto las preguntas están localizadas en el tiempo y en el espacio y referidas a unas experiencias específicas.

Los conceptos de resistencia y práctica social son explorados en una primera etapa. Sin embargo, son precisadas en su contenido y significados con el transcurrir de la investigación. Estas categorías comportan el andamiaje comprensivo e interpretativo de la investigación y son contextualizadas con indagaciones históricas para facilitar el acercamiento a la realidad social de la ciudad de Medellín. Esto es hecho mediante el estudio de los análisis de contexto producidos por ONG defensoras de Derechos Humanos, Instituciones municipales (Personería y Planeación Municipal) y el Centro Nacional de Memoria Histórica.

En una segunda etapa fue examinada la perspectiva metodológica, partiendo de la pregunta por el cómo acceder a la información, qué instrumentos de registro debían ser utilizados, cuál su diseño. El enfoque cualitativo, rico en metodologías comprensivas permite analizar la resistencia social, y la práctica social en su contexto real, utilizando fuentes de evidencia cualitativas obtenidas a través de entrevistas hechas a profundidad y la observación de campo, como un intento por aprehender, desde la vivencia de los actores, las complejidades de la violencia urbana y poder develar a partir de allí, los cuerpos resistentes. Se adoptan así dinámicas metodológicas etnográficas, que permitan acercarse a los grupos, sus contextos, historias e imaginarios.

Con base en estos estudios, las prácticas sociales de resistencia son definidas como problema de investigación en un nivel exploratorio, indagando por las modalidades, las estrategias y los sentidos de las experiencias. A su vez, debido a las modalidades tan diversas de las resistencias sociales desarrolladas por los grupos de la población de la C-13 de la ciudad de Medellín y a las características de la violencia desplegada en ella por actores de insurgencia civil armada (CAPS, FARC y ELN) actores de contrainsurgencia civil armada (paramilitares de la AUC) y grupos institucionales de contrainsurgencia del Estado colombiano el acercamiento a las experiencias significativas desarrolladas en la C-13 es restringido.

La elección de las experiencias fue hecha con base en criterios de contenidos y modalidades de las experiencias, originalidad de las dinámicas de resistencia, impacto colectivo, reconocimiento social, coherencia con los objetivos general y específicos, facilidades de acceso a la experiencia y su información y que sean organizaciones o experiencias de base susceptibles de ser testimoniales.

El acercamiento a las organizaciones buscó comprender las implicaciones de las prácticas de resistencia de los agentes de Casa Kolacho, Sal y Luz y AMI. Hace referencia a las concepciones, las creencias, las emociones, los temores, los sentidos, suposiciones, predisposiciones, valoraciones y reacciones. A partir de allí, las tensiones y experiencias de resistencia son construidas por medio de relatos que provocan la reflexión de los agentes y la investigación concentra la atención en las subjetividades de los líderes y lideresas de las organizaciones con las cuales tuvimos la oportunidad de compartir y recrear las prácticas sociales. El acercamiento con la comunidad partió de obtener su consentimiento y posteriormente un desarrollo interpretativo de los episodios

relatados. Previo a esto, el trabajo implicó un proceso de validación de los instrumentos propuestos para el trabajo de campo, lo que permitió no sólo su ajuste, sino, además, realizar una reconfiguración de las categorías de análisis propuestas en el proyecto de investigación.

La ruta metodológica tomó la propuesta de Landeta y Villarreal (2010); entendiendo como “ruta” el proceso seguido como “opción metodológica” que guarda total coherencia con los objetivos del proyecto y el problema de investigación. Fue un proceso que exigió ajustes y se incorporaron nuevos elementos que permitieron dar una mayor pertinencia a la opción metodológica en cuanto al objeto de investigación. La ruta del estudio se desarrolló en tres etapas: una primera exploratoria, una segunda correspondiente a la fase de campo y una tercera de análisis de los resultados

La etapa de exploración tuvo como objeto realizar el análisis documental, precisar los criterios para seleccionar las unidades de análisis y desarrollar los instrumentos y protocolos para el desarrollo de la etapa de campo.

La revisión documental concentró su atención en los estudios e investigaciones cualitativas desarrolladas sobre experiencias de resistencia social, iniciativas contra la violencia o iniciativas comunitarias de paz, que aportaron elementos para desarrollar las entrevistas semiestructuradas con preguntas abiertas dirigidas a identificar razones, estrategias, acciones presentes las prácticas analizadas.

Culminado el proceso de codificación fue necesario emprender una relectura de la información y una revisión de las notas de campo que contenían percepciones, opiniones, e impresiones de observación captadas en las caminatas por las calles de la C-13, otras surgidas de conversaciones informales con habitantes y líderes de las organizaciones partícipes de la investigación.

1. Los instrumentos

Los instrumentos privilegiados fueron las entrevistas semiestructuradas, la observación de campo, videografías y fotografías de eventos y acciones de las organizaciones y comunidad de la C-13; además del uso de archivos históricos de acceso público (disponibles en la internet). Se realizaron varios recorridos por diferentes

sectores de la C-13, y participación-observación en eventos y talleres con niños, jóvenes mujeres, y líderes de la comunidad, organizados por AMI²¹.

1.1. Las entrevistas

Son construidas a partir de los objetivos, con preguntas abiertas que permitieron un diálogo reflexivo y una relación fluida entre los integrantes de las experiencias y el grupo investigador. La indagación fue dirigida hacia la descripción de situaciones de violencia y las experiencias de resistencia frente a ellas. Temporalidades, espacios, contextos y repertorios de acción que las diferenciara de otras experiencias y les imprimiera un carácter particular. Además de explorar los significados, las representaciones y sentidos de sus acciones con respecto a las violencias soportadas. (Ver Instrumento 3).

1.2. Los diarios de campo

Dentro del trabajo de investigación se realizaron cinco recorridos por los diferentes sectores de la C-13. Estos se registraron en diarios de observación en donde se describen las percepciones y sus representaciones (sentires, pálpitos y emotividades) en el sujeto que observa y en los sujetos de la experiencia. Los diarios de observación contienen archivos fotográficos, que registran las salidas. (Ver Instrumento 2).

2. Descripción de la recolección de la información

Para la realización general de los objetivos específicos se hizo una revisión a profundidad de fuentes documentales, de la literatura académica y no académica sobre las resistencias sociales contra la violencia y el uso de la fuerza en las comunidades locales, relacionadas con el periodo de estudio 2004 - 2014. Los estudios tenidos en cuenta para su análisis fueron seleccionados, de acuerdo con criterios de relación específica con las categorías de análisis, el periodo seleccionado, relación con la Comuna 13, y directamente con las experiencias elegidas. El estudio bibliográfico y documental examinó la pregunta de investigación, los objetivos, las categorías de

²¹ Todos estos instrumentos están enumerados, y sus formatos son anexados al final del trabajo.

análisis utilizados, los enfoques metodológicos y técnicas usadas, además de la bibliografía revisada. Esta pesquisa fue registrada en fichas y matrices de cruce de categorías, conceptos y significados. (Ver Instrumento 1).

La descripción de las prácticas de resistencias sociales parte de una revisión de las entrevistas con los líderes de tres experiencias de resistencia contra la violencia en la Comuna 13: AMI, Casa Kolacho, y la corporación Sal y Luz²². Los obstáculos en la investigación están relacionados con las dinámicas y ritmos propios de cada organización, sus liderazgos y los compromisos adquiridos que no permitieron armonizar los espacios, tiempos y oportunidades con el desarrollo del trabajo de campo de la investigación. Esto alteró el cronograma de la investigación, los plazos requeridos para la recolección de la información debieron alargarse. De cada organización hay escrita una descripción institucional que informa sobre sus actividades, radio de acción, objetivos generales y específicos de su actividad y quienes la integran, además de las estrategias y procesos desarrollados.

Fue realizada una indagación, registro y descripción de las experiencias desplegadas por las organizaciones objeto del estudio, mediante documentación audio visual encontrada en la red, consultando sus respectivas páginas web y/o blogs/facebook, personales o corporativos. También hubo de registrarse la documentación escrita proporcionada por las organizaciones y entrevistas facilitadas por las fuentes orales.

El trabajo busca describir y registrar las experiencias de resistencia social, sus características, espacialidades, dinámicas, estrategias y redes de participación de las organizaciones que aceptaron participar del proceso investigativo.

El trabajo de observación de campo fue realizado a través de recorridos planeados, cuyo registro se realizó a través de instrumentos escritos y por medios fotográficos. (Ver Instrumento 2). Para esta actividad fue establecida una relación de participación en la Mesa de Trabajo por los derechos humanos de la Comuna 13 a partir del mes de mayo de 2015. La participación en este espacio facilitó establecer relaciones de confianza con los líderes y el acercamiento a las realidades y actividades de las

²² Originalmente se había previsto analizar las experiencias de la Corporación Afrocolombiana Son Batá y la Asociación Cristiana de Jóvenes –ACJ, sin embargo, por dificultades para su participación como informantes en el proceso de esta investigación, y facilitarse la participación de Casa Kolacho y Sal y Luz como informantes, se optó por éstas últimas.

experiencias documentadas. Entre marzo y mayo del mismo año fueron hechas visitas y contactos con los líderes y sus organizaciones socializando el proyecto, sus objetivos, justificaciones, además de diseñar y afinar los instrumentos para la recolección y registro de la información.

En los recorridos de observación, el proceso investigativo tuvo relación con actividades de denuncia, promoción y educación en derechos humanos; participando de plantones, movilizaciones, marchas, talleres y actividades de las organizaciones que participaron del proceso investigativo facilitando información oral y escrita, como la asistencia a festivales de Hip–Hop, obras de teatro y acompañamiento a víctimas. La observación de campo estuvo concentrada en el quehacer de los actores, las situaciones que enfrentaron, su disposición a resistir y las estrategias que desarrollaron. Por lo cual fue importante la participación en las actividades mencionadas. (Ver instrumento 4).

También fueron desarrolladas doce entrevistas semi-estructuradas a los actores sociales que participan en las organizaciones referidas a las experiencias seleccionadas. Así, tres entrevistas a mujeres líderes de la Organización AMI, que facilitaron la participación en sus actividades, además del material escrito proporcionado; tres entrevistas a líderes de la Corporación Sal y Luz que a su vez facilitaron documentación escrita de sus actividades y publicaciones, y dos entrevistas a líderes de la Corporación de Hip–Hop Casa Kolacho, en donde se incluyen material escrito y audiovisual ya publicado en las redes sociales. Dentro del material se encuentra una entrevista a un historiador investigador independiente que desarrolló actividades investigativas con la corporación Sal y Luz; una entrevista a un funcionario público de administración de justicia de la ciudad relacionado con los procesos de búsqueda de las víctimas desaparecidas en la Operación Orión y post Orión en La Escombrera, dos entrevistas a jóvenes estudiantes habitantes y líderes participantes de procesos sociales en barrios de la Comuna 13.

Las entrevistas se desarrollaron entre principios de agosto e inicios de diciembre, y fueron concertadas para su realización en los escenarios propios de las personas que voluntariamente participaron con su información. Así, ocho entrevistas han sido realizadas en la Comuna 13, espacios de acción de los líderes y cuatro en universidades por la relación que tienen los actores con espacios académicos (estudiantes e investigador).

Todo el proceso y la elaboración del cuestionario para las entrevistas, que contiene preguntas relacionadas con los objetivos específicos de la investigación y las categorías de análisis, fue orientado por el Tutor José Roberto Álvarez Múnera.

Respecto al objetivo relacionado con las experiencias de movilización social que pretendieron resistir a diversas manifestaciones del conflicto desde la condición étnica, de género y generacional, las preguntas fueron específicas, con sus respectivos registros escritos de los procesos, a partir de las respuestas que los entrevistados integrantes de las organizaciones señaladas facilitaron. Con relación al estudio de las razones y sentidos de la experiencia de resistencia de algunos grupos sociales, fue hecha una indagación de tipo histórica que incluyó algunos estudios hechos por las organizaciones participantes del proceso investigativo a título de informantes, y las dinámicas culturales registradas por éstas, relacionadas con las prácticas sociales de resistencia contra la violencia, además de una revisión documental del proceso histórico de formación de la Comuna 13.

El trabajo de campo es finalizado con el acceso a información escrita proporcionada por las organizaciones participantes en el proceso investigativo. Es de anotar que cada entrevistado conoció de un consentimiento informado por escrito, en el que es relevante su participación voluntaria, el manejo responsable de la información proporcionada, así como la protección a su identidad, de ser necesario.

El procesamiento de la información fue hecho a través de sendas matrices que contenían los descriptores de las categorías principales. Así en una primera matriz se organizó la información histórica; la relacionada con las miradas de otros investigadores recogió la información revisando la pregunta, los objetivos de la investigación, la metodología y las fuentes utilizadas; una segunda matriz recoge los supuestos teóricos para significar las categorías definidas, con las cuales fue construido el lenguaje analítico de la investigación y, por último, una tercera matriz permitió organizar la información de las entrevistas; en ella las preguntas de las entrevistas o sus ejes de conversación buscan información con relación a: Agente, trayectoria, acción, estrategias, capitales, habitus/representaciones, prácticas, sentidos/expectativas; fue registrada la información que revelara estas variables. De esta forma fue examinada y seleccionada la información obtenida en las entrevistas; luego fue recogida en los capítulos, para que dialogará con los supuestos teóricos y la información histórica

revisada. En el agente son relacionados quienes desarrollaron acciones de defensa y conservación del orden social (grupos armados legales e ilegales) o realizaron acciones de resistencia a la violencia. La trayectoria narra el recorrido la intervención de los agentes; las acciones son los repertorios desarrollados por estos; las estrategias refieren a las líneas regulares de acción de los agentes; los capitales a los reconocimientos, legitimidades; los hábitos los modos de subjetivación; la práctica como acción con sentido. toda la información del trabajo de campo es sistematizada en estas matrices y organizada para dar origen a los capítulos descritos en la introducción.

CAPÍTULO IV

Prácticas sociales de resistencia contra la violencia: presentación de las experiencias

Este capítulo reconstruye brevemente las prácticas sociales de resistencia en el período 2004-2014 o período post intervención militar urbana en la C-13 de la ciudad de Medellín. Para ello se tiene en cuenta inicialmente una descripción físico espacial de la misma, una revisión de los antecedentes históricos y sociales, su proceso de formación, poblamiento, barrios que la constituyen y principales eventos o hechos que estructuran las prácticas sociales de resistencia contra la violencia en la Comuna 13 de la ciudad de Medellín en el periodo de estudio. Seguidamente, se describen los procesos político-sociales más relevantes del país que incidieron en la intervención militar en este territorio. Luego, son presentadas las experiencias en diálogo con las categorías propuestas por Pierre Bourdieu, descritas en el marco teórico.

1. Descripción físico espacial

Medellín, con 2.499.080 habitantes, es la segunda ciudad con mayor población e importancia social, económica, política y cultural de Colombia. Capital del Departamento de Antioquia, está ubicada al noroccidente del país, en el centro del Departamento y del Área Metropolitana del Valle de Aburrá, que se extiende longitudinalmente a lado y lado del río Medellín, el cual la recorre de sur a norte y es considerado su eje natural (Documento Técnico soporte POT acuerdo 4672006). Se estructura política, territorial y administrativamente en zonas, corregimientos, Comunas y veredas; las primeras son: la Suroriental, Suroccidental, Centro-occidental, Centro-

oriental, Nororiental y Noroccidental. La ciudad tiene 16 Comunas, 5 corregimientos 249 barrios formalmente reconocidos, de los cuales 51 se encuentran ubicados en la zona centro occidental (Departamento de Planeación Municipal Decreto 346 del 2.000).

La Comuna 13 tiene un área de 74.2 km² equivalente al 37.6% del área de la zona Centro-occidental de la ciudad de Medellín, el 6,2% del área urbana de la ciudad y el 3.2% del área total de Medellín. Se ubica al occidente de la zona Centro-occidental del municipio, limitando por el norte, con la Comuna 7 Robledo, por el oriente con la Comuna 12 La América; por el sur con el corregimiento de AltaVista, y al occidente con el Corregimiento de San Cristóbal.

De topografía accidentada, presenta cimas hasta de 1650 m sobre el nivel del mar. Algunos de sus barrios están construidos en laderas o altas pendientes, en lo que denominan zonas de alto riesgo (Alcaldía de Medellín, Plan de desarrollo local Comuna 13, 2010-2020, p. 16). Hacen parte del suelo cuatro quebradas: La Iguaña, La Pela Hueso, la Hueso y Ana Díaz, que en algunas temporadas invernales han causado tragedias por el mal uso ambiental de sus cauces con los residuos sólidos.

Mapa 1.



Fuente del <http://www.amergeog.org/bowman/medellin/medellin-esp.htm>

Tiene una población de 138.063 según la proyección del DANE para el 2015 en correspondencia con el Censo Nacional de 2005 (Alcaldía de Medellín, 2010), que corresponde al 6.5% de la población total de la ciudad y al 39.3% de la Zona 4. La densidad es de 18.364 habitantes por kilómetro cuadrado. En la Comuna predomina el estrato 1 con un 35.4%, el medio-bajo (3) con el 30.2%, y el bajo (2) con el 28.7%5 (Alcaldía de Medellín, Plan de Desarrollo Local Comuna 13 2010-2020, p. 28). Los barrios que la integran son: El Corazón, La Asomadera, Betania, Belencito, Villa Laura, Independencia 1, Independencia 2, Independencia 3, Nuevos Conquistadores, Veinte de Julio, El Salado, Eduardo Santos, Quintas de San Javier, San Michel, Antonio Nariño, San Javier 1, San Javier 2, El Socorro, La Gabriela, La Luz del Mundo, Loma Verde, Juan XXIII, La Quiebra, La Divisa, La Pradera, Santa Rosa de Lima, Metropolitano, Alcázares, Blanquizal, El Pesebre, El Paraíso, Mirador de Calasanz (Alcaldía de Medellín, 2010, p. 29).

1.1. Nodos Territoriales de la Comuna 13

Para el año 2014, el Plan de Desarrollo Local de la Comuna 13 de Medellín agrupó los barrios en Nodos Territoriales y los definió como: “La agrupación de barrios que comparten ubicación geográfica, centralidades y dinámicas poblacionales es entendida como Nodo Territorial”. (Alcaldía de Medellín, 2015, pp. 34-35) En la Comuna 13, los nodos fueron constituidos por acuerdo de voluntades entre la comunidad y el máximo ente administrativo de la ciudad. Los nodos son empleados para facilitar el desarrollo de estudios, análisis e intervenciones.

Tabla 1. Nodos territoriales de la Comuna 13

Nodo territorial	Sectores que lo conforman
1	Asomadera, Belencito, Betania, El Corazón, Villa Laura
2	Nuevos Conquistadores, Las Independencias (I, II III), Veinte de Julio
3	Nuevos conquistadores (Parte alta), Eduardo Santos, Guadarrama, Quintas de San Javier, El Salado
4	Altos de la Virgen, Antonio Nariño, La Gabriela, San Javier 1, San Javier 2, El Socorro, Los Ángeles
5	Juan XXIII, La Divisa, La Luz del Mundo, La Quiebra, Pradera parte

	alta
6	Alcázares, Metropolitano, Pradera parte baja, Santa Rosa de Lima
7	Blanquizal, Mirador de Calasanz, Paraíso, Pesebre

Fuente: elaboración propia.

1.2. Formación del Territorio

Hasta 1938, el territorio que hoy reconocemos como Comuna 13 hacía parte del antiguo corregimiento de La América. Allí se destacaban veredas como San Javier, La Puerta, La Loma y El Corazón. En sus inicios esta zona, sus Comunas y barrios, fueron veredas con una población de migrantes rurales. La transformación de este sector rural estuvo asociada a la proliferación de asentamientos ilegales y loteos que marcaron la primera mitad del siglo XX. El desarrollo de obras públicas, movilidad y transporte (tranvías) hicieron de estos territorios lo que ahora son. De otro lado, y con una influencia religiosa, también se crearon algunos barrios como Belencito, la comunidad de la Madre Laura se asentó en tierras tomadas por las monjas. El sector de la América, donde predominaron antes grandes terrenos agrícolas, es ahora un conjunto de asentamientos para las familias de clase media y obrera (Naranjo, 1992, p. 182-185) (Alcaldía de Medellín Plan de Desarrollo Local Comuna 13 San Javier, 2015, p. 30-34).

Los propietarios de mayores extensiones vendieron terrenos a cooperativas de vivienda y sociedades constructoras, con el fin de edificar.

“En 1946, la Cooperativa de Vivienda, transforma la finca del señor Pepe Ángel en el Barrio San Javier en sector residencial. Desde el año 1950 en adelante, se produjeron asentamientos por la venta de lotes de manera ilegal en los barrios Santa Rosa de Lima, La Pradera y Los Alcázares. A finales de los años sesenta y hasta comienzos de los ochenta, se produjeron ocupaciones clandestinas, entre las que se destaca, la invasión de la colina, en el sector de Belencito que luego fue aprobada por las misioneras de la Madre Laura, para ser legalmente habitados por quienes habían incurrido en la invasión” (Alcaldía de Medellín, 2010, p. 12).

La ocupación ilegal y la invasión se dieron en gran medida en el barrio San Javier, el 20 de Julio y Antonio Nariño, los cuales entre 1978 y 1980, recibieron un alto número de pobladores. Más tarde, con el desarrollo de prácticas de invasión, piratería y toma espontánea de tierras, se formaron asentamientos en los sectores actualmente denominados Las Independencias I, II y III y Nuevos Conquistadores; luego, hacia

1984, la ocupación informal, abigarrada y en condiciones de precariedad socio económica del suelo producen los asentamientos que configuran los barrios La Divisa y el sector denominado la Luz del Mundo, ubicados en los barrios el Socorro y Juan XXIII (Ibidem).

Ricardo Aricapa (2007, pp. 7-8) describe este sector como uno de los asentamientos por invasión, más densos y extendidos, de una gran dinámica social, se desarrolló en las lomas de San Javier y el Veinte de Julio y se diseminó a los alrededores de la quebrada La Salada, dando origen a cinco barrios nuevos: la Independencia I, II Y III, Nuevos Conquistadores y buena parte de El Salado, donde en el transcurso de cinco años se asentaron más de 5.000 familias, para lo que en ese momento significó la invasión de mayor intensidad de América Latina, esto dado que, fue la más grande levantada en el menor tiempo posible y más voraz que los tugurios de Ciudad de México y que las favelas de São Paulo.

El proceso de legalización y formalización de los barrios que integran la Comuna 13 está significada por la resistencia a la exclusión social y la lucha por ser incluidos en la ciudad. Estar ubicada en la periferia de la ciudad, en los bordes donde lo urbano es disuelto y se establece una frontera invisible, entre lo rural y lo urbano, constituyó una complicación para los habitantes de este sector de la ciudad. Su inserción plena al contexto urbano opera a partir de la década de los 90, cuando fueron legalizados los últimos asentamientos de esta Comuna y son reconocidos como parte del perímetro urbano establecido por el ordenamiento territorial del municipio de Medellín, accediendo a todos los servicios públicos que ofrece la ciudad. En esta década, se desarrolló el programa integral de mejoramiento de barrios subnormales PRIMED, en las Independencias I, II y III y Nuevos Conquistadores (UNESCO-EDP, 1996, pp.78-88).

La heterogeneidad, como una de las principales características de esta Comuna, se expresa en el paisaje, el equipamiento y las condiciones sociales, económicas y culturales. Son asentamientos en los cuales convergen migraciones rurales y urbanas producto de desplazamientos forzados del campo y la ciudad, en momentos distintos de la historia reciente del departamento de Antioquia, proveniente, en su mayoría, del occidente, suroeste y oriente de Antioquia, y de Manrique, Aranjuez, Popular, Castilla, Enciso, debido a la agudización de los conflictos armados en otras zonas de la ciudad en

los 80 y 90 del siglo XX (Secretaría de Cultura ciudadana, Memoria Cultural, Comuna 13, 2010, p. 8). Así, se estructura la zona centro occidental de la ciudad, con asentamientos poblacionales diferentes, que tienen características sociales, históricas, culturales geográficas y de relación con el Estado distintas (Naranjo, 1992 p. 188). Sin embargo, lo que es común entre los diferentes barrios de la zona es que pasaron de la ruralidad a la urbanización sin sufrir los grandes traumas que identificaron a otras zonas de la ciudad (Naranjo, 1992, p. 210).

2. Contexto social de las violencias y las resistencias en la C-13

El conflicto armado en Colombia, de acuerdo con el Informe “Medellín: Memorias de una guerra urbana” del CNMH (2017, p,20):

“se trata de un conflicto prolongado, ya sea que se adopte como punto de partida la época de La Violencia o alguno posterior. Es un conflicto complejo, debido al gran número de actores involucrados: Estado, guerrillas y paramilitares. Es un conflicto discontinuo, dados los contrastes en la evolución de los actores armados. Y es un conflicto con enormes diferencias regionales que se pueden apreciar en la multiplicidad de dinámicas y modalidades del mismo”.

En la ciudad de Medellín el conflicto adquiere gran resonancia a partir de lo que se considera la urbanización del conflicto armado, dada la articulación de actores nacionales del conflicto, Estado, paramilitares, guerrilla y actores locales milicias, grupos o bandas de delincuencia organizada asociadas a actividades del narcotráfico o los carteles de la droga (idem).

El informe “¡Basta Ya!”, del Centro Nacional de Memoria (2013) sobre el conflicto armado en Colombia dice que entre 1958 y 2012 en el país se produjeron 220.000 muertes, como resultado del conflicto armado, de los cuales el 81% eran integrantes de la población civil y solo el 19% fueron combatientes. Prácticas como la desaparición, el desplazamiento, el daño colectivo a grupos sociales y culturales y al uso y apropiación del territorio para beneficio particular de grupos armados, además del homicidio. Expresan la dinámica del conflicto y la violencia en el país, en la competencia por el control de territorios, actividades económicas, poder político. Según la Red Nacional de información, a noviembre 1 de 2015, en el Registro Único de

Víctimas en Colombia se han presentado un total de 7.758.935 víctimas resultantes del conflicto armado.

La ciudad de Medellín ha padecido fuertes oleadas de violencia, con un total de 88.026 muertes violentas entre 1980 y 2014. Pasa de 509 homicidios en 1980 a 6.349 en 1991 (Gil, 2013, pp. 5) hasta llegar a 922 en 2013 (Personería de Medellín. 2013). El Informe (CNMH, 2017, pp. 21-22) arriba citado describe con cifras alarmantes lo que ha sido el proceso de urbanización del conflicto en la ciudad:

“Al menos 132.529 personas fueron víctimas reconocidas del conflicto armado. El desplazamiento forzado es, de lejos, la principal modalidad de victimización con 106.916 víctimas. Le siguen, en su orden, el asesinato selectivo (19.832), la desaparición forzada (2.784 víctimas) y la aterradora cifra de 221 masacres (1.175 víctimas). Además, se presentaron otras formas de violencia que no son letales pero que demuestran la magnitud y degradación del conflicto armado: acciones bélicas (784 víctimas), secuestro (484), violencia sexual (336), reclutamiento forzado (136), atentado terrorista (80) y daño a bienes civiles (12). Esto quiere decir que en una ciudad con 2.184.000 habitantes cerca de 6 de cada 100 personas han sido víctimas directas del conflicto armado y de las violencias asociadas. Esto confirma además una de las características del conflicto armado nacional: su impacto predominante en la sociedad civil no combatiente”.

Durante las dos últimas décadas, la ciudad de Medellín ha soportado altos niveles de violencia que han afectado el ejercicio y acceso a los derechos. La inequidad y exclusión son características secundarias de la calidad de vida y desarrollo humano en la ciudad. Coincidiendo cronológicamente con los ciclos relacionados por el informe del CNMH -2017, los períodos dinámicos del conflicto armado en la ciudad tienen que ver con la compleja expresión de las violencias. Es posible construir un primer ciclo caracterizado por: primero, el establecimiento del consenso dominante que superara la violencia bipartidista sienta los fundamentos para el control del orden social, jurídico e institucional, y construye las representaciones apropiadas para la afirmación de la hegemonía bipartidista en el país, en el periodo post-Violencia de 1948-1980 y desarrollo del acuerdo Frente Nacional entre los partidos tradicionales. Segundo, el desacuerdo extensivo en todos los grupos de izquierda respecto de un proyecto alternativo de hegemonía, que derivará en el desarrollo de resistencias armadas con la

proliferación de grupos de insurgencia incapaces de crear o converger en proyectos de país, aunado a la expansión de las luchas populares obreras, campesinas, urbanas y estudiantiles.

Un segundo período (1980-1995) representado en el agrietamiento del consenso hegemónico, la crisis en las fronteras de inclusión exclusión del acuerdo social en contextos de globalización y liberalización de los regímenes sociales, arranca con cambios en la dinámica de la confrontación armada entre los grupos insurgentes y las fuerzas del Estado. Emergen el narcotráfico y el paramilitarismo que con su actuar violento y desproporcionado producirán recomposiciones importantes en las representaciones políticas, sociales y en la apropiación del suelo y el espacio rural y urbano. Se inician los procesos de urbanización del conflicto armado; en diversas ciudades del país grupos de insurgencia urbana adquieren presencia, además de grupos armados con intenciones sociopolíticas localizadas (milicias urbanas) independientes de la insurgencia armada. Termina con procesos de negociación con parte de la insurgencia armada y redefinición del consenso político mediante reforma constitucional.

Un tercer periodo (1995-2005) inicia con la crisis de los carteles del narcotráfico, el fortalecimiento del paramilitarismo en connivencia con las fuerzas del Estado, la pérdida de legitimidad de los gobiernos nacionales (Samper y Pastrana), la paramilitarización del narcotráfico y la redefinición institucional y espacial del conflicto armado alrededor del tema de la seguridad del Estado, jurídica, inversionista, ciudadana, social. El escalamiento del conflicto armado y militarización de la actuación insurgente, aunado a la persecución de los liderazgos sociales y la profundización de la criminalización de la protesta popular. Las guerrillas combatientes pierden audiencia en los foros públicos y sus pronunciamientos políticos son cada vez más marginales, hay depreciación de su capital político e ideológico. También hay un cierre de mecanismos y espacios adecuados de interlocución. El paramilitarismo logra imponer su hegemonía en el campo de la delincuencia organizada y obtiene el control de bandas, combos y exintegrantes milicianos desmovilizados son articulados a esta dinámica. En este período el recrudecimiento de la guerra y la violencia es ostensible. Desplazamientos forzados en diferentes partes del departamento de Antioquia se producen especialmente en los municipios del Oriente y Occidente. A la par los asentamientos en la zona centro oriental, Comuna 8 y centro occidental, Comuna 13 de Medellín, son incrementados.

Hasta 1995 la Comuna 13 San Javier de la ciudad de Medellín fue receptora de múltiples asentamientos poblacionales provocados por diversos procesos de desplazamientos.

Algunos de ellos forzados por la precariedad de las condiciones económicas, otros por las diferentes violencias y discriminaciones políticas, sociales y culturales vividas en la ciudad o en regiones del departamento próximas o conectadas con esta área. Estos desplazamientos y asentamientos ilegales, invasiones, o poblamiento no planeado marcaron la configuración territorial de algunos sectores que integran esta Comuna; como lo describen Natalia Quiceno Toro, Jacobo Cardona Echeverri y Herman Montoya Gil (2007, págs. 7-14) y el Grupo de Memoria Histórica de la CNRR (2011).

Entre 1998 y 2002 es desatada la ofensiva paramilitar en la Comuna 13. Las fuerzas insurgentes y milicias que tienen presencia en esta zona son diezmadas. Los liderazgos comunitarios y sociales son debilitados mediante el asesinato selectivo, la desaparición forzada y el desplazamiento intraurbano. Esta intervención en la Comuna culmina con las operaciones militares denominadas Mariscal y Orión, que tuvieron un gran despliegue de fuerzas por tierra y aire, además de la presencia de instituciones de investigación judicial (como la Fiscalía, y la Procuraduría) para arribar a la negociación con los grupos paramilitares en San José de Ralito Córdoba, en el año 2004.

Es a partir de 1999, que el conflicto armado en la zona se intensifica con la presencia del paramilitarismo en la Comuna, cuyo asentamiento se origina hacia el suroccidente en los barrios Belén las Mercedes, las Violetas, Zafra, Altavista y Aguas Frías, y en la parte noroccidental en los barrios Vallejuelos, las Margaritas y Robledo. Su rápida penetración se debe a que gran parte de las bases y excombatientes de la insurgencia en la zona, que años atrás habían hecho parte de las expresiones milicianas, entraron a engrosar las filas del paramilitarismo. [...] Durante 1999 al 2000, se produce el desenvolvimiento de confrontaciones armadas esporádicas con las milicias que hacían presencia en la zona, algunas incursiones en contra de la población civil y cooptación de las bandas que ejercían control en algunos sectores. Para el año 2001 se configura el Bloque Metro como una estrategia de penetración urbana del paramilitarismo. [...] Las contradicciones internas a nivel nacional entre las AUC, generan una nueva facción que se manifiesta en la ciudad, denominado bloque Cacique Nutibara, que logra asentarse en

la parte alta de San Cristóbal copando territorialmente los accesos y llegadas hacia el costado noroccidental de la zona, y absorbiendo militarmente a los grupos que como bloque metro operaban allí (Villegas y López, 2003). Durante los años 2000, 2001 y 2002, los paramilitares iniciaron un proceso de eliminación de las personas que pertenecían o ayudaban a los grupos de las milicias urbanas. Los asesinatos, las desapariciones y los desplazamientos se convirtieron en hechos comunes en la Comuna. En el año 2002 el presidente de Colombia, Álvaro Uribe Vélez, inició una intervención armada y una militarización de la Comuna, tratando de acabar con el dominio territorial tanto de los grupos de las milicias que aún quedaran en la Comuna, como de los grupos de autodefensas. Esta operación militar fue conocida con el nombre de la Operación Orión (octubre 2002), que fue antecedida por la Operación Mariscal (mayo 2002). A pesar de que estas dos operaciones tenían como objetivo la retoma y el control del territorio por parte del Estado, investigaciones de organizaciones no gubernamentales, la Personería de Medellín, la Procuraduría y denuncias de los habitantes de la zona, han aportado evidencias de que ambas incursiones de las fuerzas armadas colombianas tuvieron el apoyo de los grupos de paramilitares que estaban en la Comuna y que posteriormente empezaron a controlar los territorios de la Comuna 13 (Reyes, 2013, p.10).

Un cuarto período de violencia en el territorio inicia posteriormente al desarrollo de las operaciones militares estatales, marcado por una fuerte violencia silenciosa, que vuelve este sector de la ciudad como una de las experiencias anómicas más relevantes del país, debido a la sistemática desaparición forzada de personas, asesinatos selectivos, tortura, entre otras prácticas que van en contravía no sólo del mandato constitucional sino de toda normativa de DIH. Lo anterior realizado bajo la presunción de que algunas personas del sector eran colaboradores o cercanos a los denominados milicianos; queda entonces la Comuna a disposición de los Bloques paramilitares: Cacique Nutibara y Metro, quienes empiezan a introducir la dinámica del narcotráfico.

Como lo señala el investigador Gonzalo Medina Pérez, el triunfo militar, más allá de ser una expresión de paz, fue en realidad la derrota del “otro”, es decir, una paz negativa. La deuda social con la Comuna aún permanece por cuenta del Estado, pues no se trata de la ausencia total de conflicto, sino de la garantía de crear las condiciones mínimas de seguridad, convivencia y bienestar social que una comunidad necesita para

seguir existiendo. La descripción vivencial de las fases que se han establecido como cronología del dominio de actores armados, que periodiza por hegemonías, nos permite hacer un análisis de la constitución y desarrollo de este espacio anómico como tal. La conformación del espacio anómico arranca desde el surgimiento de los primeros barrios de invasión en el área periférica de la ciudad de Medellín, en este caso el suroriente de la ciudad (Reyes, 2013, p.10).

Las prácticas del narcotráfico paramilitar constituyen una herramienta de explosión y manejo del conflicto dentro de los barrios y sectores de la Comuna. La disputa hoy es por el control territorial y el establecimiento de una hegemonía narcoparamilitar que garantice el microtráfico de narcóticos en la ciudad, y la fluidez de los negocios asociados a este y sus relaciones con otras prácticas de poder. La complejidad del conflicto de la Comuna 13 también está relacionado con la pobreza, la limitación de oportunidades que existe para tener educación y trabajo, y por supuesto, con el cambio que se ha dado en la escala de valores: la vida cada vez vale menos, no hay esperanza, por tanto, las personas prefieren conseguir dinero a toda costa para subsistir en medio de la guerra (Reyes, 2013, p.11).

En este escenario la población civil desarrolló diversas estrategias de resistencia y control de la violencia, expresadas en las acciones colectivas desplegadas en esta extensión de tiempo. El posicionamiento del tema de la lucha por la paz, por los derechos humanos, el reconocimiento y restablecimiento de los derechos de las víctimas adquiere mayor fuerza y la presión por una solución negociada al conflicto armado interno constituye uno de sus objetivos primordiales.

Distintas experiencias sociales de resistencia a la violencia son desarrolladas en la periferia de la ciudad de Medellín por iniciativas sociales o comunitarias de intervención en los conflictos, por medio de modalidades de mediación y estrategias de regulación social dirigidas a generar procesos locales de disminución de la violencia y la protección de la población civil y los grupos vulnerables, lo que produce prácticas propias de gestión, tratamiento, resolución de los conflictos y atención a las víctimas. Estas acciones oscilan entre la denuncia – movilización (visibilización) y la resistencia civil no violenta (impugnación) contra los atropellos e iniquidades de los grupos violentos y las autoridades (Torres, 2009) desde estrategias o prácticas sociales y culturales como formas organizativas.

Como conmemoración de los 10 años de las primeras operaciones militares, de confrontación abierta, desarrolladas por las fuerzas militares del Estado colombiano en áreas urbanas, en la Comuna 13 de Medellín, en el año 2012, los grupos sociales y culturales desarrollaron iniciativas y prácticas sociales de resistencia a las diferentes formas de violencia sociopolítica escenificada en su territorio, acciones dirigidas a la recuperación de la Memoria Colectiva, la visibilización de la violencia homicida sucedida en las operaciones militares del año 2002 (Operación Orión) y posteriores. El homenaje a las víctimas y la exigencia de la comunidad por la Justicia, la reparación y la verdad sobre lo acontecido en esta intervención militar del Estado, lo que aporta a la conformación de escenarios de reparación y justicia transicional, se convierten en espacios de resistencia a la naturalización de la violencia.

En este sentido, cabe resaltar el conjunto de reclamaciones frente a las agresiones y las estrategias desarrolladas que van desde la comunicación a los vecinos y familiares hasta la denuncia formal a las distintas autoridades e instituciones como las Fiscalías, la Procuraduría o Personarías, las ONG y la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos, la cual conformó una Comisión Internacional de Esclarecimiento que sesionó en el 2012 en la Comuna 13 y facilitó que las Organizaciones populares realizaran sus denuncias y reclamaran la reparación integral a las víctimas del conflicto.

Según estudios realizados por Jaime Nieto (2009) la comprensión de la resistencia social y cultural contra la violencia en la ciudad de Medellín se ha restringido a dos dinámicas: por un lado las movilizaciones nacionales contra la guerra y sus efectos, desplegada por los movimientos sociales por la paz, la no violencia, la defensa de los derechos humanos y la lucha por desvincular de la guerra a la población civil, y por otro lado están las acciones colectivas territoriales, practicadas por lo general por los habitantes de las comunidades barriales, la población indígena, afrodescendiente y campesina, bajo la categoría de resistencia civil. Estas comunidades presentan exigencias a los actores armados para no ser involucradas en el conflicto armado, para tener derecho a la autodeterminación de participar o no del conflicto, para disfrutar su territorio y a su autonomía cultural e identidad como pueblos o comunidades ancestrales, a no ser desplazadas ni eliminados por su condición específica y postura frente a la guerra (Nieto, 2009).

Entre los recursos no violentos de resistencia civil se describe los cabildos, las mingas, las asambleas comunitarias, las marchas, la denuncia pública y las redes de hermanamiento, entre otros. Sin embargo no son las únicas prácticas de este tipo pues también quedan algunas que no se describen como resistencias abiertas a los actores armados y al Estado, sino más bien como micro-territoriales, sutiles y discretas a las que no se les ha dado la importancia que merecen, tales como: los festivales, las comparsas, el deporte, los grupos de poesía, baile, teatro, música Rap y hip hop, la fotografía, las pinturas y los grafitis; así como las conmemoraciones, manifestaciones y marchas, a partir de las cuales los grupos de jóvenes obtienen la libertad de auto determinar sus vidas y tener expresiones que manifiestan de manera directa, sus ideales y resistencias no violentas, que les permite recordar a sus víctimas y para ello transforman el barrio, la calle y el cuerpo en el territorio de la memoria. De esta forma, los diferentes grupos sociales que constituyen la población de la Comuna 13, integrados en una diversidad de organizaciones, han desarrollado un conjunto de estrategias de movilización contra la violencia desplegada por los actores armados legales e ilegales, que de acuerdo a sus expresiones, pueden distinguirse de acuerdo a sus contenidos en cuatro dinámicas. La primera enfatiza las diversas acciones y movilizaciones de los grupos culturales por medio de distintas expresiones como la danza, el teatro, la música, la pintura, las experiencias de comunicación alternativa y las redes sociales. Expresiones que sirven de medio para la movilización de la denuncia, y permiten la visibilización de las agresiones sufridas por los sectores sociales de estas comunidades, generando procesos de integración y articulación social al interior de estas. Una segunda expresión se desarrolla por medio de la recuperación de la cotidianidad, la dinámica propia del diario vivir, la experiencia directa de lo local en la lucha por el establecimiento, significación, sentidos, consolidación y defensa del territorio, en el cual son relevantes no solo las relaciones con el territorio, sino también las violencias soportadas, las muertes, desapariciones, y desplazamientos. La tercera resalta las acciones dirigidas a la defensa del territorio que se escenifica en la tensión por el dominio y explotación del territorio y los espacios sociales construidos por la comunidad, en las cuales está la rúbrica de sus tradiciones, sentidos, identidades y culturas y, por último, las dinámicas políticas que recalcan su lucha por el reconocimiento, la inclusión y la defensa de sus derechos en diversos escenarios de acción y decisión pública, política y jurídica. Se destacan en esta

lucha los grupos de jóvenes, mujeres, organizaciones comunitarias y étnicas, especialmente afrodescendientes, organizaciones no gubernamentales y experiencias de articulación social, movilización y acciones colectivas.

2.1. Eventos sociopolíticos que enmarcan la intervención militar urbana en la C-13

La crisis de los procesos de negociación con la insurgencia armada en el Caguán (1998-2002) que dio inicio al proceso de negociación con el paramilitarismo articulado en las AUC (2002-2008), y el establecimiento de la seguridad democrática como uno de los ejes centrales de las políticas de gobierno (2002-2010), generó un incremento notorio de las acciones gubernamentales contra los derechos humanos y crisis humanitaria en el desarrollo del conflicto político armado en el país, cuyo resultado inmediato fue el aumento de la victimización de la población civil y reapertura de las negociaciones y acuerdo de paz con las FARC en el gobierno de Juan Manuel Santos en septiembre de 2012. A estas circunstancias se adicionan los temas de debate que los movimientos sociales de víctimas, mujeres, campesinos, obreros, indígenas, diversidades étnicas, culturales, de género y de pobladores urbanos, posicionaron en las agendas políticas relacionados con los derechos a la verdad, la reparación, la justicia y la no repetición en la vulneración de sus garantías sociales y políticas. Además de vincular los procesos de transición política con el desarrollo en los territorios y localidades afectadas por la disputa política armada en Colombia. Igualmente, el desarrollo de procesos de resistencia desde la reconstrucción de la memoria histórica y el reconocimiento de diferentes procesos e iniciativas de paz, que fueron referentes importantes en la construcción de lógicas críticas y subjetividades de resistencia, como los movimientos de paz, las comunidades campesinas de paz, las rutas pacíficas de las mujeres, las mujeres de negro, el PCN en el pacífico, el movimiento indígena y otros.

Es de resaltar que en el marco de estos procesos se gestaron los escenarios de la lucha popular en los que predominan las dinámicas de resistencia y movilización por la paz, y las salidas negociadas al conflicto político interno en Colombia. Particularmente, se gesta un gran movimiento de víctimas que ha logrado fuertes impactos en la reivindicación, reconocimiento y reparación de sus derechos vulnerados. Hay un gran reconocimiento a las iniciativas de paz civiles, de género, locales, rurales y urbanas. El

movimiento de defensa de los derechos humanos enfrenta una fuerte arremetida institucional y parainstitucional, pero goza de una gran acogida por su trabajo a nivel internacional y social.

3. Las prácticas sociales de resistencia en la C-13

La construcción de las prácticas sociales de resistencia en el periodo 2004-2014 o periodo post intervención militar urbana en la C-13 de la ciudad de Medellín, se realiza a través de una breve reconstrucción histórica y una revisión de las estrategias, mecanismos de representación y repertorios de acción más influyentes en la generación y socialización del habitus, lógicas críticas y modos de actuar por parte de la comunidad. Este trabajo pretende bosquejar las prácticas sociales de resistencia en la C-13 y lo que aportan en el estudio de la resistencia como problema para las ciencias sociales. Es claro que una labor como la anterior no puede ser agotada en la extensión de este capítulo, pues son muchos los aspectos para tener en cuenta: análisis historiográfico, información de medios de comunicación, expresiones de cultura popular, recorridos, observación participante, fotografías, entre otros.

Es importante enfatizar que esta investigación considera que en el campo de las resistencias sociales los agentes sociales colectivos o individuales están provistos del habitus de la resistencia: esquemas de percepción y representación de la realidad, lógicas críticas que interrogan el entorno, que les permite movilizar un conjunto de capitales (social, cultural, político) y luchar contra la violencia en el campo social de las resistencias en la C-13. Habitus productor de prácticas sociales específicas con enunciaciones diversas, cuyo sentido práctico está localizado en las respuestas al mundo vivido.

En la C-13 el habitus de las resistencias es una forma como el sujeto incorpora la realidad, la percibe y la representa. Es decir, es el modo como los agentes en la Comuna, en relación con la realidad objetiva que los determina, se reconocen, conocen, significan y comprenden en la movilización y lucha contra la violencia. Es un conocimiento hecho cuerpo objetivado en las prácticas sociales contra la violencia, que disponen, predisponen e inclinan a los sujetos a resistirse ante cualquier forma de violencia o fuerza que pretenda vulnerarlos o que los vulneren. Tal como Bourdieu lo define:

“el campo estructura el habitus, que es el producto de la incorporación de la necesidad inmanente de ese campo o de un conjunto de campos más o menos concordantes -pudiendo estar las discordancias al principio expresadas bajo la forma de habitus divididos, hasta destrozados. Pero es también una relación de conocimiento o de construcción cognitiva: el habitus contribuye a constituir el campo como mundo significativo, dotado de sentido y de valor, en el cual vale la pena invertir su energía, de esto se siguen dos cosas: en primer lugar, la relación de conocimiento depende de la relación de condicionamiento que la precede y que da forma a las estructuras del habitus; en segundo lugar, la ciencia social es necesariamente un «conocimiento de un conocimiento» y debe hacer lugar a una fenomenología sociológicamente fundada sobre la experiencia primaria del campo” (Bourdieu y Waquant, 2005, pp. 188-189).

El habitus específico de las resistencias sociales de la C-13, estructura subjetiva estructurada, por el campo de las resistencias en el espacio social de la C-13, se comporta de varias maneras: a) Como principio generador de prácticas sociales de resistencia contra la violencia cuyas lógicas prácticas expresan sentidos rebeldes, subversivos opuestas a la reproducción de las relaciones de fuerza y dominación. b) Forma de conocer, subjetivar la realidad de la violencia, entenderla y representársela. c) Modo de significación del campo social, proveyéndolo de sentido práctico y validez de intervenir en él. El campo de las resistencias sociales en la C-13 está constituido por la red de relaciones objetivas entre los discursos que circulan frente a las resistencias contra la violencia, las prácticas sociales que disputan la legitimidad resultante del miedo que producen los actores de fuerza y los debates que en el contexto de lucha por la paz y la convivencia que posicionaron temas como la seguridad desde abajo, iniciativas comunitarias de paz, territorios de paz, comunidades de paz etc. Además de las políticas o decisiones que toman las instituciones del Estado para controlar la violencia, las relaciones objetivas entre estas formas enunciativas de las resistencias y los actores armados violentos, las instituciones, normatividades y otras regulaciones sociales. Bourdieu considera que:

“En términos analíticos, un campo puede definirse como una trama o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Esas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital), cuya disposición comanda

el acceso a los beneficios específicos que están en juego en el campo, y, al mismo tiempo, por sus relaciones objetivas con las otras posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.).el conjunto de relaciones objetivas que establecen los agentes” (Bourdieu y Waquant, 2005, pp. 150).

Este capítulo hace un corte específico, y examina con base en la composición de este campo, las prácticas sociales de resistencia localizadas, territoriales que disputan legitimidades y naturalización de las violencias provenientes de los grupos armados presentes en la C-13 (paramilitares, guerrilla, ejército, policía y organismos de control del estado). Explora los capitales acumulados durante las trayectorias, las posiciones en el campo y en el espacio social, la configuración de sus habitus y la producción de sus prácticas sociales.

El capítulo en su primera parte examina la experiencia de Asociación Mujeres de las Independencias (AMI), sus subjetividades, representaciones y reconocimientos propios como experiencia femenina de resistencia contra la violencia que, desde su autenticidad de mujeres, trascienden los límites del espacio doméstico e incursionan en el espacio público por la construcción de la paz y nuevas perspectivas de relacionamiento diferente a la violencia. En la segunda parte analiza la experiencia de SAL Y LUZ, sus esfuerzos por restablecer el tejido social y enfrentar la violencia contra el cuerpo social comunitario, las estrategias de promoción de la organización y lucha por la participación social y política y contra la estigmatización, señalamiento y discriminación de la población de la Comuna 13. En la tercera parte se considera la experiencia de CASA KOLACHO y toda su actuación de resistencia desde las formas estético-expresivas del Hip Hop, desarrollando estrategias narrativas de las memorias del conflicto a través de recorridos por diversos lugares de la C-13 y el Rap, el Breakdance, DJ, los grafiti y murales, como prácticas de denuncia y recordación.

3.1. Asociación de Mujeres de las Independencias AMI. La sociabilidad femenina como forma de resistir: evocando a Antígona

La Asociación de Mujeres de las Independencias, AMI está integrada por mujeres socias, cabeza de familia y lideresas. De las actividades que cotidianamente realiza, participan mujeres en tardes creativas, crecimiento personal y manualidades;

niñas, niños, jóvenes integran semilleros de derechos humanos. Impulsa procesos relacionados con proyectos de paz, memoria comunitaria, derechos humanos, convivencia y no violencia.

3.2. Descripción de la experiencia. La trayectoria del habitus: formación de lógicas críticas en la lucha por afirmarse

Tiene su antecedente en un colectivo de mujeres del barrio Las Independencias III, que surgieron durante la época de la invasión y asentamiento de personas de diferentes lugares del departamento de Antioquia en esta zona. Es preciso destacar el liderazgo de aquellas mujeres en los momentos de asentamiento y establecimiento en el territorio a través de la promoción de organizaciones que orientaran la acción de la comunidad, para lograr el acceso a los lugares de habitación (SM mujer lideresa de AMI) y a servicios públicos y programas de mejoramiento barrial. Entre 1992 y 1997, este colectivo participó del Programa de Mejoramiento Barrial –PRIMED- ejecutado por el Municipio de Medellín y financiado por la UNESCO (UNESCO,1995). Los objetivos de este programa fueron la Mitigación del Riesgo, Mejoramiento Barrial, Mejoramiento de Vivienda y Legalización. Según este documento, el programa tuvo algunos tropiezos porque grupos armados presentes en la zona consideraron que las temáticas abordadas en los procesos de formación de líderes: derechos humanos, participación y convivencia ciudadana eran perniciosos para sus intenciones. En este proceso las líderes que constituyen aquel colectivo han robustecido su experiencia y ha sido una ocasión para fortalecer la representación de sí mismas. Avanzan en la comprensión de la realidad que viven y participan de estrategias de gestión e intervención social.

Hacia 1996 y 1998, el colectivo de mujeres de las Independencias 1, 2 y 3 se constituye como Asociación de Mujeres AMI y desarrolla procesos de mediación social y resolución de conflictos a través de la práctica de “escuchas familiares”, en la cual, les daban voz a las mujeres, escuchaban sus problemas personales, de pareja, domésticos, íntimos y realizaban una especie de consejería. Así, desarrollaron prácticas de enfrentamiento a violencias domésticas que derivaron en formas de resiliencia ante situaciones de vulnerabilidad y agresión física, verbal o psicológica. Esta asociación abraza la promoción y defensa de los derechos humanos a través de proveer

información y capacitaciones a la población femenina, jóvenes y niños. Establece como programa permanente para las mujeres asociadas las “tardes recreativas” en las cuales son desarrollados talleres de crecimiento, fortalecimiento personal, autoestima y manualidades. Igualmente, ante la precaria situación económica de los hogares de las asociadas constituyen un fondo de ahorro voluntario, ahorro programado para atender una necesidad próxima, liquidable en el último mes del año (denominada natillera) o cuando la socia se retire; con este fondo las ahorradoras acceden a préstamos de poca cantidad para atender sus urgencias y no depender tanto de lo que sus esposos o compañeros les participen. Así lo narra el testimonio de S. M., mujer lideresa de AMI:

“...eso fue como en el 96, entonces nosotros empezamos a hacer talleres de vida en familia, y ahí fue donde casi 38 mujeres formamos a AMI, con la ayuda de ENDA América Latina. Hicimos mucho énfasis en los derechos humanos, aunque nosotros siempre pensábamos en la comunidad. En ese entonces en estos barrios había muchas violaciones y nosotras con la colaboración de Otras organizaciones de mujeres, atendíamos a las mujeres vulneradas, las acompañábamos, escuchamos sus dolores, tristezas y le ayudamos a fortalecerse. La organización inició trabajo con programas para niños(as), mujeres, proyectos económicos familiares y a participar con otras organizaciones para realizar o gestionar otros proyectos” (entrevista a S. M., AMI, 2015).

En un ambiente de dialogo, escucha y sentimientos comunes entre las diferentes mujeres del sector e integrantes del grupo, AMI toma partido ante situaciones que resiste la Comuna. Con diferentes actividades que van desde lo lúdico-recreativo y cultural con niños y jóvenes hasta la defensa y promoción de los derechos de integrantes de las Comunas, mediante marchas pacíficas, plantones, mítines frente a edificaciones estatales y siempre haciendo frente a atropellos de las autoridades presentes en el sector y las acometidas de grupos armados que presionan la población civil. El colectivo de mujeres esta presto a visibilizar las situaciones de riesgo y hace resonancia de las iniciativas de resistencia contra la violencia.

Es un empoderamiento de acciones frente a realidades sociales. Proceso que se efectúa de manera constante, desarrollando confianza y autoestima en las mujeres, en sus capacidades críticas, en el tejido social de la comunidad y en las redes de apoyo promoviendo aprendizajes para la resolución de conflictos y la convivencia ciudadana,

cultural, política y social en el sector. Realiza procesos de capacitación popular a escuchas (mediadoras comunitarias) para resolución de conflictos, cuyo cometido es la construcción de la convivencia familiar y comunitaria y generar espacios de formación en valores, paz y convivencia para niños, niñas y jóvenes de la Comuna 13, promueve el empoderamiento político de la mujer y sus familias.

“con las mujeres comenzamos a contar anécdotas o cosas que nos ayudaran a superar algo; por ejemplo, como el hombre siempre dice venga planche, venga lave; dejar esa cosa de que el que mandaba era el hombre; entonces yo fui una de las que más aprendí y me metí en la película; entonces, como así! vamos a mandar los dos o yo me voy! y, desde esa fecha, aprendí que, es que yo soy igual que él, que lo único que tenemos de diferente son los genitales, o sea la igualdad, la equidad” (Entrevista, S.M., AMI, 2015).

Con otras organizaciones han participado de procesos de educación popular con enfoque de género y derechos en comunicación y valores, narración y producción de memoria histórica (memoria comunitaria) del conflicto armado y las resistencias civiles desde el proyecto Cuenta la 13 (www.cuentala13.org) y en algunos programas radiales en la emisora del Colectivo Morada (www.morada.co), así como en las redes sociales. Además de los procesos narrativos de memoria comunitaria, AMI ha participado en procesos de comunicación – divulgación digital de sus experiencias. En la internet aparecen varios videos relacionados con sus prácticas o que haceres cotidianos (<http://www.youtube.com/periodistasudea>, www.cuentala13.org). También es un referente en varias investigaciones sobre violencia y resistencia en la C-13 de la ciudad de Medellín. Sus experiencias y luchas están registradas en las publicaciones del Centro Nacional de Memoria Histórica (2011, 2016), “la Huella Invisible de la guerra” y “Medellín: memorias de una guerra urbana” y diferentes informes de investigaciones académicas de la ciudad.

Hacia el año 2.000 la Asociación de Mujeres de las Independencias AMI, es una organización no gubernamental, sin ánimo de lucro (Cuenta la 13), que desarrolla su trabajo con base en prácticas de socialización de las mujeres, comportamientos adquiridos o aprendidos, disposiciones emocionales orientadas desde sus experiencias de subjetivación de la realidad. Su trabajo se concentra en la población vulnerable de género, mujeres lideresas y cabezas de familia, niños, niñas y jóvenes. El horizonte

temático que define el trabajo gira en torno a la Promoción y defensa de los Derechos Humanos con perspectiva diferencial.

Para el desarrollo del trabajo en las comunidades de los barrios 20 de julio, Nuevos Conquistadores, El Salado y las Independencias I, II, III, de la Comuna 13 de Medellín, AMI ha contado con el apoyo de otras ONG como ENDA-América Latina, la ACJ, Vamos Mujer, Mujeres que Crean, Movimiento Social de Mujeres Ruta Pacífica, El IPC y la Fundación Social. Pertenece a las redes de mujeres Ruta Pacífica de las Mujeres y Mujeres de Negro. Igualmente, este colectivo de mujeres participa de diferentes espacios de interlocución, articulación e intervención barrial. Mesas de Trabajo, ejercicios de planes de desarrollo, Juntas de Acción Comunal y AsoComuna. Participa y promueve grandes movilizaciones culturales, por la vida, contra la violencia de género por el respecto a los derechos humanos y por la paz.

Cuando los grupos armados ilegales intensifican la confrontación armada fueron muchas las organizaciones afectadas y líderes sociales desplazados. Sin embargo, AMI continuó con sus prácticas sociales; su legitimidad en la población fue su capital social y había adquirido una posición importante en el espacio social de la C-13. Así narra M. N., otra lideresa de AMI: “cuando ellos llegaron nosotras ya teníamos un referente de trabajo muy grande; pero que pasa, los del barrio nos apoyaron y esos grupos al ver que teníamos el apoyo de la comunidad, dijeron: con esa gente no se metan que tienen el apoyo de la comunidad y nos la podemos echar de enemiga” (Entrevista a M. N., AMI, 2015).

Durante el periodo de la intervención militar urbana por fuerzas oficiales 2001–2002 y en el periodo post Operación Orión, la Asociación de Mujeres de las Independencias realizó acciones de visibilización de la violencia ejercida por fuerzas militares, policiales, fiscalía e inteligencia militar y grupos de paramilitares; denuncia los asesinatos y desapariciones forzadas de los habitantes de la C-13. Participa de movilizaciones masivas, manifestaciones directas contra la violencia, y demostraciones de acción no violenta contra la ferocidad del ataque de las fuerzas oficiales contra la población civil: plantones, mítines, emprende presentaciones de teatro callejero alusivas a la vulneración de los derechos humanos con otras organizaciones; participa de demostraciones culturales contra la violencia. Hace acompañamiento a grupos de mujeres y hombres víctimas que reclaman la presencia de sus líderes (as), vecinos y

familiares desaparecidos. Este colectivo de mujeres se posiciona en el campo social como una experiencia de resistencia con sus dinámicas propias y desarrolla varias actividades contra el reclutamiento y vinculación a la guerra de niños(as) por los grupos armados.

“hubo una mujer que jamás hablaba; a su hijo lo reclutaron, va donde mí, Socorro que hago; yo le dije: ¿Usted que va a hacer? ¡¡Vaya por él!! Fue por él donde estaba el grupo armado y les dijo: vengo por mi hijo, es que mi hijo tiene que estar en la casa no aquí. Ella cuenta que había muchos niños. Nosotras a los niños(as) les explicábamos el significado de la guerra; por eso se rescatan de una forma muy sutil. AMI formo grupos juveniles. [...] Cuando veía los chicos que estaban en eso les decía: ¿papi qué vamos a hacer hoy? -y el niño respondía- ah! es que no tengo comida; espere que ya la conseguimos, le voy a dar pa'l pan, ¡nos tenemos que manejar bien! le decía Yo. Luego me encontré uno [...] y el me miraba y me dijo, ¡Doña Soco me llamaron y yo no fui me acorde de usted!” (entrevista a S. M., AMI, 2015).

A partir de asumir el discurso de la defensa de los derechos humanos, la Asociación de Mujeres adquiere un mecanismo que le proporciona voz y hace pública la violación de los derechos humanos por las Fuerzas Estatales. Visibiliza la situación de la población civil, de las mujeres y hombres de la C-13 que caen víctimas, son desaparecidos o desplazados por la intervención militar urbana desarrollada por el gobierno del presidente Álvaro Uribe. Denuncia los desmanes, arbitrariedades y connivencia de la oficialidad militar y policial con fuerzas paraoficiales. Denuncia estas situaciones, a través del GIDH ante la CIDH.

La represión y persecución contra los líderes y lideresas sociales arrecia durante el 2002, en el contexto de 20 operaciones militares de las fuerzas del Estado AMI es objeto de acoso:

“Esta situación se vio agravada por las operaciones militares realizadas por el Estado durante el año 2002 y el posterior recrudecimiento del control paramilitar. Las señoras Myriam Eugenia Rúa Figueroa y Luz Dary Ospina fueron amenazadas, hostigadas, sufrieron allanamientos ilegales, ocupación y destrucción de sus viviendas y, en consecuencia, fueron obligadas a desplazarse. Por su parte, las señoras Ana Teresa Yarce, Mery Naranjo y María del Socorro Mosquera, fueron privadas arbitrariamente de su libertad, y tras una serie de denuncias del actuar de grupos paramilitares en

connivencia con la Fuerza Pública en la zona, la primera de ellas fue asesinada el 6 de octubre de 2004” (GIDH, junio 26 de 2015).

Las otras dos, por la presión de las fuerzas oficiales y los grupos armados paramilitares, en 2006 son desplazadas y en el 2010 y 2011 respectivamente pierden a su hijo (Mery) y nieto (Socorro), jóvenes que al momento de su asesinato estaban vinculados a los procesos que desarrollaba la Asociación.

No obstante, AMI y sus lideresas luego de su regreso y soportando los ataques de las fuerzas violentas siguen resistiendo como defensoras de derechos humanos. Activan los mecanismos de defensa internacional de los derechos humanos ante la CIDH a través del Grupo Interdisciplinario de Derechos Humanos y logran en 2017 la primera condena contra el Estado Colombiano por las violaciones de los derechos humanos cometidas en las intervenciones militares urbanas en la C-13.

Durante el trayecto, entre 2011 y 2014, AMI continuó desarrollando prácticas sociales de promoción y divulgación de los derechos humanos. Intensificó sus actividades participando de procesos de recuperación de la memoria comunitaria del conflicto y sus víctimas. Ahora continua con la realización de programas radiales comunitarios (Proyecto Casa Morada) y colabora en audiovisuales relacionados con la denuncia de la vulneración de los derechos humanos en la C-13 y la visibilización de las iniciativas contra la violencia realizadas por diferentes grupos sociales, especialmente de las mujeres en este sector de la ciudad. Además, toma parte en los movimientos que hacen pública denuncia de las desapariciones forzadas en la C-13. Integra la movilización constante del Colectivo de Mujeres que Caminan por la Verdad²³, cuyo sentido es evidenciar lo ocurrido con la Arenera sector de la escombrera, lugar de

²³ “El grupo de Mujeres Caminando por la Verdad es una organización conformada por las madres, esposas, hijas y hermanas de personas asesinadas o desaparecidas en la Comuna 13 de la ciudad de Medellín en Colombia, en el marco de operativos militares realizados en los años 2002 y 2003 por la Fuerza Pública en conjunto con integrantes del bloque paramilitar Cacique Nutibara. Muchas de ellas han sido también víctimas de tortura, violencia sexual, amenazas, despojo de viviendas y desplazamiento forzado, entre otras modalidades de agresión y, a pesar de las denuncias, sus casos continúan en la impunidad. Recientemente, el mundo reconoció su lucha por hacer posible el proceso de búsqueda de personas desaparecidas, quienes se presume se encuentran inhumadas clandestinamente en La Arenera, sector de La Escombrera, un depósito de desechos de construcción en la Comuna”. Consultado el 20 de enero de 2018 en: <https://kavilando.org/2013-10-13-19-52-10/conflicto-social-y-paz/3878-mujeres-caminando-por-la-verdad-de-la-comuna-13>

depósito de desechos materiales donde, afirman los paramilitares, fueron inhumados ilegalmente muchos cadáveres de desaparecidos.

Los grupos de niños, niñas, adolescentes y mujeres que son su práctica social fundamental continúan recibiendo atención, ayuda, cuidado, acompañamiento y la legitimidad de la asociación en la comunidad se incrementa. La cercanía con la comunidad disuade cualquier duda respecto a su compromiso, autonomía y diferenciación de otras prácticas sociales confrontativas, armadas y violentas con las cuales fueron asociadas por las autoridades y paramilitares.

3.3. Recopilación y conclusiones de la experiencia AMI

En cuatro escenarios fundamentales ha desarrollado AMI sus prácticas sociales de resistencia contra la violencia. En primer lugar, este colectivo de mujeres enfrenta los condicionamientos estructurales que vulneran sus derechos económicos, sociales y culturales; exigen del Estado y el gobierno local programas de mejoramiento de las condiciones de vida. En este periodo de su trayectoria, los procesos de incorporación de las subjetividades o representaciones provistas por las estructuras económicas, jurídicas, políticas, sociales y culturales son puestas en duda. La verdad o certidumbres dominantes que circulan en el campo social con el propósito de naturalizar las violencias y dominaciones son asumidas como parte de las estrategias del juego social y, como agentes sociales (organización de mujeres) deciden participar del juego y disponer de sus capitales de legitimación y así luchar por una mejor posición en el campo social. Sus estrategias fundamentales concentran la atención en el reconocimiento como parte del espacio social, descertifican las acciones y sentidos de las prácticas dominantes.

En un segundo momento la trayectoria de AMI define el sentido de sus prácticas sociales, los sectores sociales donde concentrará sus acciones (mujeres, niñas-niños y adolescentes) con el discurso de los derechos humanos que la llena de experiencias, lenguajes, movimientos, espacios y ritmos. Es el momento de la acumulación de sus capitales, en el cual, el interés por participar, como afirma Bourdieu involucrarse en el juego social tiene sentido (Bourdieu y Wacquant, 1995, pp. 79-80). De ahí, las motivaciones por integrar redes sociales de acción colectiva como la Ruta Pacífica de la Mujeres, Mujeres de Negro, Madres de la Candelaria, apoyar y promover dinámicas de

construcción de la memoria social, que configuran el tejido organizativo y pone en circulación estas prácticas sociales en el campo social.

Un tercer espacio-tiempo lo constituye el desarrollo de acciones generalizadas de denuncia pública permanente, visibilización y puesta en la escena pública la vulneración de los derechos humanos en la C-13 durante el periodo post Operación Orión. Es el momento de acciones directas de resistencia contra la desaparición, el desplazamiento forzado y el asesinato de líderes y pobladores de la C-13. La activación de circuitos sociales de defensores de derechos humanos y la denuncia de la vulneración de los DH en cuerpo propio ante la Comisión de Derechos Humanos de la Corte Interamericana de DH, que derivará en una sentencia contra el Estado colombiano por violación de los derechos humanos a las lideresas del colectivo AMI.

Por último, la reconstrucción de la memoria colectiva constituye el cuarto escenario. Reconstruir los sucesos compartidos, los acontecimientos pasados, hace parte de las prácticas sociales (Manero Brito y Soto Martínez, 1995, p. 173). Esta es una de las tantas expresiones de la construcción de la realidad que manifiesta como es subjetivada la experiencia compartida. Estos procesos versan sobre la memoria constituyente de la realidad, producto de la acción de los agentes sociales, con propósitos de reconocimiento, restitución y restablecimiento de derechos, tejidos sociales, referentes simbólicos, lenguajes corporales. Tiene el sentido de promover reflexividades críticas frente a situaciones y acontecimientos recientes que vulneraron la dignidad humana y los derechos de los colectivos sociales. Este cuarto escenario importa en la socialización de las lógicas prácticas críticas como formas de constitución colectiva de la realidad, productora de prácticas sociales en resistencia contra la violencia.

El sufrimiento producido por las estructuras sociales ya no es incorporado automáticamente. Pasa por el tamiz crítico de una lógica práctica que ilegítima y se resiste a naturalizar la violencia padecida, y, en consecuencia, sus prácticas de denuncia, visibilización de la vulneración de los derechos, movilización de redes sociales en defensa de los derechos humanos y la puesta en movimiento de recursos acumulados durante su trayectoria son dinamizados con la recuperación de las memorias del conflicto, sus violencias y resistencias. Las prácticas de resistencia en el Colectivo de Mujeres AMI constituye un habitus que les da sentido crítico a las prácticas sociales

desarrolladas por ellas y desplegadas en todos los espacios sociales en los que participan. Prácticas sociales generadoras de formas otras de construcción social que desnaturalizan la violencia, la hacen histórica a partir de resistirse (las mujeres) a ser desplazadas de la historicidad social.

La lógica práctica-crítica desarrollada por este colectivo de mujeres está conectada a los modos de relacionamiento construidos por las mujeres. Están basados en sus sentires, afectos y representaciones de sí mismas, que las disponen al cuidado del otro(a), acompañamiento, afectación provechosa, buen dar y buen decir. Disposiciones adquiridas en sus trayectorias formativas como mujeres, de socialización de sus cuerpos, que incorporan un conjunto de informaciones provistas por las estructuras y la cultura de la sociedad. Sus estrategias están dirigidas a generar procesos de deslegitimación de la violencia. Por esto el trabajo con los niños, niñas y adolescentes tiene sentidos preventivos de la violencia y de la reproducción de las relaciones de fuerza. Su intención es arrebatarlos a los grupos violentos. Construir otras formas diversas de relacionamiento y socialización, de representación y acción que sean habitus críticos estériles a la dominación y la violencia. No solo se trata de la divulgación de los derechos humanos sino de la formación en derechos humanos, defensa de los derechos humanos a través del despliegue de repertorios de acción colectiva que denuncia los actos de vulneración, hace públicas las violaciones y activa las redes de defensores de los derechos humanos. En realidad, es una práctica social de resistencia contra la violencia desde los derechos humanos.

4. Sal y Luz: Persistir en la organización, resistir a la negación. Insistir en soñar

La Corporación Juvenil Sal y Luz (CJSL) es una organización no gubernamental (ONG), jurídicamente constituida, sin ánimo de lucro que surge en 1990, con propósitos de promover la participación social, defender los derechos humanos e impulsar la participación comunitaria en el desarrollo. Su radio de acción es la C-13 (Fundación Corona, 2008, p. 98). Tiene antecedentes en los grupos juveniles de la parroquia de San Javier.

“fue un movimiento juvenil que salió de la parroquia, del tema de los grupos juveniles que en esos momentos, principios de los noventa finales de los ochenta, fue toda esa política de promoción del grupo juvenil un poco dependiente del tema de lo difícil que era el entorno de los jóvenes y los espacios violentos de la época, ya después esta organización pasó de ser un grupo juvenil parroquial se separó de la parroquia y empezó a ser una organización comunitaria” (Entrevista a J. C. M., Sal y Luz, 2016).

El contexto en el cual surge la Corporación Juvenil está marcado por la primera oleada de violencia urbana en Medellín: 1984 – 1995. “Su principal característica es el despliegue de la violencia y el terrorismo del Cartel de Medellín, encabezado por Pablo Escobar, y, al mismo tiempo, el ejercicio de la violencia política, con alta complicidad de las instituciones estatales, conocida como ‘guerra sucia’” (CNMH, 2017, p. 23).

Inicialmente la Corporación Sal y Luz centraliza su trabajo en los jóvenes, sin embargo, paulatinamente va impactando otros sectores de la población. En su recorrido emergen y toman fuerza diversos temas, hasta llegar a concentrarse en la promoción de la participación social, política y en el desarrollo. Hoy este colectivo corporativo es referente en temas de trabajo con la juventud, planeación del desarrollo local, participación ciudadana y movilización social. Integra diversas redes sociales locales del desarrollo e interviene en espacios de decisión social y política que define la aplicación de recursos provistos por la municipalidad. Ha participado de proyectos de investigación con universidades de la ciudad relativas al tema de la participación ciudadana (Entrevista a J. C. M., Sal y Luz, 2016).

La trayectoria de la Corporación Juvenil Sal y Luz registra un ataque en 1991 contra jóvenes integrantes de aquellos colectivos juveniles, resultado de este ataque mueren varios jóvenes. Sal y Luz convoca a todos los jóvenes de la C-13 a una Marcha por la vida, con una respuesta masiva e inolvidable de la población. Desde ese entonces, un Festival por la Vida – Marcha por la vida es realizada cada año para resaltar el valor que esta tiene para la sociedad.

“[...] la fiesta a la vida, que propone Sal y Luz desde el año 1991 cuando sucede una masacre junto al cementerio de San Javier, cerca de 6 - 7 jóvenes que estaban en la esquina fueron masacrados en esa época, pues cuando ser joven y estar en una esquina era casi una sentencia de muerte; entonces a partir de eso se generó una propuesta de resistencia civil de basta la violencia, la vida es el valor máximo de una sociedad civilizada, la vida no está en discusión, no está en juego, métanse con

cualquier cosa menos con la vida de los otros seres humanos. Entonces se hace una fiesta a la vida que fue un acto simbólico de hacer una marcha por el respeto a la vida, acompañada de una parte pues artística, cultural, un encuentro de grupos cantando en torno a la vida. En esa época en los 90 muy de moda estaba el tema de agrupaciones pues de música andina y latinoamericana y surgían procesos como el hip hop; allí sal y luz comenzó a institucionalizarlo y cada año durante los 90 fue haciendo su fiesta a la vida y curiosamente dos, tres meses antes de su fiesta a la vida siempre ocurría que mataban a un joven allegado o integrante del grupo juvenil, o vecino, o amigo o familiar, entonces casi que las acciones violentas nos aportaban un homenaje cada año, cada año había que hacerle homenaje a alguien porque ese año pues lamentablemente era asesinado un joven de nuestros barrios y se fue perdurando en el tiempo en todos los octubres se hacia la fiesta a la vida” (Entrevista a J. C. M., Sal y Luz, 2016).

Entre 1990 y 1999, la Corporación Juvenil Sal y Luz desarrolla un fuerte activismo social con los colectivos juveniles de la C-13, especialmente del barrio San Javier, resaltando el respeto por la vida y la importancia de la convivencia social. La intencionalidad de esta permanente movilización es el desarrollo de prácticas sociales de empoderamiento frente a fuerzas violentas que limitan la participación juvenil, en acciones sociales por la defensa de la vida y tendientes a mejorar las condiciones de bienestar de los barrios de la C-13. En la trayectoria de Sal y Luz este período es particularmente difícil por la pérdida de autonomía en la realización de actividades, la participación con otras organizaciones en acciones conjuntas o trascender las fronteras geográficas de sus barrios. Las milicias –grupos armados- que ejercían dominio territorial en este momento pretendieron ganar todos los espacios sociales por la fuerza y el miedo.

“[...] veníamos haciendo cosas importantes con los jóvenes en la Comuna 13 y se sentía esas ganas de empezar a construir la planeación del territorio, pero además también nosotros teníamos muchos temores porque estábamos sujetos a las órdenes que nos dieran las Milicias Populares, o sea, nosotros éramos líderes comunitarios que hacíamos trabajo social pero los que finalmente nos ordenaban y nos decían qué teníamos que hacer eran ellos, nosotros no podíamos hacer nada sin contar con ellos, digamos no respetaban la autonomía de los líderes ...era a la fuerza, era con amenaza, o sea, nosotros estábamos limitados a pasar de un barrio a otro si teníamos órdenes de ellos, estábamos limitados a hacer una actividad, un evento, todo tenía que estar

relacionado con los muchachos de las Milicias Populares” (Entrevista a J. C. M., Sal y Luz, 2016).

Esta cooptación por la fuerza desarrollada por estos grupos milicianos intenta sumar las organizaciones juveniles a sus capitales, como forma de reconocimiento ante la comunidad e impide la autonomía de las organizaciones juveniles y comunitarias, obstaculiza, entorpece el empoderamiento de las dinámicas juveniles.

En resistencia a la cooptación por la fuerza, la CJSL despliega estrategias de promoción y organización juvenil, participación social, artística y cultural muy fuerte, sobre todo en liderazgo juveniles. Estas estrategias van dirigidas a resistir la presión de los grupos armados del momento (milicias, bandas sicariales) que buscan la vinculación a la actividad armada de los jóvenes de la comunidad. En este sentido desarrollan una oferta de prácticas sociales juveniles afirmativas de su dinamismo social, que dirige toda la energía creativa de los jóvenes hacia la construcción de estéticas comunitarias de convivencia que resalten el valor de la vida y la deslegitimación de la violencia como forma de construcción de espacios sociales libres del control de los grupos armados. Otras organizaciones por los sectores del barrio Santa Rosa de Lima han estado realizando por este mismo tiempo el Festival del Porro, y en los barrios Villa Laura y Belencito Corazón la Fiesta de la Antioqueñidad, ambos eventos con propósitos similares de resistir la presión armada (Entrevista a J. C. M., Sal y Luz, 2016). Así la ‘Fiesta por la Vida’ es realizada con regularidad en la C-13 desde 1996 hasta el presente. En ella están articuladas iniciativas culturales, juveniles, vecinales, de género, medio ambiente, derechos humanos, desarrollo etc. en torno a resaltar la vida, la convivencia y la paz.

El periodo 2000 - 2002 fue drástico con la participación de la población y las organizaciones sociales. Los enfrentamientos armados entre los grupos violentos, las operaciones militares, la persecución a los líderes sociales y comunitarios por todas las fuerzas implicadas en la confrontación armada afectó notoriamente la participación en las movilizaciones, en las reuniones de las organizaciones, en los eventos comunitarios. A pesar de ello, los líderes no dejaron de reunirse y promover la movilización de la población. Fueron muchas las prácticas desarrolladas en estas condiciones; algunas de restringida visibilidad otras abiertas, visibles, públicas. Desde programar juegos de

fútbol en horarios y sitios restringidos por los actores armados, fiestas públicas, hasta movilizaciones directas contra la guerra y la violencia:

“ Al otro día de Orión la gente se empezó a movilizar, sacamos pañuelos y sábanas blancas y las pusimos en las ventanas de las casas, la gente empezó a salir porque todo el mundo estaba escondido [...] nos movilizamos porque ya no queríamos más disparos, o sea, aquí les estábamos diciendo ya no más, ya no queremos más eso, gritábamos consignas, hacíamos arengas y salíamos en procesión, todo el mundo caminando [...]un tema de resistencias una invitación a la paz” (Entrevista a J. E., 2016).

No fueron estrategias o acciones programadas, racionalmente elegidas y elaboradas. Es el sentido práctico, resultado de lógicas críticas que deslegitiman las violencias como recurso para la construcción social. Trascender la frontera impuesta, el muro invisible establecido por el violento, actuar en el espacio prohibido, desobedecer el mandato armado encarna la afirmación de existencias en negación. El uso de prendas blancas fue un llamado de atención a los violentos, una invocación simbólica a los referentes de paz como rechazo y deslegitimación de toda acción armada. Ese recurrir a una tradición simbólica actualizadas por la acción en el presente es la expresión de habitus adquiridos en sus trayectos históricos, disposiciones reclamantes imbuidas de lógicas prácticas adversas a la violencia. Es el potencial creativo de las resistencias sociales contra la violencia, reflejado en los procesos de objetivación de las acciones contra la violencia incorporada.

“el descenso en los niveles de participación en todo tipo de organización fue abrumador, fue bárbara. Las organizaciones dejaron de reunirse por temor al conflicto armado, a los actores violentos (...), las sedes de las organizaciones permanecían cerradas. Esporádicamente eran abiertas para asuntos específicos. Como manera de protección era reunirse a veces en horarios muy cortos, en las casas de los integrantes. muchas veces las sedes están casi que permanentemente durante todo el año cerradas, solo se abrían muy esporádicamente para cosas muy específicas, y solo una o dos personas pues se daban vueltas para no dejar abandonados esos espacios, entonces tenemos que la primera medida de protección era no participar, no visibilizarse, porque visibilizarse en cierto modo podía generar un riesgo tu vida” (Entrevista a J. C. M., Sal y Luz, 2016).

De esta forma, las acciones desarrolladas por la Corporación Juvenil Sal y Luz expresan las lógicas prácticas críticas –habitus- con que incorporan la realidad y definen los sentidos de su intervención como agentes de resistencia. Lógicas prácticas con las cuales entendieron el contexto, usaron experiencias propias, adoptaron comportamientos adecuados para situaciones difíciles; supieron reducir los peligros y apuros, para enfrentar el miedo en la disputa por los espacios sociales, hablar en el momento oportuno, hacer pública las situaciones de riesgo que encaró la C-13, generar las redes de apoyo necesarios y comprender que la esperanza estaba en los procesos propios de resistencia a los autoritarismos armados. Como lo afirma María Teresa Uribe (2006, p. 64): “[...] expresan un cuestionamiento implícito a poderes arbitrarios, excluyentes y autoritarios”.

En el transcurrir de la trayectoria de la CJSL, entre 1998-2002, son notorias las prácticas de auto reconocimiento y auto representación con las cuales enfatizan sus capacidades y potencialidades como agentes para participar en espacios de decisión comunitaria. Estrategias diversas dirigidas a los jóvenes y a las organizaciones comunitarias convocan a reconocer las características propias, que identifican las relaciones y situaciones de los grupos y sectores sociales de la C-13. Representación de sí mismos, la mirada de sí, tomar el pulso de sus sentires, sentidos y horizontes. Reconocerse en la historia de sus barrios y las relaciones propias de su comunidad, verse como constructores de sus propios sueños. Este es el proceso que realiza la Corporación Juvenil cuando promueve la construcción de planes locales de desarrollo e invita a todos los sectores de la comunidad a participar en su elaboración. Indica que ante la humillación y sometimiento que producen las actividades de los grupos armados, una de las tantas formas de resistir son las prácticas sociales que recuperan y despliegan sus capacidades y potencialidades. Actividades como las asambleas por sectores, reuniones con juntas de Acción Comunal, conversatorios con grupos juveniles y organizaciones de mujeres son los modos de construir esas representaciones colectivas de lo que pudo ser, de lo que puede ser de lo que pueden hacer.

[...] cuando hablamos de cómo generar nuevas propuestas de movilización para la resistencia fue recuperar lo que habíamos perdido en el 2002. Hasta septiembre-agosto de 2002 la C-13 venía construyendo un proceso de movilización para la transformación del territorio, con la idea de empezar a hablar del Plan de Desarrollo Local. Hasta ese entonces solamente teníamos un plan de desarrollo de cinco barrios, las

tres Independencias, el 20 de Julio y el barrio El Salado que fue acompañado y asesorado por la fundación social y finalmente lo lideró la corporación "Realizadores de Sueños (Entrevista a J. E., Sal y Luz, 2016).

Aquellos repertorios que facilitan los encuentros de los líderes comunitarios para discutir o conversar frente a los problemas del desarrollo en contextos relacionales con el conflicto armado y la violencia, que generan espacios de diálogos de saberes. En estos espacios los agentes con sus lógicas prácticas adquiridas en sus trayectorias de vida, experiencia, formación y organización, desarrollan foros y debates que les permiten develar el complejo relacional en el cual participan (campo social), miden sus fuerzas en relación con los otros partícipes de la acción social de la C-13 frente al tema del desarrollo (ONG, instituciones del estado) y definen su posición en el campo, priorizan intereses, protagonizan su historia, construyen su propia existencia y parodiando a Bourdieu (1995, p.18) “organizan sus acciones e interpretan su propia melodía”.

Estas prácticas sociales de representación y auto reconocimiento, modos de ser y hacer, de incorporar la realidad y socializar el cuerpo afirmativamente, exigieron además reconocerse como agente de su historia, algunas veces desbordada en tristezas, ignominias, humillaciones y exclusiones, y otras abundantes en iniciativas de resistencia y dignidad de afirmación ante la negación. Así, las estrategias de promoción de la participación, de generar espacios sociales de diálogo intersubjetivo, de construcción de sentidos comunes y de elaboración de planes, bitácoras, rutas constituyeron los repertorios de acción contra los grupos armados que a través de infundir/difundir el miedo, impedían la construcción de los consensos necesarios en la lucha por la vida, la seguridad, la convivencia y la paz. Algunas de estas estrategias incluyeron maniobras como la aceptación temporal de algunas limitaciones/regulaciones de los grupos armados. Este forcejeo permanente entre fuerzas autoritarias, que pretenden dominar el espacio social y la resistencia de los sectores, y organizaciones sociales, por comprender el campo social y ocupar una mejor posición, es la dinámica que generan las lógicas prácticas críticas que el habitus expresa en la producción de las prácticas sociales de resistencia en la C-13. “Se trata de prácticas a menudo ignoradas, no visibles y de cierta forma ilegibles, pues transcurren por el mundo difícilmente aprehensible de la

cotidianidad y, aunque tienen como propósito principal la inmediata búsqueda de la supervivencia, en ellas subyace una lucha por la autonomía y por la independencia de todo poder autoritario legal o ilegal” (Uribe, 1995, p. 66).

Sal y Luz es una experiencia destacada en la promoción de la participación y organización social. Sus prácticas de lucha contra la violencia en el espacio social de la C-13 son producto de hábitos generados en campos sociales de fuerte limitación a la participación y la representación. Se caracterizan por considerar la experiencia vivida (hecho violento, realidad estructural, regularidad histórica) como oportunidad de transformación del presente violento, experiencia viviente, y donde hay mucho por hacer y por decir en relación con modos de afirmación y construcción social diferente a la violenta como proyecto posible propuesto con urgencia ante una pretensión de existencia que excluye la democracia, el debate y la deliberación. La promoción de redes de acción conjunta, apoyo y solidaridad para trascender los límites impuestos por la fuerza mediante la realización de partidos de fútbol, fiestas familiares y “parcharse”²⁴ en lugares “prohibidos por los armados” fueron modos de desconocer las legitimidades y cuestionar la naturalización de la presencia de estos grupos violentos en la C-13, expresiones de resistencia que restaron aceptación y reconocimiento a sus procedimientos y finalidades o justificaciones. De esta manera el conjunto de organizaciones gana legitimidad, obtienen más reconocimiento, fortalecen sus intereses y mejoran su posición en el campo social.

Así, también resisten la violencia referida aquella que significa sujetos, lugares y objetos, crea estereotipos de representación, genera falsas percepciones y actúa mediada por la información masificada. Siempre presente en los espacios y campos sociales, donde grupos armados enfrentados pretenden dominar el espacio social.

[...] al principio si era el estigma, después de la Operación Orión la gente quedó muy marcada por los medios, por la misma sociedad; aún se conserva algo de eso, pero yo pienso que los últimos años la gente ha superado tanto esa violencia que sigue existiendo, a veces interminable en algunos sectores, pero que se ha moderado de manera significativa y al tema del estigma, la gente dice “bueno eso ya lo hemos vivido pero eso hace parte del pasado” y la gente al voltear esa página ha quedado ya no con la marca como un lunar o como una cicatriz de ser Comuna trece, si no como un signo de

²⁴ Parcharse expresión utilizada por los jóvenes de la C-13 y otras partes de la ciudad de Medellín que indica espacio o momento animado de relajamiento y compartir con amigos.

identidad y orgullo y eso lo ha potenciado, (...) los proyectos y los procesos, (...) hablan de la trece, juguemos por la trece, el carnaval de la trece, soy de la trece y participo, si es de reciclaje y medio ambiente meten, ósea ya hablar de la trece no es un signo negativo, es un signo de identidad (Entrevista a J. C. M., 2016).

Posterior a las operaciones militares, soportando el miedo que producen la desaparición de líderes y pobladores de la C-13, varios dirigentes de las organizaciones sociales de la C-13 emprendieron procesos de articulación y acción conjunta retomando la participación centrada en la planeación del desarrollo no tanto en la violencia. Con este sentido ponen en práctica estrategias de construcción de redes sociales de acción conjunta; definen en cinco las áreas de intervención y convocan a las organizaciones que converjan en las acciones, compartan objetivos y participen en la ejecución de las tareas. Desplegaron una estrategia interesante de resistencia contra la violencia en el campo social: posicionar los temas de la participación social, comunitaria y ciudadana, el desarrollo social, la cultura, los deportes y concentrar su atención en el grupo poblacional de la juventud. Los demás temas de interés son: los derechos humanos, la visibilización de la violencia, la promoción de la convivencia, el retorno de los desplazados, y el medio ambiente, fueron abordados en alguno de estos temas principales.

Ante la permanente amenaza de los grupos armados en los territorios mediante gramáticas de la guerra y el miedo, que pretendieron capturar para sí algunas prácticas de intercambio, como la prestación de servicios de seguridad y protección, la comercialización usurera de dinero y la privatización de los beneficios producidos por las organizaciones sociales. Las resistencias sociales comunitarias crearon escenarios de acción e infraestructuras sociales donde los grupos armados tenían debilidad para su participación. El periodo 2004 – 2005 fue decisivo para el resurgimiento de las dinámicas sociales. Cuatro organizaciones Sal y Luz, CoRapas²⁵, Realizadores de Sueños²⁶ y AsoComunal²⁷ de la 13, propiciaron la generación de espacios de

²⁵ Corapas: Corporación Autónoma Participativa y Social, inicia labores en el año 2000, en los barrios de Villa Laura, Belencito, Betania, Asomadera, El Corazón. Trabaja en el fortalecimiento de las organizaciones comunitarias de estos barrios de la C-13. Tomado de corapas.blogspot.com/

²⁶ Realizadores de Sueños: Corporación para la gestión participativa del desarrollo, que contribuye al bienestar de los barrios de la Comuna 13. Es un espacio de presentación, concertación y coordinación del proceso de planificación y gestión del desarrollo local, parte de valorar la experiencia acumulada por las

convergencia y promovieron recorridos y caminatas de reconocimiento de las realidades de los barrios de la C-13, escrutaron las afectaciones producidas por la violencia de los grupos armados, indagaron acerca de las proyecciones e imaginarios de los habitantes y líderes barriales, desplegaron metodologías investigativas como la observación participante, las tertulias nodales²⁸

“[...] generaron un proceso de articulación muy interesante que invitó a hacer cosas de manera conjunta, diferente ... tejiendo esfuerzos. Acudiendo a las disposiciones, tradición y vocación adquiridas en su trayectoria por resolver y gestionar sus problemáticas, aquellas organizaciones movilizaron los liderazgos barriales alrededor del desarrollo y no la violencia. La Comuna fue recorrida barrio por barrio concluyendo en cinco grandes ejes de trabajo: sociocultural, político institucional, económico, físico espacial y ambiental que eran prioridad para movilizar la gente (Entrevista a J. C. M., 2016).

El despliegue de los bienes simbólicos: reconocimiento, respeto, prestigio, honor, buena fe, carisma, credibilidad en los liderazgos sociales son el capital simbólico, que aunado a la trama de relaciones constitutivas del espacio social de la C-13 producen una red de aliados por donde circulan las prácticas sociales de resistencia contra la violencia. Hacia el 2004-2005 la Red Cultural Expresarte (Quiceno y otros, 2015, pp. 4-5) que reúne, agrupa las organizaciones y artistas de la Comuna y la Corporación Cultural Recreando realizan el Carnaval de la C-13, como una muestra de resistencia contra las violencias, donde resaltan la diversidad y multiculturalidad de la Comuna. Estas prácticas lúdico-culturales del carnaval encarnadas en el sujeto colectivo comunal expresan con burla, ironía, risa y representaciones de figuras significantes de lo popular, los habitus de resistencias y lógicas críticas, que impugnan la naturalización de las violencias.

Con igual sentido el proceso de participación aborda el tema del desarrollo, generando una fuerte movilización de la infraestructura social de la C-13. En este proceso Sal y Luz participa con otras organizaciones en los diferentes momentos de

organizaciones en estos territorios y de la formulación participativa del Plan de Desarrollo Integral Local, y Comunal. Tomado de <https://es-la.facebook.com/pages/.../corporacin-realizadores-de-sueños-175306490846/>

²⁷ AsoComunal 13: Asociación de Juntas de acción Comunal de la C-13.

²⁸ Tertulia Nodal espacio de convergencia de líderes barriales convocado para discernir sobre los temas priorizados por los líderes y lideresas.

elaboración del Plan de Desarrollo Local de la C-13: “Sembrando para el futuro 2010 / 2020”. Esta trayectoria inicia en 1997 (Londoño Ramírez, 2012, p. 72) y culmina con este plan. En ella diversas organizaciones actuaron concertadamente, generaron los espacios y escenarios de acción y con fundamento en su habitus de resistencia, desplegaron prácticas sociales que dispusieron las representaciones críticas de muchas lideresas y líderes de la comunidad, además de demostrar sus habilidades de negociación y acuerdo con la institucionalidad. Durante el proceso del Plan de Desarrollo Local de la C-13, emergen formas de acción articulada y solidaria fundamentadas en la confianza como bien simbólico. El Consejo Comunal de Planeación de la C-13, Realizadores de Sueños, espacio de convergencia y concertación de todos los liderazgos comunales fue el responsable de gestionar en la comunidad y ante la institucionalidad los ajustes del plan y desarrollar la metodología participativa que dio lugar a su formulación; foros, tertulias, recorridos barriales, encuentros y entrevistas a líderes fortalecieron las organizaciones sociales y sus trayectorias colectivas, motivaron incorporaciones reflexivas de las condiciones reales de existencia, subjetividades en resistencia que hicieron y hacen frente a las violencias colectivas de los grupos armados legales e ilegales y las violencias estructurales.

Las organizaciones sociales, entre ellas Sal y Luz, manifiestan una notoria preocupación por el estigma de comuna violenta. Esa subjetividad condicionada por las estructuras sociales que producen versiones creíbles por unos y criticadas por otros dispuestos a traducciones diferentes de la realidad. Lucha de subjetividades que expresan la tensión de la criminalización del territorio como una forma de exclusión, que en oportunidades dificulta el establecimiento de relaciones sociales en ámbitos laborales, escolares, recreativos, deportivos e institucionales. La mirada que los otros tienen de la C-13 los afecta; perciben miradas escrutadoras, desconfiadas, recelosas que cuestionan posibles intercambios sociales. Por ello, la verdad producida por este habitus crítico desarrolla prácticas del buen decir en los diversos espacios y escenarios de ciudad; la participación de los liderazgos de la C-13 en los foros de la ciudad redundan en resaltar las dinámicas, iniciativas, empoderamientos y emprendimientos para cambiar la representación social que de la C-13 ha tenido la ciudad de Medellín y Colombia por ser un territorio duramente afectado por el conflicto armado durante los últimos 30 años.

“Comuna 13’ es el significante con el cual la ciudad, el país y la comunidad internacional, han identificado a un territorio que representó conflicto armado. Territorio que es hoy un símbolo de inversión social, participación comunitaria, esperanza y de avance en la consolidación del capital social de resistencia.

También, “Comuna 13” es una representación social, con el que muchas personas han estructurado sus prácticas cotidianas en la ciudad de Medellín, a tal punto, que se ha convertido en objeto de defensa apasionada por algunas personas e incluso, parece designar, el “Ser social de ciertos sujetos”. Al igual, este significante, despierta reacciones emocionales que llevan a que algunos pidan que no se pronuncie y no se asuma como imaginario social, del mismo modo hay quienes con la misma fuerza y ahínco, lo defienden y hasta parecen amarlo (Vargas García, Plan de Desarrollo Local Comuna 13, 2010-2020).

El último periodo de esta trayectoria de resistencia contra la violencia exalta el protagonismo comunitario como agente del desarrollo, que participa con propuestas y alternativas en condiciones de limitación violenta de su intervención social y, que son resistentes para legitimar el dominio de organizaciones armadas o cualquier acción violenta contra la población civil, contra cualquier colectivo de género, etnia, cultura o generación. Las diversas organizaciones y representaciones sociales han logrado avanzar en habilidades y capacidades de agencia. Intervienen, participan con sentido de transformación. Los hábitos que hacen cuerpo la realidad disponen a los agentes a la realización de prácticas sociales dirigidas a la introducción de cambios en el campo social. Los capitales han sido fortalecidos y adquieren una mejor posición en el espacio social. La interlocución y relación con las instituciones del Estado no están limitadas al control y denuncia de la violencia; Los temas del desarrollo y la participación política revisten importancia.

4.1. Recopilación y conclusiones de la experiencia Sal y Luz

En términos comunitarios, esta organización desarrolla prácticas sociales dirigidas a fraternizar el tejido social comunitario afectado por la presencia y acción de los actores armados. Sus acciones van desde establecer comunicación con las personas desplazadas por la violencia de los conflictos en la C-13 (líderes, población civil) con quienes quedaron sus organizaciones, vecinos o familiares e invalidar la presencia de

los grupos armados, hasta prácticas sociales contra la estigmatización de la Comuna y sus habitantes.

Es así como, los diferentes grupos sociales que constituyen la población de la C-13 integrados en organizaciones diversas –en relación a las organizaciones base de este proyecto– han desarrollado un conjunto de estrategias de movilización contra la violencia desplegada por los actores armados legales e ilegales, que, de acuerdo a sus expresiones, pueden distinguirse en sus contenidos cuatro estrategias a saber:

La primera enfatiza las diversas prácticas sociales estético expresivas como la danza, el teatro callejero, la música, la pintura, las experiencias de comunicación alternativa y las redes sociales; a través de esta estrategia las organizaciones sociales produjeron movilizaciones de los grupos culturales y movieron la población a la denuncia para visibilizar las agresiones sufridas por los sectores sociales de estas comunidades, generando procesos de integración y articulación social al interior de las mismas.

Una segunda estrategia fue dirigida a la recuperación de la cotidianidad, la dinámica propia del diario vivir, la experiencia directa de lo local en la lucha por la defensa y ampliación de los espacios sociales. Para este propósito el sentido práctico fue puesto en evidencia: no solicitar la intervención de las instituciones públicas. Hacer uso directo de los espacios sociales y lugares de encuentro controlados por los grupos armados mediante la práctica y ejercicio de encuentros e intercambios culturales y deportivos, recuperar la memoria de estos sitios, reflejar el brillo de la alegría de los niños, jóvenes y adultos e invitar a hacer usos de estos espacios con la práctica del deporte, el juego, el baile, la música. De tal forma que la violencia vivida fuera incorporada mediante habitus críticos cuya subjetivación animara las potencias de la resistencia con la finalidad de recuperar, reconstruir y resignificar los lazos comunitarios. Por ello las marchas, las comparsas culturales, los festivales musicales, el teatro callejero, los desfiles de danzas, los carnavales invitan a la vida y a la crítica de la muerte como práctica de los grupos violentos.

La tercera, resalta la disposición por la defensa del territorio que se escenifica en la tensión por el dominio y explotación del territorio y los espacios sociales construidos por la comunidad. En estas, el sentido de las prácticas sociales fue dirigida a la recuperación de la libre participación en y de las organizaciones, la

movilidad por todo el territorio, la trascendencia de las fronteras establecidas por los actores armados y, por último, las dinámicas políticas que recalcan su lucha por el reconocimiento, la inclusión y defensa de sus derechos en diversos escenarios de acción y decisión pública, política y jurídica. Se destacan en esta lucha los grupos de jóvenes, mujeres, organizaciones comunitarias y étnicas especialmente afrodescendientes, organizaciones no gubernamentales y experiencias de articulación social, movilización y acciones colectivas.

Es de reconocer que la experiencia de la Corporación Sal y Luz en el periodo post Operación Orión aportó al desarrollo de prácticas de resistencia social o comunitaria de intervención en los conflictos, por medio de modalidades de mediación y estrategias de regulación social dirigidas a generar procesos locales de desarrollo, disminución de la violencia y protección de la población civil y grupos vulnerables. El sentido práctico de comunidad adquirió gran relevancia mediante dichas estrategias. “La vida se ata a las vicisitudes colectivas, no tan sólo por la contingencia de compartir el lugar de residencia sino porque la comunidad ejerce una función normativa sobre el comportamiento de sus miembros” (Perea Restrepo 2006, p. 8).

Respecto a las acciones desarrolladas, estas oscilan entre: la denuncia –movilización (visibilización) y la resistencia civil no violenta (impugnación) contra los atropellos e iniquidades de los grupos violentos y las autoridades (Torres, 2009) desde estrategias o prácticas sociales y culturales como formas organizativas.

A fin de cuentas, las prácticas de la organización Sal y Luz manifiestan la incorporación de habitus críticos de representación de la realidad que dispusiese la comunidad a la resistencia como práctica social y fundamento de agencia de proyectos de desarrollo social. No cabe duda de que la resistencia como práctica social ha sido el modo que ha permitido generar un juicio consistente en la comunidad y quienes acuden en su representación como líderes. La trascendencia simbólica de sus bienes y capitales, en su forcejeo contra la violencia y la deslegitimación de la pretendida dominación armada, mejoró la posición de la agencia social en el campo y fomentó el advenimiento de núcleos democráticos desde abajo, como estrategia de resistencia al autoritarismo armado de las organizaciones armadas al margen de la ley.

5. Casa Kolacho. La resistencia en cuatro movimientos: voces, rimas, ritmos - movimientos y murales -recorridos

5.1.Descripción Institucional

Casa Kolacho (CK) es un Centro Cultural dedicado a la práctica del arte urbano, específicamente el Hip Hop. Está ubicado en la Comuna 13 al centro occidente de la ciudad de Medellín. Es un espacio liderado por la alianza del Colectivo de Hip Hop C15²⁹ y Camaleón Producciones, que tiene un gran trabajo con los jóvenes en los barrios de la C-13 y un amplio reconocimiento nacional e internacional; su labor es muy referenciada en los estudios sobre el movimiento Hip Hop y las resistencias sociales. Es definido por sus integrantes y cercanos como un espacio de convergencia de creatividad, ideas, proyectos culturales y artísticos. Manifiesta el apasionamiento por los trazos, la intensidad del color, las graffías, las imágenes, el video como lenguaje que permite expresar y significar la realidad con el vigor de la rima Rapera, el ritmo, compás y coherencia (armonía) del arte incorporado por jóvenes grafiteros, bailarines de Break dance, productores audiovisuales y musicales, Raperos, DJ, MC y fotógrafos de la Comuna 13. Institucionalmente CK inicia su trayectoria en 2013, posterior al homicidio de Héctor Pacheco “Kolacho” el 24 de agosto de 2009, quien lideró iniciativas artísticas de resistencia para la construcción un mundo mejor³⁰. Motivados por este hecho y la muerte de otros Raperos en la C-13, varios artistas fundaron la escuela de Hip-Hop Kolacho y produjeron canciones y rimas que resaltaron los atributos de la Comuna (Escobar et al., 2014, pp. 168-176 y Rojas de Francisco et al., 2017, p. 6).

Cuenta Jeison Castaño (Jeihhco) Gestor Cultural de la C-13, creador de Casa Kolacho:

[...] entonces lo que dijimos en 2013 fue ‘vámonos a hacer nuestro parche’, nuestro lugar, nuestro espacio, nuestro punto de encuentro, y creamos una vaina que ya habíamos soñado hace muchos años pero que no habíamos pensado como llevado a

²⁹ El nombre del grupo alude al Caza 15 (C15), un modelo de avión que llegó tarde a uno de los combates en la Segunda Guerra Mundial y por ello fue utilizado para transportar heridos, médicos, refugiados y ayudas humanitarias.

³⁰ Así es descrita la Corporación Casa Kolacho en <https://yellow.place/en/casa-de-hip-hop-kolacho-medell%C3%ADn-colombia>.

cabo, y fundamos “Casa Kolacho, el primer Centro Cultural de Hip Hop, yo creo que de Medellín, pero digamos en este caso de la Comuna 13, un lugar para vivir el Hip Hop, 100% sólo Hip Hop, y desde ahí es muy teso porque hemos creado muchas más cosas, sacado más canciones en este tiempo que antes, mucha gente que ha abierto nuestra red de acción no sólo a nivel de Medellín, sino también a nivel mundial, y eso nos lleva a unas cosas muy bacanas, como nosotros lo queremos vivir, hacer y sentir (Entrevista a Jehhico, 2015).

Entre 2002 y 2014, Jehhico ha participado de las resistencias de la C-13 desde movimiento Hip Hop como integrante del Grupo de Rap C15. Sumado a otros grupos Hip Hop y Rapsodas promovieron movilizaciones y denuncias de la violencia practicada por los grupos armados en la C-13. El campo social, artístico y cultural fue donde desarrolló todas sus prácticas de resistencia e iniciativas contra la violencia. La distinción adquirida como MC Rapero, proviene de su vinculación con los movimientos juveniles desde los años 90 y haber encontrado en el Hip Hop el lenguaje con el cual manifestar su sentir ante el contexto social vivido.

La trayectoria de esta experiencia ilustra la importancia del arte callejero para generar formas diversas de ver, hacer y sentir el mundo. Censura públicamente las prácticas armadas como forma de cuestionamiento a las estructuras dominantes, que finalmente reproducen el miedo, la sumisión, la subordinación y la rendición como formas de acatamiento a posibles órdenes alternos. Pero con mayor fuerza, impugna y denuncia el desprecio por la vida e irrespeto de los derechos humanos como práctica cotidiana de las fuerzas del Estado.

El líder y Rapero de Casa Kolacho y C15 manifiesta que sus líricas y canciones que narran el contexto histórico y las vivencias cotidianas son un instrumento de rechazo a la violencia:

[...] para decirle a la guerrilla que salió de acá, en ese instante, que su revolución nos vale huevo, que prostituyeron una palabra muy bonita y muy poderosa, pero para decirle al Estado (también) que su forma de intervención en una comunidad fue más atroz que lo que estaba pasando [...] (Entrevista a Jehhico, 2015).

Asociadas a las precarias condiciones materiales estructurales de existencia, las prácticas sociales del Hip Hop, desde sus orígenes, han sido consideradas como parte

del repertorio de resistencia de los sectores sociales más pobres de la población (Herbert, 2008, y Tijoux, 2012). En la C-13 de la ciudad de Medellín expresa condiciones históricas de existencia incorporadas por fragmentos de la juventud como estilos de vida en la calle, con los que construye identidades, reconocimientos y contesta a los desafíos de las prácticas violentas de los grupos armados y del Estado. “la historia principal del Hip Hop, es un proceso de resistencia, de reivindicación y de lanzar propuestas para mejorar las condiciones de vida de la gente; luego algunos artistas empiezan a ser conocidos, a generar movimientos sociales, a mover masas” (Entrevista a Jehhico, 2015).

Entre las diversas identidades narrativas juveniles, es menester reconocer la fuerza de atracción identitaria que cumple el Hip Hop en la C-13 con los cuatro elementos que lo constituyen: DJ, Grafiti, Breakdance y Rap. Cada uno de estos son expresados desde el sonido, la letra, la pintura y la danza. Estas cuatro expresiones estético-culturales del movimiento son utilizadas por el colectivo Casa Kolacho como estrategias de resistencia, es decir, son practicadas a partir de la incorporación de lógicas subalternas de subjetivación de la realidad que les permite trascender los límites de los juicios dominantes y configurar formas propias de resistencia. La improvisación, el repentismo, las composiciones, rimas y cadencias del Raperero (MC), el vigor, atrevimiento y riesgo del Bboy – Bgirl, la creatividad sonora del DJ y la grafía enérgica del Grafiti son el resultado de habitus críticos que, en escenarios callejeros, interrogan las condiciones históricas y materiales de existencia y constituyen prácticas sociales de resistencia a las violencias.

[...] yo siento que en el Hip Hop está el lenguaje, identidades estéticas que permiten a uno como joven reconocerse a sí mismo y ubicarse en el contexto de donde vive, el territorio, la Comuna. Uno lo que hace es buscar, investigar y mirar con que se identifica, que los demás distingan que eso soy yo, ese montón de mezclas [...] Con eso hablo, con eso me expreso (Entrevista a M, DJ de la 13, 2015).

La experiencia de CK está relacionada con el desarrollo de prácticas culturales juveniles estético-expresivas. Con ellas, jóvenes y colectivos juveniles manifiestan los modos como asumen, incorporan la realidad, sus estructuras y, generan habitus, representaciones, lenguajes, formas de subjetivación que los disponen hacia prácticas sociales de confrontación a las violencias del contexto social. Estos modos Hoppers de

resistir configuran maneras de participar en los espacios de disputa, campos sociales, donde los capitales son adquiridos con el atrevimiento, el vigor y el riesgo que exige la lucha por la afirmación de la existencia.

Las estrategias de CK incluyen en primer lugar la Escuela de Hip Hop: un programa de formación – socialización estética del arte urbano Hip Hop para niños, niñas y jóvenes a través de talleres, son puestos en escena los diversos elementos que componen este movimiento artístico – cultural. La historia, arraigo y origen del hip hop en los barrios pobres y su sentido como alternativa no violenta a la guerra, sirve para visitar la historia del barrio, las violencias sufridas, los movimientos y trayectorias de las iniciativas no violentas; el estilo, modo de vida, vestimentas, atuendos, gestos, ademanes, dialécticas y movimientos son compartidos mediante didácticas participativas articulados al contexto de la C-13 y la difusión de saberes y filosofías de la no violencia que anclen sus proyectos de vida a referentes axiológicos y horizontes de convivencia. El desarrollo de habilidades para la rima introduce a los niños, niñas y jóvenes a la práctica del Rap. Los diálogos con rima urbana –MC- incorporan lógicas críticas a los debates sobre violencia, paz, vida cotidiana y amores; sus gestualidades, posturas disponen el cuerpo a la afirmación de sí, el reconocimiento de sí mismo frente al otro y a elaborar versos con rimas y ritmos, alegatos y debates, cultivo de la palabra que se pone en escena en una especie de oralitura con movimientos, mímicas y actuaciones desafiantes. La práctica del Rap será el canal que denuncia las injusticias sufridas por los jóvenes de los barrios de la C-13. Este presenta un discurso no propiamente político, sino específicamente social, un modo de expresión casi exclusivo de los sectores sociales menos favorecidos, que contiene la historia de sus luchas contra la exclusión, el desplazamiento o la segregación. Por eso sus textos contienen elementos de la no violencia, mezclados con notas de la lucha por la convivencia, la tolerancia, la paz y la felicidad.

El Breakdance es un elemento con el cual Casa Kolacho tiene un papel muy activo en su comunidad. Son los movimientos atrevidos y riesgosos del cuerpo en el espacio que cuentan historias y luchas atravesadas por la desigualdad y la pobreza; osadías que asumen la estética de la agitación y desafían los límites impuestos por las tradiciones dominantes. En algunos Centros Educativos de la Comuna 13 se lleva a cabo una propuesta que consiste en intercambiar las clases comunes de Educación Física por

alguna de Breakdance durante la semana de manera gratuita en busca de incentivar desde las edades tempranas de la población las prácticas de resistencia y disfrute de los espacios culturales en busca de que su legado se agrande y aumente la expectativa de arrebatarle un niño a la guerra entregándoselo al arte (Conversación con El Chavo y JEHICO, Notas de cuaderno, 2015).

Por otra parte, también como arte, el Grafiti forma parte del Hip Hop, pero a veces parece darse por fuera del mismo, en razón de su fuerza pictórica. Comenzó por mostrar el arte que reivindicaba situaciones cotidianas, culturales y políticas pintadas en los muros con aerosol, rodillo o pincel, asociados al movimiento para luego impregnarse del entorno y dejar inscrita una marca particular. Es una técnica muy elaborada que precisa de habilidad, creatividad y preocupación por el detalle que obliga al control del espacio y de diversos métodos artísticos: el grabado, la pintura con bomba aerosol con o sin moldes, el uso del plumón. El grafiti se suma al mural realista de los años sesenta y setenta y participa con su impronta en los diversos dibujos de los muros poblacionales (Tijoux, 2009).

Considerado como un arte que provoca, tiene un carácter de resistencia que, aunque se opone al arte culto de todos modos ingresa al arte contemporáneo. El Grafiti es el otro elemento compartido en la escuela de Hip Hop. Las niñas, niños y adolescentes aprenden a representar sus historias, los sueños y motivaciones que buscan darle un lugar, realizarlos; desarrollan habilidades para, a través de la imagen y las grafías, de la selección y mezclas de músicas, tonalidades, ritmos, en correspondencia con el contexto y las situaciones, expresar, contar sus historias hechas cultura. La escuela como estrategia de socialización del hip hop contribuye a construir formas de subjetivación alternas, habitus de resistencia a los modos usuales de incorporación de las estructuras y la realidad, a poner en duda las formas de subjetivación dominantes y a desafiar los límites impuestos al cuerpo. El Grafiti, movimiento que garabatea en lo público, las paredes y las calles, subjetivaciones no permitidas, alternas; expresión de la libertad que vence el miedo a decir, pintar, escribir imágenes urbanas, historias locales. Son atrevimientos insumisos que tatúan la piel de la ciudad y convergen en prácticas de resistencia productos de habitus reflexivos sobre los contextos, realidades que definen oportunidades y posibilidades de hacer y existir desde las estéticas juveniles del arte urbano.

Una segunda estrategia para destacar es El Graffitour; recorrido estético, histórico y político por diversos lugares de la C-13 que, con base en memorias colectivas, narran la historicidad de los barrios, sus luchas, actores y significados. Relatos de apropiación y construcción de los espacios sociales y públicos, maneras de recuperación y participación del espacio perdido: escaleras eléctricas, espacios deportivos, bibliotecas comunales, mejoramiento de espacios educativos; modos estructurales de inclusión y, las formas de incorporación crítica de sus significados: murales y grafitis alusivos a los impactos generados por la intervención del Estado. Circuitos contados por artistas del Hip Hop de esta zona articulados a CK que argumentan memorias de historias sociales enfrentadas e intentan en cada crónica mejores comprensiones de las desigualdades y sus violencias en sus territorios, sus luchas por la inclusión y las transformaciones logradas por la agencia de las organizaciones territoriales. Esta iniciativa liderada por el colectivo Casa Kolacho es demandada por diversos grupos sociales de la ciudad que quieren conocer, aprehender las experiencias de recuperación, reconstrucción, resiliencia. Una de las tantas formas de hacer público los conocimientos y saberes colectivos producidos con estas prácticas sociales, pero a su vez, otra manera de participar en el campo social y posicionarse; adquirir bienes que proveen reconocimiento.

La tercera estrategia relevante es el comercio de piezas, atuendos, ropa, gorras, música a través de la Tienda Kolacho, un espacio que pone a circular mercancía, cosas representativas de los estilos de vida Hip Hop. Objetos indicativos de auto representación y reconocimiento de identidades culturales juveniles originadas en las barriadas, suburbios pobres de algunas ciudades de América. Representaciones y reconocimientos construidos con base en habitus críticos que cuestionan las formas excluyentes y sus naturalizaciones en los territorios. Otros modos de incorporar las condiciones históricas, materiales y estructurales que estimulan subjetividades de la diferencia y generan disposiciones de agencia y prácticas sociales de resistencia a las desigualdades y sus violencias. Signos propios que expresan agentes dispuestos a construir relaciones e identidades no violentas.

La cuarta estrategia de CK es la creación de espacios de encuentro Hip Hop: los viernes en concierto. Espacio pensado para que los grupos y pares practicantes de la cultura Hip Hop de la ciudad compartan en el barrio San Javier sus creaciones, logros,

avances; realicen sus batallas y coreografías Breakdance, debatan con sus rimas y Rapeos, sus creaciones musicales sus comprensiones de la realidad, sus sentimientos e historias de amor e idilios. Estos espacios de encuentro fortalecen vínculos, identidades juveniles, reconocimientos. Son espacios que distribuyen capitales, socializan acumulados y experiencias. Las historias son compartidas, reconocidas, aceptadas, pero también sus técnicas narrativas, los movimientos, las disposiciones corporales, las canciones, letras, objetos.

Esta experiencia de resistencia recoge manifestaciones del movimiento Hip Hop en la Comuna 13 y la ciudad. Es el producto de una trayectoria colectiva desarrollada por diversos grupos de jóvenes que practican el arte urbano, el arte de la calle; a través de las estéticas artísticas juveniles despliegan prácticas sociales de resistencia contra la violencia que generan participación ciudadana y movilización social. Desde la invitación poética y profunda del Rapsoda Métrico MC en los 90' con su crítica social al “hombre que habita la tierra y no a la tierra misma”, hasta los aportes de Alkorikos, Eskalones y otros (Zolle, 2017).

En la C-13 el movimiento Hip Hop impacta al punto de converger con formas culturales diversas de resistencia juvenil que desnudan la violencia contra la juventud, la población civil y las comunidades; denuncia las fronteras invisibles, los linderos de la guerra, las limitaciones a la movilidad establecidas por el enfrentamiento entre bandas y grupos armados, al tránsito libre de los jóvenes y población civil por los barrios de la C-13. Así, la Red Elite Hip Hop, que articula los creativos Hip Hopper de la zona centro occidental de Medellín desde principios de 2002 -17 grupos- (Gallego, 2016, p. 76) inicia su Revolución sin Muertos, conciertos contra la violencia en la Comuna y modos otros de subjetividad y agenciamiento de las resistencias.

Posterior a las operaciones militares Antorcha y Mariscal desarrolladas en la C-13 y un mes antes de la Operación Orión , la Red Élite Hip Hop realiza su Operación Hip Hop: el primer concierto contra la violencia desplegada por los grupos armados legales e ilegales en la Comuna; con la consigna “En la 13 la violencia no nos vence” asumieron como agencia de las resistencias juveniles y le notificaron a los grupos violentos que no admitían más violencia, la visibilizaron y la denunciaron; sus rimas, sus grafitis, sus mezclas y desafiantes movimientos del cuerpo fueron las defensas de la

resistencia cultural que movilizó a las organizaciones y población civil contra la guerra y por la vida.

...ese concierto se había llamado, ‘operación Élite Hip Hop’ fue 23 días antes de Orión, el 21 de septiembre de 2002, lo hicimos en San Javier; era el rechazo de que hacía cuatro meses había pasado la operación Mariscal y el slogan era ‘en la trece la violencia no nos vence’ proponiendo unas operaciones distintivas; leímos un manifiesto que habíamos entregado al Alcalde Luis Pérez, a sus funcionarios y pues no fuimos escuchados obviamente, pasó la operación Orión (Entrevista a Jehico, 2015).

Inmediatamente sucedida la Operación Orión, la Comuna 13 queda inmersa en un estado de conmoción que no atina a entender lo que sobreviene después de Orión. Líderes, lideresas sociales y defensores de derechos humanos son perseguidos, eliminados, desaparecidos o desplazados. La mayoría de las organizaciones fueron silenciadas y los procesos sociales debilitados. Jehico lo narra así:

[...] Posterior a Orión fue el año más duro, o sea lo duro fue Orión pero lo posterior fue más duro, ese año siguiente, ese 2003 fue espantosamente nefasto para los procesos sociales de la 13 porque hubo un silencio absoluto, porque aniquilaron a mucha gente, muchos líderes fueron asesinados, otros fueron desplazados, entonces hubo un silencio de todos nosotros, un silencio que afortunadamente solo fue externo y con la fortuna de que internamente seguimos formándonos [...] (Entrevista a Jehico, 2015).

Fue un hecho totalmente común en los procesos de resistencia social contra la violencia post Orión, que las organizaciones sociales encontraran un miedo y un reto al poder. El miedo imposibilitó la capacidad de resistir directamente al sometimiento pretendido por los grupos armados. No obstante, el descontento popular, una representación colectiva crítica, fue el soporte de estas prácticas culturales de resistencia y constituyó uno de los principales motivos de lucha que impulso el giro en las dinámicas de resistencia. No se trataba de aguantar, sino de generar variaciones en el espacio social. Ese cambio, fue auspiciado por ellos mismos y una vez pudieron hacer visibles de nuevo sus expresiones artísticas no dudaron en ponerse en acción:

[...] en 2004 nos vamos a volver a hacer esa operación (operación Elite Hip Hop) nuestra y decimos: ey! planeemos cosas diferentes; ... en esa discusión había una

telenovela en ese momento que no recuerdo cómo se llama, yo sé que la imagen era una moneda de dos caras y la protagonista era Carolina Sabino, y esta nena hacía parte de un movimiento universitario ... en donde su protesta la llamaban revolución sin muertos; eran unos protestantes pacíficos y a mí ese nombre se me quedó; yo me vi como tres capítulos y yo ¡que chimba esa vieja Parce!; ¡que chimba esa gente que está ahí!; saliendo a la calle pero no tiran piedra, hacen cosas artísticas y tal y se parchan y sacan manifiestos y lo leen; sacan su panfleto y lo reproducen, se lo entregan a los tombos, le daban flores a los tombos, una vaina muy chimba, muy poética, muy estética también; yo dije: noo! ésta es nuestra revolución, y entonces yo llegué a una reunión de los parceros y les dije: Parce sabe que! vamos a hacer un concierto que se va a llamar revolución sin muertos, es lo mismo que habíamos planteado en 2002. Ahí nace el parche de decir que vamos a hacer el concierto, juntamos un montón de organizaciones comunitarias, sociales, ONG [...] (Entrevista a Jehico, 2015).

Así, la Red Elite Hip Hop realiza en ese año el concierto “Revolución sin muertos” donde invita a luchar contra la guerra y la violencia, pero a su vez a hacer uso de la no violencia como práctica de transformación social y lucha contra la injusticia. Este festival es realizado desde 2004 hasta el presente. En esa ocasión el certamen fue acompañado por eventos académicos, muestras fotográficas, talleres artísticos y de la memoria; tomó la forma de una jornada por la paz, la memoria y la no violencia en la Comuna 13 y terminó con un espectáculo de Hip Hop. Desde ese año nace: Revolución sin Muertos. Un evento que sintetiza el que hacer y filosofía de los hip Hopper de la C-13 (De la urbe, 2011).

En la trayectoria de la Red Élite Hip Hop como expresión de las prácticas de resistencia juvenil, los grupos asociados han perdido vidas de Rapsodas líderes de agrupaciones y del movimiento hiphopper de la C-13, asesinados por los grupos armados combos y paramilitares. Entre las muertes más destacadas están las de Héctor Enrique Pacheco –Kolacho- del grupo C15 en el 2009, Andrés Felipe Medina de “Son Batá” y Marcelo Pimienta, Chelo de Esk-lones, en el 2010; David Fernando Romero, El Gordo del grupo Esk-lones, Daniel Alejandro Sierra Montoya, Yhiel, integrante del grupo Ruta Difusa en el 2011 y Elider Varela, El Duque, del grupo la Elite y Roberth Steven Barrera, Garra, de integrante del grupo Alto Rango y miembro de la escuela de Hip Hop Kolacho en el 2012 (Caracol Radio, noticias 15/11/2012).

Sin embargo, el festival Revolución sin Muertos no perdió su periodicidad; cada vez que es realizado artistas Hip Hop nacionales y de otros países, con amplio reconocimiento, participan de este evento de resistencias culturales. Es de resaltar igualmente como han logrado constituir una infraestructura tecnológica, plataformas informáticas, tornamesas digitales, tecnologías de video y salas de grabación; además de redes de conectividad e intercambio de experiencias que les permite desplazarse en el país y el exterior asistiendo a eventos y cumpliendo con compromisos artísticos. Las prácticas sociales de resistencia de CK y el movimiento Hip Hop de la C-13 logran insertarse en circuito de intercambios que trasciende las fronteras de la C-13.

5.2. Recopilación de la experiencia y conclusiones

Las prácticas sociales de resistencia que exhibe Casa Kolacho, expresan tanto las habilidades hopper adquiridas en contextos de intensas violencias, como los habitus que disponen sus cuerpos. En la relación de sus prácticas con el campo social de la cultura, no opera una correspondencia entre las estructuras cognitivas ofrecidas por el contexto social colectivo de la C-13 y las estructuras incorporadas, inscriptas en el cuerpo. Este desajuste entre las disposiciones, esquemas prácticos y la historia del relacionamiento colectivo permite comprender los movimientos del Hip Hop en la Comuna como práctica social de resistencia. Sus voces, rimas, ritmos, movimientos agitados y riesgosos, el volumen de sus pinturas donde confluyen letras y formas de colores vivos que ocupan espacios en los muros de terrenos baldíos, estaciones de trenes, puentes, no son una elección racional, son posibilidades de construir maneras de existir y actuar en el mundo, expresar sentimientos, lograr satisfacción psíquica y emocional, hasta ligar su deseo de “salir adelante” con el de visibilizarse en “la expresión de su verdad”.

El Hip Hop confronta el mundo establecido a través de los discursos hegemónicos propios de las instituciones tradicionales, la comunicación masiva y las industrias culturales; frente a esos discursos aparecen las narrativas musicales juveniles que promueven relatos alternativos. Allí vemos resistencias vinculadas a los postulados de No-violencia, de Resistencia Civil, de Objeción de Conciencia y de autogestión. El hopper hace de su discurso una propuesta poética, con su vivencia como inspiración, allí “emerge un sujeto portador de un discurso capaz de proveer de sentido las tensiones que

atraviesa su subjetividad, su vida cotidiana y su lugar en el universo social” (Perea, 1999, p. 98).

En la Comuna 13, quizás uno de los elementos más representativos de su actividad cultural, recupera y socializa memorias. Uno de los sentidos del proyecto creado por el colectivo de artistas Casa Kolacho, llamado Graffitour, un recorrido liderado por Daniel Felipe conocido como el “Perro” quien después de pertenecer durante muchos años a grupos delincuenciales en territorio antioqueño se une a Casa Kolacho e implementa una ruta que en sus inicios le hacía venir a la memoria, también es un homenaje a los Raperos de la Comuna 13 que fueron asesinados por sus pensamientos divergentes: Kolacho, Andrés Medina, El gordo, Gyel y Chelo. El Graffitour es, tal cual como lo indica el diario de campo realizado el día 31 de junio de 2016, un recorrido vívido de experiencias, donde el guía, integrante de Casa Kolacho y habitante de la Comuna 13 presenta su representación como sujeto subjetivado del proceso de violencia denominado Operación Orión por medio de grafitis.

CAPÍTULO V

Conclusiones

1. Conclusiones generales

Las resistencias son espacios de libertad, en los cuales las organizaciones sociales despliegan su capacidad creativa para la realización de sus modos de vida y existencia con dignidad y autonomía.

El objetivo de la presente investigación fue contestar la pregunta ¿Cómo se constituyen las prácticas sociales de resistencia contra la violencia en la C-13 de la ciudad de Medellín? Si bien es cierto que el lugar de constitución de las resistencias es la lucha social, el conflicto, la tensión permanente que existe entre orden social y emancipación. Los antecedentes investigativos mostraron diversos modos de abordaje del problema de las resistencias, todos ellos importantes y acertados; algunos privilegiaron el estudio de las acciones sociales, las protestas, la historicidad de la acción social, los actores o movimientos sociales, los cambios presentados por los movimientos contestatarios. Sin embargo, las formas, modos, lógicas, los sentidos de configuración de las resistencias concentraron la atención de este ejercicio investigativo. ¿Cuáles son sus fundamentos, cuáles sus sentidos, qué significados tienen las resistencias en el espacio social? Este eje de reflexión ubicó el problema en el ámbito de

la comprensión de la resistencia como práctica social, para entender los giros creativos que desalientan la práctica violenta del orden social fue el horizonte valorativo del presente trabajo, para lo cual estuvo concentrado en tres experiencias de resistencia en la C-13 de la ciudad de Medellín durante el periodo 2004-2014. Las respuestas a la pregunta principal y sus derivadas están soportadas en la perspectiva de discernimiento constructivista enunciada por Pierre Bourdieu y usan la plataforma teórica aportada por él para la comprensión de la acción social.

El complejo relacional compuesto por las tres experiencias de resistencia, AMI, Casa Kolacho, y Sal y Luz es desarrollado en el espacio social de la C-13 en diálogo con el contexto colombiano y local de la ciudad de Medellín. Está soportado en un bosquejo de análisis que relacionó las trayectorias de las tres organizaciones con los capitales, posiciones e intereses de las mismas; para así comprender las prácticas sociales de resistencia desarrolladas por ellas, a partir de analizar los habitus, lógicas críticas y disposiciones para la acción en el campo social.

Los estudios sobre las dinámicas sociales en la C-13 de San Javier de la ciudad de Medellín reviste gran importancia por todos sus aportes con relación a la construcción de la paz, la convivencia, el restablecimiento y reparación de los derechos, pero y sobre todo, porque frente a la barbarie de la violencia respondió con la contundencia de la organización y su historicidad; el aliento de la memoria que significó asumir las trayectorias aportadas por quienes participaron en la construcción del espacio social; el recurrir al desarrollo como espacio de convocatoria y convergencia de las prácticas de resistencia, culturales, sociales y políticas contra la violencia; el despliegue de capacidades creativas acumuladas en la trayectoria de resistencia a múltiples formas de la violencia socio política; es decir, la C-13 no sólo llama la atención por la escenificación violenta de la intervención militar del Estado y fuerzas ilegales aliadas para la conservación del orden social en áreas urbanas; es destacada por la proliferación de prácticas sociales de resistencia a dicha forma de control, conservación y construcción del orden social.

Acciones y representaciones sociales colectivas cuyo sentido es la construcción de espacios sociales, colectivos y públicos que deslegitiman las prácticas violentas del orden social; territorios donde las relaciones que los producen tengan trámites que deshabiliten el uso de la fuerza como forma de relacionamiento. La disputa por la

conservación y reproducción del dominio del orden social es el campo social donde prácticas violentas de conservación, dominio y relacionamiento social en el espacio son enfrentadas por prácticas sociales no violentas de construcción del espacio social. Pero también es el lugar donde ocurre el desajuste entre la realidad estructural, orden, reglas, instituciones, alianzas, legalidades e ilegalidades y la realidad subjetivada, el habitus disidente, lógica crítica, sentido subalterno de la práctica social de la resistencia, que, finalmente, está construyendo formas democráticas de relacionamiento y ampliando espacios de participación y decisión redundantes en modos dignos de vivir y existir con autonomía.

Así, una inicial comprensión de las prácticas de resistencia nos indicó que son constituidas en la construcción de los espacios sociales y públicos, Acciones compartidas dirigidas a cimentar encuentros, fomentar relaciones, uso y apropiación del espacio social, habitus deliberativos de valoración de las situaciones que viven, sentidos prácticos cooperativos; rutinas sociales de apoyo, amparo y cuidado; tradiciones culturales que narran, cuentan la historia; trascendencia de lo doméstico y colectivo a lo público con acciones de gestión del territorio; manifestaciones públicas y movilización de los recursos y capitales colectivos, para la defensa y sostenibilidad del espacio social; disputa por la inclusión en el espacio urbano y por políticas que definan las relaciones entre la institucionalidad y la comunidades barriales de la C-13 a partir del desarrollo y la convivencia.

1.1. Trayectorias de las subjetividades en resistencia

Una corta línea de tiempo trazó la trayectoria de las principales luchas que visibilizaron las prácticas de resistencia, y facilitó, subrayar las características significativas que se han presentado en los últimos 60 años. Todo ello para observar los recorridos que fundamentan acciones, prácticas, sentidos, significaciones, presencias, ausencias, y emergencias en el desarrollo de las resistencias en la C-13 de la ciudad de Medellín. Estos tránsitos se transmiten a través de la experiencia saberes, prácticas y lógicas de las resistencias; aprendizajes del camino donde la experiencia propia adquiere los saberes, tradiciones colectivas heredadas, en donde las resistencias adquieren forma propia. Este Conocimiento propio constituye el capital y configura la posición a las organizaciones en el campo de lucha, donde son producidos y valorados.

El examen de la trayectoria de las prácticas sociales de resistencia mostró que en un primer momento fueron asociadas a proyectos sociales de cambio estructural de las mismas. Esta tendencia inicial fue cristalizada en partidos políticos, movimientos políticos, frentes políticos; en insurgencias sociales que dieron trámite público político a las luchas por el reconocimiento y el acceso a derechos, prestaciones sociales, bienestar y participación de la gestión política del Estado, pero en su agenda no fue central el dominio del poder. Los espacios privilegiados para su acción oscilaron entre la legalidad y la ilegalidad; de otro lado se dieron insurgencias armadas que ante procesos violentos de exclusión social y política emprendieron confrontaciones armadas violentas contra las fuerzas del Estado, y el tomarse el poder del Estado por asalto fue su motivación central.

Es apreciable que mientras los grupos de insurgencia armada están trenzados en la disputa por el dominio de la acción social: hacer, pensar y decir a través de la fuerza, las prácticas de resistencia social están concentradas en otros sentidos de la práctica social; otras acciones, otras espacialidades, otras temporalidades que produzcan cambios, alteraciones en las relaciones sociales, para construir otras formas de realización de la existencia. Así, las insurgencias armadas entran en la dinámica de la producción y reproducción violenta del orden social; mientras las prácticas sociales de resistencia cuestionan y deslegitiman la práctica de la violencia como forma de conservación, medio de defensa o producción del orden social; las razones de la violencia son interrogadas por las resistencias. Sin embargo, las insurgencias armadas justifican el uso de la violencia. Aquellas trazan recorridos distintos desde la acción que controvierte la reproducción violenta, el secuestro, la desaparición forzada, el asesinato y la criminalización de la protesta popular, la violación a los derechos humanos, y reivindica el acceso a derechos de bienestar hasta las prácticas sociales que reivindican los modos, estilos de vida, formas diversas de relaciones y existencia.

En la trayectoria examinada, el proceso de formación de subjetividades en resistencia reveló algunos debates sobre las prácticas de la resistencia social. La crisis de la acción violenta vivida por las insurgencias armadas es incapaz de una definición de las relaciones de poder. El incremento de la criminalización de la movilización popular con la irrupción de otro ciclo de la acción violenta paraestatal en defensa y conservación del orden social introdujo cambios estructurales en la práctica social de la

resistencia; ya no trató solo del desarrollo de acciones no violentas, no armadas, sino del rechazo abierto y público de toda forma de acción violenta. Seguido del posicionamiento de problemas vitales en el debate político que impactaron en la comunidad nacional e internacional: paz, negociación política, Derecho Internacional Humanitario, derechos humanos, víctimas, reparación y restablecimiento de los derechos, justicia con desarrollo y verdad, como nuevos repertorios de acción y movilización de recursos o capital social. A la acción cívica y la protesta popular agrega prácticas organizativas vinculadas al territorio que reivindican autonomía e independencia de las organizaciones populares con relación a partidos, alianzas partidistas o proyectos armados; las prácticas juveniles de las artes estético-expresivas en sus manifestaciones urbanas son vinculadas a las resistencias, y las prácticas sociales usan significaciones aprendidas en la trayectoria de constitución de sus subjetividades.

Además, es de subrayar que cada ciclo de violencia fue acompañado de grandes despliegues de resistencia social; así lo develan los estudios que destacan la acción colectiva, la protesta social y la movilización popular. Grandes movilizaciones campesinas, huelgas obreras, paros cívicos y movilización estudiantil siguieron a la represión expuesta por los regímenes autoritarios, militaristas y excluyentes de los años 60 y 70 del siglo pasado (Archila, 1997 y Fals, 2008). Hacia los 90 las resistencias construyen sus propios modos de contar, narrar, hacer y pensar la práctica de la resistencia. El discurso de los derechos humanos sirvió de plataforma para contarle al mundo y a la población civil de la situación de violencia y de las luchas, de las rutas pacífica, de las comunidades de paz, de las mujeres, jóvenes, comunidades urbanas que alzaron sus voces contra la defensa, conservación y reproducción violenta del orden social.

En las primeras dos décadas del 2000, periodo en el cual son realizados tres procesos de negociación de paz en Colombia, la investigación muestra que las prácticas de resistencia contra la violencia encuentran en la memoria y la lucha por la verdad un espacio de disputa y un nuevo escenario de acción. Es la lucha de las representaciones y modos de subjetivación e incorporación de las formas violentas de construcción de la realidad y el orden social dominante. La lucha por la memoria y la verdad social, colectiva, de comunidades, grupos, organizaciones, líderes y lideresas sociales descubren habitus críticos, disidentes; modos distintos de asumir la realidad violenta, de

narrarla y acentuarla; prácticas diversas de intervenir y construir la comunidad, el grupo, la organización; de definir y defender los espacios, el territorio. La realidad hecha historia, relatada por los actores y sus acciones, por los territorios y los cuerpos; con músicas, cantos, ritmos y compases que expresan latidos y sentires desde abajo; grafías en muros que increpan los violentos; danzas que trascienden los límites del cuerpo; significados subalternos que, ante la historia de la muerte necesaria o justificada, irrumpe con la memoria heredada y viviente que testimonia la vida.

Pero, además, y con gran importancia, esta trayectoria de las subjetividades en resistencia, premisa de otros sentidos prácticos, presenta luchas, debates, disputas por legitimidades. No sólo es la lucha contra el orden social dominante lo que define sus prácticas, es también la controversia con prácticas autoritarias de resistencia que pretenden hegemonizar el campo social y desconocen autonomías, la gestión del territorio, las identidades y reivindicaciones específicas de sectores de la comunidad o la población. Múltiples prácticas de resistencia aparecen en la trayectoria reseñada; unas armadas, otras no violentas, civiles, de género, juveniles artísticas; expresiones diversas de ver, hacer, pensar, sentir, decir; recorridos de representaciones de la realidad cuya incorporación histórica está mediada por estos modos de subjetivación de la realidad. Lo anterior como experiencia directa de los agentes, pero también de la experiencia heredada, transmitida e historizada por las tramas sociales; actualizaciones del pasado en la experiencia presente que configuran identidades en la lucha por la construcción de otras formas de relación social que despliegan capacidades de realización en la diferencia.

El proceso de constitución de las prácticas de resistencia permitió observar giros importantes a saber: Son relevantes las luchas a partir de la identidad de grupo social o cultural; resistencias afirmativas en la condición social convergentes con demanda de dignidad, reconocimiento y respeto, además de la exigibilidad de derechos políticos, sociales, colectivos y del medio ambiente. Los escenarios privilegiados son los territoriales y locales, aunque, en ocasiones convergen en la escala nacional. Son observables innovaciones en los procesos de resistencia que involucran prácticas culturales estético-expresivas, con su presencia directa en la movilización del capital social; también las formas de convocatorias, exigencias y debates a través de las redes sociales en el presente; importantes despliegues de prácticas comunicativas alternativas

circulan por las plataformas en internet, produciendo información directa de las comunidades y sus luchas. La narración constante de la memoria que los hace parte de la construcción de la realidad y de reflexiones importantes afirmativas de las subjetividades críticas.

Como gran corolario de esta trayectoria de formación de los habitus disidentes es observable un viraje trascendente en la espacialidad y temporalidad de las prácticas sociales de resistencia. La lucha por la defensa y promoción de los derechos humanos entra en las agendas sociales, políticas y públicas; la paz y la lucha por la dignidad ingresa con fuerza en toda la dinámica social y configura un gran movimiento y demanda social que cruza la diversidad de subjetividades subalternas. Desde los movimientos feministas, indígenas, afrocolombianos, culturales, juveniles, ambientalistas, cívicos, territoriales y barriales hasta sus expresiones en los movimientos artísticos estético expresivo urbanos y la literatura. La paz, la defensa de los derechos humanos y la promoción de la acción no violenta son temas obligados para trazar estrategias y desarrollar acciones que deslegitiman las políticas y prácticas de guerra y violencia ejecutadas por quienes luchan por la conservación del orden social vigente. Importantes redes, alianzas, plataformas nacionales e internacionales son activadas para la acción pública de resistencia contra la violencia. Cierra esta trayectoria la emergencia de las víctimas como movimiento social que lucha por el reconocimiento de su condición de víctima, restablecimiento y reparación de sus derechos vulnerados, lucha por la verdad y la justicia; emergen los primeros bosquejos de las prácticas de resistencia en periodos de transición.

En este aspecto es posible concluir que el complejo de percepciones, experiencias, prácticas, actividades o estrategias conectoras de la trayectoria histórica de luchas sociales con el sentido transformador de los agentes sociales en la construcción de la realidad hace parte de la constitución de las prácticas sociales de resistencia contra la violencia.

El itinerario de resistencia que presenta el espacio social colombiano permitió comprender el proceso de formación de las subjetividades en resistencia en el país. Dibujó los recorridos y surcos trazados por las experiencias pasadas, lejanas e inmediatas; recordó acciones y repertorios y subrayó algunas experiencias del presente, para centrarse posteriormente en las experiencias de las organizaciones AMI, Sal y Luz,

y Casa Kolacho de la C-13. Este primer movimiento en la investigación hizo visible el contexto sociopolítico de formación de representaciones, conocimientos prácticos y sentidos de estas experiencias situadas; pero, además, mostró que las prácticas sociales de resistencia producida en unas circunstancias específicas iluminan prácticas actuales a modo de saberes o lógicas prácticas heredadas.

1.2. Prácticas de resistencia el habitus de la disidencia

El proceso de construcción de la noción de prácticas de resistencia hizo comprender que las prácticas sociales, sus sentidos y significaciones están relacionadas con la elaboración del conocimiento práctico y las experiencias individuales y colectivas. Es el hacer común, que interroga decisiones arbitrarias que constriñen la disposición del agente a la acción; de la historicidad de las resistencias que involucran los sentires, representaciones y acciones de transformación del espacio social.

La práctica social es la intervención del agente en la realidad a partir de procesos de comprensión e incorporación de nuevos sentidos comunes que sobrepasan las fronteras establecidas por las prácticas dominantes; manifiestan el proceso de subjetivación del agente social contenido en los relatos y narraciones que construyen la memoria colectiva, la fiesta, y en los lugares que construyen para realizar su vivir bien, en libertad y sin limitaciones. Es un proceso lleno de intensidades, acciones, silencios, pánicos, pero también de alegrías y de festividades. Es un itinerario complejo lleno de recodos, virajes, avances, retrocesos, viajes y retornos de vueltas y revueltas que significan la práctica de la resistencia.

Las resistencias son representaciones críticas de la realidad, generadoras de prácticas sociales que deslegitiman toda forma de sumisión. Sus respuestas -producidas por la incorporación crítica de lo social- son lógicas prácticas que en algunos momentos integran estrategias sociales, pero que en la cotidianidad hacen parte del sentido práctico. En términos de Bourdieu:

las resistencias, como práctica social, son un desajuste en los procesos de reproducción social (histéresis), porque presenta un desacomodo en la subjetivación de la realidad incorporada y cuestiona su reproducción. Las prácticas de resistencia interpelan, justamente, las formas imperativas de vida y ponen en crisis la naturalización de los modos violentos dominantes de construcción social. Sucede una ruptura de la adhesión de las clases subalternos respecto de las finalidades de las clases dominantes,

lo que hace posible la constitución de la resistencia como práctica social (Bourdieu, 1998, p.165).

2. Conclusiones Específicas

La mirada directa a las prácticas de resistencia en la C-13 permitió concluir que en el periodo de análisis 2004 – 2014, cinco estrategias fueron vitales: la recuperación de la memoria colectiva, visibilizar los hechos que sometieron sus cuerpos y conciencias; hacer presente y homenajear sus víctimas, exigir reconocimiento, respeto, restablecimiento de los derechos de las víctimas, justicia, verdad, reparación, garantías de no repetición; y la gestión del desarrollo y el territorio. Estrategias que las prácticas de resistencia han realizado para disputar el control del espacio social a los grupos armados ilegales y limitar los abusos de la fuerza pública.

A su vez, diversas actividades enriquecieron la experiencia de las organizaciones sociales en la C-13 e igualmente tomaron nota de los capitales sociales, culturales y simbólicos que habían acumulado y desplegaron en esta gesta. Desde asambleas comunitarias, marchas, conmemoraciones, manifestaciones y denuncia pública hasta festivales, comparsas, iniciativas deportivas, expresiones artísticas (como baile, teatro, danza, fotografía, pintura, etc.); convocatorias a la solidaridad comunitaria que tejieron y fortalecieron relaciones de apoyo en la Comuna y con otras comunas de la ciudad; Repertorios de acción y reconocimientos sociales que liberan la capacidad creativa del sentido práctico de las resistencias no violentas. Así, los barrios, sus calles y los cuerpos son grafías que describen el territorio de la resistencia, memoria colectiva, saberes solidarios, prácticas comunes y decires públicos.

Estas prácticas concretas desarrolladas por los agentes en el contexto de violencia desarrollado en la C-13 definieron la relación de resistencia como modo de comprensión e intervención de la realidad social de las organizaciones que admitieron visibilizar sus experiencias. Vínculos de género con el territorio; lucha por el reconocimiento, promoción y defensa de la dignidad la Asociación de Mujeres de las Independencias-AMI, integrante de la Ruta Pacífica de las Mujeres, se asume defensora de los derechos humanos. Lazos sociales, luchas por la inclusión, la participación y el desarrollo, fueron tejidos desde las capacidades de realización; Sal y Luz organización de promoción social distinguida por sus actividades de cooperación y solidaridad.

Relaciones significativas del espacio social; enunciados, relatos, movimientos, usos, grafías, recorridos hechos por los agentes que surcan y definen el territorio; Casa Kolacho identificado por sus experiencias-estético expresivas de carácter urbano a partir del Hip-Hop: el Rap, Breakdance, MC, DJ y el Graffiti. Estas organizaciones señalaron este acercamiento a sus prácticas de resistencia contra la violencia en la C-13. Mostraron la polisemia de la noción, la sinuosidad de sus recorridos y las capacidades diversas de realización, afirmación y autonomía. Sus convergencias en la acción anunciaron la integración, en la diferencia, del sentido de sus prácticas; pero la intensidad diversa de sus representaciones afirmó sus autonomías. Sin embargo, sus experiencias dieron testimonio de los esfuerzos por la construcción solidaria del espacio social y la deslegitimación de la construcción violenta del orden social.

La riqueza de las trayectorias resistentes acumuladas por la red de organizaciones de la C-13 mostró el caudal de capitales, reconocimientos, comportamientos estratégicos, saberes y conocimientos colectivos que permitieron actuar solidariamente frente a las acciones violentas de los grupos armados ilegales y la fuerza pública y superar el miedo colectivo. Por esto, frente a estrategias de barbarie paralizante fueron desplegadas prácticas de resistencia heredadas, aprendidas, construidas. Iniciativas comunitarias, expresiones políticas, procesos identitarios, convocatorias de solidaridad, confrontación de poderes autoritarios y consolidación de prácticas alternativas en la zona Centro Occidental de la ciudad de Medellín. Sus comunidades dan testimonio de la transformación de guerra y violencia del territorio e ilustran cómo la diversidad étnica y cultural no solo es su principal riqueza demográfica, sino también, la promotora de profundos cambios estético-expresivos que llevan como nombres el Carnaval de la 13, Revolución sin Muertos, el Festival del Porro.

Definitivamente es menester reconocer que el habitus es una categoría que facilita el reconocimiento de las prácticas de resistencia; pues hace referencia al conjunto de aprendizajes incorporados en los procesos de subjetivación que asocian estructuras características de una realidad material cuyas condiciones de existencia y comportamientos sociales naturalizan la memoria colectiva.

2.1. Otras miradas, otros lugares. El reconocimiento de los agentes resistentes

La resistencia contra la violencia en la ciudad de Medellín ha sido objeto de múltiples análisis. En este campo es posible concluir que la gran mayoría de sus estudios están concentrados en la acción social colectiva, y componen quizás en el mundo académico de la ciudad una tradición interpretativa. Desde aquel lugar de convergencia, son recreadas las resistencias en relación con las teorías del poder, la dominación y la hegemonía; denotan sus rasgos más característicos como experiencias localizadas, resaltan las reivindicaciones que las motivan y las proyecciones que presentan desde las identidades y territorios (Alzate Zuluaga 2010, p. 69 y 2012, p. 113). También, desde la condición de víctima es derivado el carácter resistente de la acción colectiva desligada de los grupos armados y es destacado el perfil político, civil y democrático de los repertorios de acción (Nieto López, 2010).

Como acción colectiva dirigida a la construcción de paz, la protesta, la resistencia social y la movilización popular es subrayada en los procesos comunitarios territoriales como acción de la población no vinculada al conflicto armado. Resalta la autonomía de las organizaciones sociales y su desapego de los grupos y acciones armadas colocando en discusión las legitimidades y lealtades de los grupos armados (Angarita y Jiménez, 2010).

El proceso de securitización de la conflictividad social en Colombia y en otros países de América Latina introduce un viraje importante en los estudios sobre las resistencias sociales. Propone otras lecturas de la inseguridad a partir del análisis de las resistencias subalternas y la historia desde abajo (Angarita Cañas y Heidy Gómez, 2012). Acentúa la resistencia de los sectores populares como respuestas a las condiciones de inseguridad; en las dinámicas comunitarias, iniciativas, visiones y percepciones de la inseguridad observa posibilidades de crítica al orden social dominante y modos de construcción de otras alternativas.

Visto lo anterior es posible concluir que las resistencias son analizadas como acciones colectivas del agente en respuesta a las condiciones hostiles y las alternativas que construyen frente a situaciones adversas. Debido a esto, las experiencias de Sal y Luz, AMI y Casa Kolacho se abordan desde procesos de constitución del sujeto que las incorpora como parte de su subjetividad y de intervención de realidad. Su desconocimiento haría parte de la pérdida de la memoria colectiva y de capitales

adquiridos en sus trayectorias a partir de la subjetivación de las experiencias por tratarse de acontecimientos que naturalizan comportamientos de lucha y resignificación de los lazos comunitarios dentro del territorio.

2.2. AMI: feminidades en resistencia

La comprensión de las prácticas sociales de la Asociación de Mujeres de las Independencias –AMI- estuvo mediada por el reconocimiento de modos de relacionamiento, movilización de recursos y repertorios de acción fundados en experiencias que dispone capacidades de realización organizadas en capitales como la afectividad (ternura, cariño, acompañamiento, compromiso, sacrificio), seguridad (firmeza y conciencia de la identidad), comprensión (ubicación y conciencia de la posición en el campo), comunicación (contar, narrar, dar voz a quien no la tiene) y protección resguardo y cuidado del otro que desde el ser mujer despliega como prácticas de resistencia contra la violencia.

En la experiencia de AMI fue posible observar que la constitución de las prácticas de resistencia a la violencia significó trascender los límites del habitus dominante que reproduce el orden social fundado en la violencia, patriarcado, maltrato físico y emocional, violencia de género, guerra y pobreza; construir representaciones críticas propias de sí mismas, que dieron firmeza a su femineidad como modo de representación diferente de la realidad y sus capacidades creativas. A partir de incorporar los contextos, la memoria colectiva, la experiencia propia, común, heredada y presente y disponerse a prácticas, sentidos y significaciones alternativas del territorio.

“Insistir, persistir, resistir al macho cabrío” como lo expresa S. M. lideresa de AMI, dispone a las mujeres a enfrentar las violencias con prácticas distantes a las reglas tradicionales que soportan el orden social, pero que paradójicamente, son capitales adquiridos en sus experiencias femeninas; cobijo, apoyo y afecto las habilitan para el cuidado del otro, niñas, niños, adolescentes, jóvenes y adultos. De igual manera la perseverancia de las mujeres en la inscripción en la memoria colectiva del significado de quienes no están -porque fueron desplazados, desaparecidos o asesinados- y se niegan a olvidarlos exigiendo su aparición y la verdad de lo ocurrido; ritualidades, escenificaciones, evocaciones, artificios simbólicos revelan la imagen doliente.

Es la trayectoria de las mujeres de AMI, sus capitales y habitus; desde la resistencia social a la pobreza y la exclusión; el acompañamiento en las situaciones de dolor y tristeza en las mujeres; de angustia y ansiedad en niñas (os) y jóvenes; la promoción, defensa y ejercicio de los derechos humanos, incluso en los escenarios institucionales; la recuperación de la memoria; hasta la participación en las movilizaciones y campañas por la paz y la no violencia. Práxis de resistencias no violentas constituidas desde la condición de mujer y las dispone a agenciar procesos de transformación social de sus territorios.

2.3. Sal y Luz: los lugares y los espacios del tejido social

El entendimiento de las prácticas sociales de resistencia de Sal y Luz es observable en su preocupación por la construcción de espacios de relacionamiento y participación de la comunidad en la realización de sus expectativas de existencia. La construcción del tejido social y la planeación del desarrollo fueron los temas con los cuales las representaciones críticas de la realidad de la C-13 fueron incorporadas. Prácticas de resistencia a la presión de los grupos armados que pretendieron controlar las organizaciones sociales fueron activadas desde la desobediencia a las órdenes de los ilegales armados que quisieron dispersar las organizaciones de la comunidad, el establecimiento de comunicación y acompañamiento de los líderes desplazados con sus familias y organizaciones, recorridos y tertulias por los barrios.

Poner en duda el mandato de los grupos armados legales e ilegales fue desarrollar estrategias de deslegitimación del miedo; a pesar de que en momentos cedieron a la amenaza y la fuerza, la idea de preservación de la vida de los líderes y lideresas primó. No obstante que consideraban que vivir con miedo era peor que estar muerto. Esta situación motivo el desarrollo de estrategias para la defensa de las organizaciones sociales en un diálogo fluido con la institucionalidad de la ciudad. El reconocimiento de las organizaciones sociales restaba posición de los actores armados en el campo social y alimentó la resistencia en los habitantes de la C-13. La promoción a la movilización de la población inicia con la marcha por la vida, un carnaval que anunció con la fuerza de la cultura, la participación masiva y la solidaridad la disposición a resistirse a la violencia, el miedo y la intimidación.

Desde la relación organizacional se distinguieron tres tipos de participación conforme a las experiencias y los agentes participantes. La participación comunitaria orientada a la protección del tejido social amenazado por la violencia de los grupos armados. La participación social dirigida a la realización de actividades de impacto dentro del territorio, verbigracia, la marcha por la vida. Finalmente, la participación política, donde sus trazos mejoraron posiciones en el campo político de los partidos políticos y las organizaciones sociales. Hubo momentos en los que los grupos armados pretendieron definir el perfil político de la participación de los ciudadanos de la C-13, desconociendo la legitimidad de los liderazgos. El desarrollo de la democracia como espacio de realización de la libertad y autonomía del sujeto es opacada; el campo de poder reproduce en el territorio las relaciones dominantes del orden social. Así, ante la intimidación de los grupos al margen de la ley las prácticas de resistencia despliegan repertorios de acción heredados o adquiridos, como hacerse a un lado, desentenderse de la participación, o abstenerse de dar apreciaciones.

En forma abierta Sal y Luz rubrica el sentido crítico de sus prácticas a partir de impulsar la planeación local del desarrollo. Estrategias de asambleas barriales, recorridos y tertulias territoriales, alianzas organizativas como modos de agenciar planes y proyectos que den lugar a expectativas y despliegue la potencia creativa de las comunidades barriales en contextos de violencia sociopolítica.

2.4. Casa Kolacho: la fuerza del sentimiento armoniza los ritmos del pasado con los compases del presente

Las prácticas estético-expresivas del arte urbano cultivadas por Casa Kolacho indican el significado irreverente de las resistencias sociales en la C-13. Con narrativas, recorridos, estribillos, tonos, ritmos, compases, graffías y danzas refieren la cotidianidad de la lucha; las tonalidades, compases, ritmos y armonías que en el pasado expresaron sentimientos de resistencia, son la plataforma que el hip hop utiliza para resistir en el presente; el arte callejero practicado por esta corporación es uno de los modos como el agente resistente construye lógicas imaginativas, espaciales, corporales que deslegitiman la conservación violenta del orden social y enfrenta la violencia sociopolítica y territorial. El pasado es traducido al presente como habitus que pregonan, “vocean” tristezas, pérdidas, afectos, amores, alegrías y sentimientos que

cruzan el espacio social de la Comuna. El sentido de la práctica artística del Hip Hop (Rap, Break dance, MC, JD y Grafiti) los vincula con el territorio y este constituye la experiencia de vida, ante las prácticas violentas.

Como agentes las prácticas sociales de resistencia de Casa Kolacho fueron dirigidas a crear espacios y ambientes de realización de las capacidades creativas de mujeres y hombres jóvenes de la C-13. Arrebatarse un niño o niña a la guerra es alterar formas violentas del control social; significar el territorio con prácticas artísticas hizo de la calle un escenario de memoria colectiva, denuncia pública, de revolución sin muertos, de festivales por la vida; contribuyeron a crear un gran movimiento cultural que potenció otras expresiones artísticas en el territorio y potenció el capital social de las organizaciones de la comuna. Estas prácticas usaron los lenguajes del cuerpo, sus movimientos, trascendieron los límites impuestos a este y mostraron otras maneras de disentir.

Uno de los grandes aportes de las prácticas de resistencia de la C-13 fue el arraigo territorial que el arte callejero transmitió a niños y jóvenes. Atreverse a buscar en otros espacios la realización de expectativas, sueños y proyectos; liberarse de ataduras que la estructura impone y limita horizontes; Valorar el territorio y la comunidad como espacios de realización y construcción de identidades, intenciones y sentidos. Prácticas constituyentes que emancipan las mentes jóvenes de los ciclos de violencia, son un reto y una muestra de coraje dirigidas a la generación de iniciativas comunitarias polisémicas, polifónicas y policromáticas que a partir de estribillos, movimientos y ritmos impulsan la lucha con tácticas sigilosas de cambios estructurantes en los espacios vívidos.

Finalmente cabe resaltar que las tres experiencias de resistencia tienen desarrollos autónomos y trayectorias diversas que convergen en el mismo espacio social, pero que son adquiridas en la experiencia propia de construcción del mismo espacio. Las prácticas de la memoria son desarrolladas por las tres organizaciones; cada una traza surcos, recorridos, significa el territorio, aporta sus herencias y las transmite. Las tradiciones orales son cultivadas; las impresiones del conflicto, la violencia y sus actores son narradas con la intensidad de la resistencia no con la fuerza de la violencia. Las prácticas de lucha por la dignidad tomaron cuerpo en la promoción, defensa y ejercicio de los derechos humanos; y, el desarrollo, fue la excusa para desplegar las

capacidades de realización, intervención y construcción de la realidad con habitus resistentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, L. A. (2014). Poemas de la Guerra y la Paz. *Las 2 Orillas*. Recuperado de: www.las2orillas.co/poemas-de-la-guerra-y-la-paz/
- Angarita, P., Gallo, H., & Jiménez, B. (2008). *Dinámicas de guerra y construcción de paz. Estudio interdisciplinario del conflicto armado en la Comuna 13 de Medellín*. Medellín: L. Vieco e Hijas Ltda.
- Amín, S. (1986). *El desarrollo desigual*. Barcelona: Planeta de Agostini.
- Alabarces, P., & Añón, V. (2008). ¿Popular (es) o subalterno (s)? De la retórica a la pregunta por el poder. Recuperado de: www.perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/pablo-alabarces-y-valeria-anon.pdf
- Algranati, C., Seoane, J., & Taddei, E. (2004). Los movimientos sociales en América Latina frente al librecomercio y la criminalización de la protesta. *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, 5, 77-93.

- Archila, M. (2001). Vida, pasión y... de los movimientos sociales en Colombia. En *Movimientos sociales, Estado y Democracia*. (pp. 16-48). Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales, Tercer Observatorio Sociopolítico y Cultural, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- _____ (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia 1958-1990*. Bogotá: ICANH; CINEP; Diakonia Acción EcuMénica Sueca.
- Ansaldi, W. y Alberto, M. (2014). Muchos hablan de ella, pocos piensan en ella. Una agenda posible para explicar la apelación a la violencia política en América latina. En W. Ansaldi y V. Giordano (Coords.), *América Latina. Tiempos de Violencias* (pp. 27-46). Buenos Aires, Argentina: Ariel.
- Baschet, J. (2012). *Resistencia, rebelión, insurrección*. Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de: http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/487trabajo.pdf
- Beigel, F. (2006). Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia. En *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. (Páginas: 287-326). Buenos Aires: Clacso. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/becas/critica/C05FBeigel.pdf>
- Beltrán, M. y Obando, L. (2006). Colombia: ¿terrorismo o insurgencia armada? *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 16, (46), pp. 327-354.
- Bensaïd, D. (2006). *Resistencias: ensayo de topología general*. Editorial, El viejo topo, España.
- Bourdieu, Pierre y Löic Wacquant (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Editorial Grijalbo, México.
- Bourdieu, Pierre (2000). "Sobre el poder simbólico", en *Intelectuales, política y poder*, traducción de Alicia Gutiérrez, Buenos Aires, UBA/ Eudeba, pp. 65-73.
- Burguete, Araceli (2007). De la resistencia al poder. Articulación y repertorios indígenas en la lucha por el poder político: el ensayo boliviano. *Argumentos* 20.55 (51-73).
- Calveiro, P. (2008). Acerca de la difícil relación entre violencia y resistencia. *Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*. CLACSO. Recuperado el 30 de mayo de 2017 bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100420105604/03calve.pdf

- Cohen, Esther (2015) Walter Benjamin. Resistencias Minúsculas. Ciudad Autónoma de Buenos Aire: EGodot Argentina, 2015. 320 p. ; 20 x 13 cm. ISBN 978-987-3847-76-9 Recuperado el 25 de julio de 2017 de: www.edicionesgodot.com.ar/sites/default/.../preview-resistencias-minusculas-v19.pdf
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2017), *Medellín: memorias de una guerra urbana*, CNMH- Corporación Región - Ministerio del Interior - Alcaldía de Medellín - Universidad EAFIT - Universidad de Antioquia, Bogotá.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Escobar Roldán, M., Jaramillo Ortega, M., Madrid Vergara, M., y González Navarro, C. (2014). Sin armas ni nombre propio (tesis de pregrado) Universidad de La Sabana, Bogotá.
- Estrada, J. (2015). Acumulación capitalista, dominación de clase y rebelión armada. Elementos para una interpretación histórica del conflicto social y armado. *Debates*, (72), 26-31.
- Fals, O. (2002). *Historia doble de la costa 3: La resistencia en el San Jorge*. Bogotá: El Ancora Editores.
- Foucault, Michel. (1992). *Genealogía del racismo*. Madrid, Ediciones La Piqueta.
- _____. (2007). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Siglo XXI editores, México, Vol 1.
- Gallego Roncancio, M. (2016). Percusiones de vida, melodías que crean acciones resistentes, posibilitando la resiliencia a través de la siembra y el hip hop. (tesis de pregrado), Universidad de Antioquia, Medellín.
- García Linera, A. (2016). ¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias? Los desafíos de los procesos progresistas del continente. En Sader, Emir (org.). *Las vías abiertas de América Latina*. (pp 3-48). Quito: Editorial IAEN.
- Garay Salamanca L., Salcedo-Albarán, E., de León-Beltrán, I., & Guerrero, B. (2008). *La captura y reconfiguración cooptada del Estado en Colombia*. Fundación Avina, Bogotá.
- Gómez, G. (1999). *Bases para la organización de los jueces de paz en Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

- _____. (2001). Justicia comunitaria en zonas urbanas. En *El Caleidoscopio de las Justicias en Colombia* (pp. 217 – 273). Bogotá: Siglo Del Hombre Editores.
- _____. (2009). Paces desde abajo en Colombia. *Reflexión política*, 11 (22), 176-186.
- Hebert, G. (2008), Politique et culture hip-hop dans la périphérie de São Paulo. En Mémoire présenté de la Maitrise en Science Politique. Université du Québec. Québec, Canadá.
- Hernández, E. (2004). *Resistencia civil artesana de paz. Experiencias indígenas, Afrodescendientes y campesinas*. Bogotá: Editorial de la Universidad Javeriana.
- _____. (2008). La paz imperfecta que construyen las iniciativas civiles de paz de base social en Colombia. En Salamanca, Manuel Ernesto (Org.) *Las prácticas de la resolución de conflictos en América Latina*. (pp. 137-152). Bilbao: Universidad de Deusto.
- _____. (2008). La paz imaginada por quienes la construyen. Iniciativas civiles de paz de base social identifican sus sueños de paz. *Revista Reflexión Política*, 10, (19), 134-147.
- _____. (2009). Resistencias para la paz en Colombia. Experiencias indígenas, afrodescendientes y campesinas. *Revista de Paz y Conflictos*, 2, 117-135.
- Hernández, E. y Salazar, M. (1999). *Con la esperanza intacta. Experiencias comunitarias de resistencia civil no violenta*. Bogotá: Editorial Arte y Folito.
- Hobsbawn, E. (1999). *La historia del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo Mondadori.
- Hollander J. y Einwohner, R. (2004). *Conceptualizing Resistance Sociological. Forum*, (19), 4, 533-554.
- Johansson, A. y Vinthagen, S. (2014). Dimensions of Everyday Resistance: An Analytical Framework. *Critical Sociology*, 42, (3), 417-435.
- Koessler, M. (2015). *Violencia y Habitus. Paramilitarismo en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Lalander, R., & Peralta, P. O. (2012). Movimiento indígena y revolución ciudadana en Ecuador. *Cuestiones políticas*, 28 (48), 13-50.
- Larson, J. (1977). La guerrilla en América Latina, ¿terrorismo o guerra popular? *Papers: revista de sociología*, 7, 91-112.

- Londoño Ramírez, M.I. (2012). La planeación social del territorio, una estrategia entre la participación ciudadana y la legitimación del estado. Prácticas participativas en Medellín, durante las décadas de los 90 y los 2000. (tesis de maestría), Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Mesa de Trabajo Mujer y Conflicto armado (2010). Décimo Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres, jóvenes y niñas en Colombia 2000-2010. Bogotá: Ediciones Anthropos Ltda.
- Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía, marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Montoya, J. G. (2012) ¿Por qué tantos jóvenes dedicados al hip hop están muriendo en Medellín? Caracol Radio, noticias. Recuperado de http://caracol.com.co/programa/2012/11/15/audios/1353001680_796382.html
- Múnera Ruiz, L. (1998). *Rupturas y continuidades*. Bogotá, CEREC, IEPRI, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia.
- O'Brien, K. J. (1995). Rightful Resistance. *World Politics*, 49 (1), 31-55.
- Ortner, S. B. (1995). Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal. *Comparative Studies in Society and History*, 37 (1), 173-193.
- Pardo, M. (2001). Escenarios organizativos e iniciativas institucionales en torno al movimiento negro en Colombia. En *Mauricio Archila y Mauricio Pardo* (Editores) *Movimientos sociales, Estado y Democracia*. (pp. 321-346) Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales, Tercer Observatorio Sociopolítico y Cultural, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Periódico digital De la Urbe (26 de marzo de 2011). Comuna 13, la revolución sin muertos. Recuperado el 15 de octubre de 2016 de delaurbe.udea.edu.co/2011/03/30/Comuna-13-la-revolucion-sin-muertos-2/
- Pérez, A. L. (2010). Tradiciones de Resistencia y lucha: Un análisis sobre el surgimiento y la permanencia de las guerrillas en Colombia. *Análisis Político*, 23(70), 63-80.

- Quiceno, Natalia y otros (2015). Memoria Cultural Comuna 13. Medellin. Recuperado el 20 de junio de 2016 de iep.udea.edu.co:8180/ADComuna13/bitstream/123456789/49/1/Quiceno_etal.pdf
- Ramírez, G., & Yuri, M. (2013). Medellín 1993–2013: Una Ciudad que no Logra Encontrar el Camino Para Salir Definitivamente del Laberinto. Woodrow Wilson International Center for Scholars. Ponencia presentada al Seminario “Que pasa cuando los gobiernos negocian con grupos armados” octubre 30 de 2013
- Rojas de Francisco, L.; Henao-Rengifo & Monroy Osorio, J. (2013). Participación ciudadana y narrativas transmedia en la Comuna 13 de Medellín-Colombia. 559-580.
- Romero Ramírez, L. (2013). Análisis de la incidencia del principio de neutralidad en la conformación de las redes transnacionales de defensa de las zonas humanitarias y de biodiversidad de Curvaradó y Jiguamiandó (1997-2003). Disponible en: <https://repository.urosario.edu.co/handle/10336/4345?show=full>
- Scott, James C. (1985) *Las armas de los débiles. Formas cotidianas de resistencia campesina*. Connecticut, Yale University Press.
- Solorza, M., & Cetré, M. (2015). La teoría de la dependencia. *Revista Republicana*, 10, 127-139.
- Vinthagen, S. & Johansson A. (2013). “Everyday Resistance”: Exploration of a Concept and its Theories. *Resistance Studies Magazine*, 1, 1-46.
- Torres Carrillo, A. (2006). Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. 4 (2), 1-23.
- _____. (2009). Acción colectiva y subjetividad: Un balance desde los estudios sociales. *Folios*, 30, 51-74.
- Tijoux, M.; Facuse, M., & Urrutia, M. (2012). El Hip Hop: ¿Arte popular de lo cotidiano o resistencia táctica a la marginación? *POLIS, Revista Latinoamericana*, 11 (33), 1-16.
- Tijoux, M. (2009), La inscripción de lo cotidiano. Los Murales de la Población La Victoria, *Actual Marx Intervenciones*, 8, 143-153.

- Uribe de Hincapié, M. T. (2006). Notas preliminares sobre resistencias de la sociedad civil en un contexto de guerras y transacciones. *Estudios Políticos*, 29, 63-78.
- Useche Aldana, Oscar. (2003). La potencia creativa de la resistencia a la guerra, *Polis revista latinoamericana*, 6, 1-22.
- _____. (2012). Diferencia, subjetividades en resistencia y micropolítica del acontecimiento. En: Claudia Piedrahita Echandía, Álvaro Díaz Gómez, Vommaro, P. (comp.). *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*, (pp. 95-110), Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas - CLACSO.
- Van der Haar, G. (2005). El movimiento zapatista de Chiapas: dimensiones de su lucha. En *Rural and Indigenous Mobilisation in Latin America*. Ámsterdam: International Institute of Social History.
- Vargas, Maturana J. (2012). A propósito de la resistencia como propuesta teórica del estudio histórico. *Tiempo y Espacio*, (28), 7-22.
- Valenzuela, J. (2004). *Culturas Identitarias Juveniles en tiempos de híbridos*. México: Instituto mexicano de juventud.
- Manero Brito, R., & Soto Martínez, M. A. (2005). Memoria colectiva y procesos sociales. *Enseñanza e investigación en psicología*, 10(1), 171-189.
- Perea Restrepo, C. (2006). Comunidad y resistencia, Poder en lo local urbano. *Colombia internacional*, 63, 148-171.
- Torres, A. (2006) Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política. *Revista latinoamericana de ciencias sociales, niñez y juventud*, 4 (2), 1-23.
- Zibechi, R. (2006). Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos. *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, VII (21), 221-230.
- Zolle, Tom (2017). Un recuento por la cultura hip hop en Medellín. Parte uno. *Revista Voceros*. 18. Consultada el 30 de noviembre de 2017 en <https://revistavoceros.com/articulos/hip-hop-en-medellin/>

